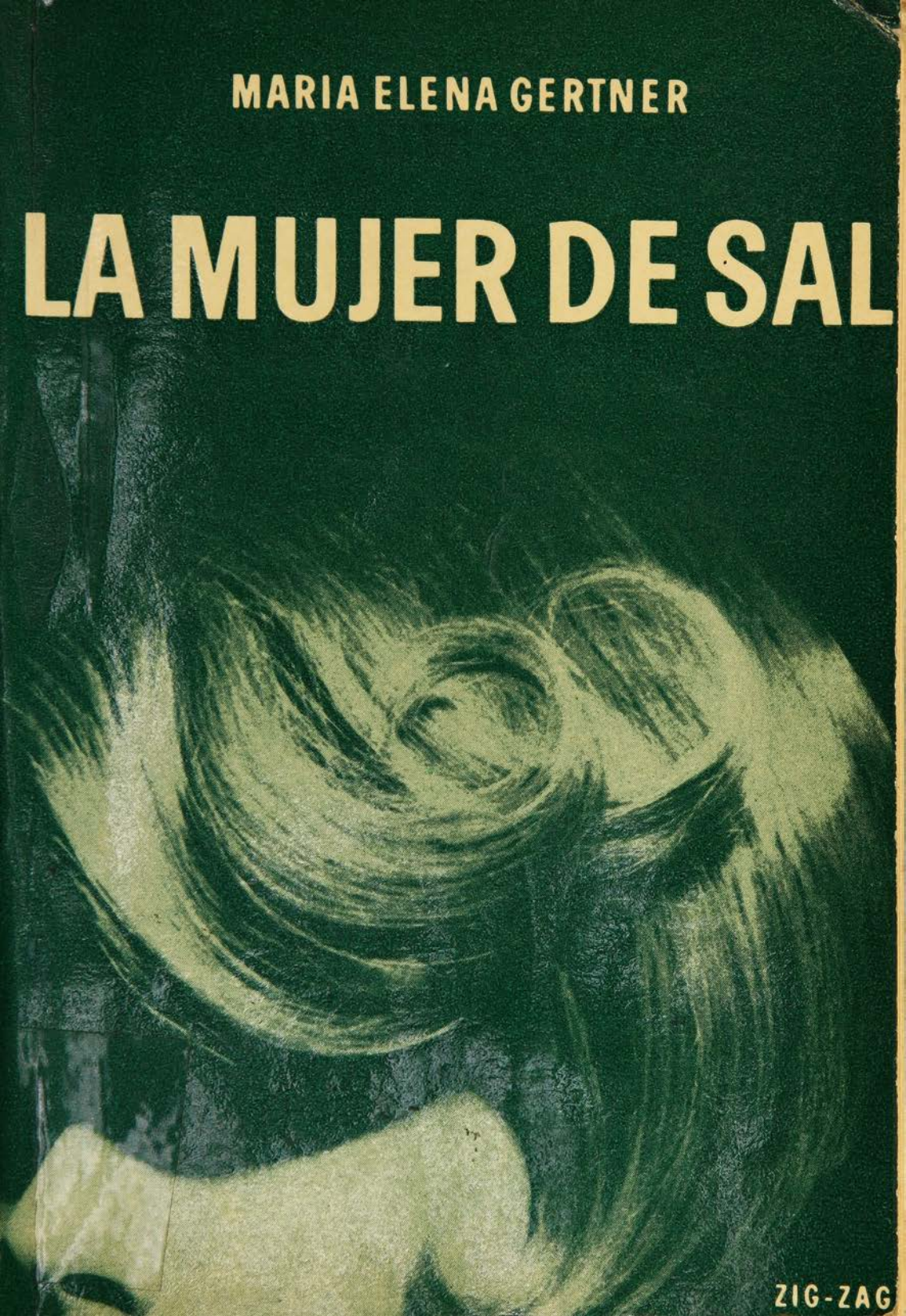
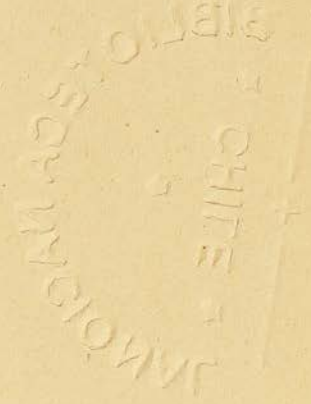
MARIA ELENA GERTNER

LA MUJER DE SAL



ZIG-ZAG

La Mujer de Sal



BIBLIOTECA DE NOVELISTAS

© Empresa Editora Zig-Zag, S. A., 1964. Derechos reservados para todos los países. Inscripción N.° 29.047. Santiago de Chile. 1967.

MARIA ELENA GERTNER

LA MUJER DE SAL

CUARTA EDICION

BIBLIOTECA NACIONAL DE CHILE

Z I G - Z A G

A Teodoro Lowey Yenzen,
amigo y maestro.

A Guillermo Burgos Ossa,
con agradecimiento.

Y SUS ÁRBOLES DAN FRUTOS
QUE NO MADURAN, Y UNA
ESTATUA DE SAL QUEDÓ CUAL
MONUMENTO DE UN ALMA
DESOBEDIENTE.

Sabiduría, X, 7.

1

"PASADOS LOS TREINTA años, se supone que una mujer debería ser algo sabia; o, por lo menos, poseer cierta sabiduría con respecto a sí misma y un mínimo de conocimientos acerca de los demás." Así pensaba Amalia, comprobando su total ignorancia.

—Mi abuelita sí que era sabia... Y sin duda lo eran todas las mujeres de su tiempo —dijo—. Yo sólo me conformo con conocer aquello que he respirado, que he palpado con mis labios y mi lengua, que he contenido entre mis manos... —e inmediatamente tuvo conciencia de que también los dedos y la boca la habían engañado.

—La sabiduría de las viejas señoras no se basaba en la experiencia personal —murmuró Théo.

—Justamente... por eso quiero decir...

El emitió un ruido muy peculiar, haciendo chasquear la lengua; un ruido que solía sobresaltar al resto de la gente.

—Es inútil que insista, Amalia —dijo—. Hay individuos como usted, como mi amigo el Príncipe, criaturas quebradas, para las cuales los sentimientos y el sexo, las percepciones y la inteligencia, son cami-

nos que deben correr en forma paralela, sin que jamás lleguen a encontrarse.

—¿Por qué? —preguntó ella con voz destemplada.

Los ojos de Théo se oscurecieron durante unos segundos tras los gruesos cristales de sus lentes.

—Porque si intentan unir estos dos caminos, la demás gente advierte una debilidad en ustedes; una debilidad que la irrita y que no perdona; una debilidad que es preciso castigar.

—Sin embargo... hay personas que viven en paz..., personas que...

—Sí. Personas normales.

—Yo soy normal —gritó ella, sin enojo.

—No. Ni usted ni el Príncipe lo son. Quizás tienen una naturaleza diferente, o las circunstancias los conformaron así, y..., bueno, más vale encarar la verdad, ¿no le parece?

Amalia se puso a dar vueltas por la salita atestada de muebles que odiaba.

—La naturaleza, sí, es claro... —musitó, sintiéndose empequeñecida, semejante a una mosca. Bebió su coñac y encendió otro cigarrillo con el resto del anterior. Experimentaba una sensación de ahogo, de indefinible temor, de asco; igual que si alguien le hubiese susurrado al oído una grosería cuyo significado no alcanzaba a comprender íntegramente—. Usted entiende —dijo, bajando la voz y desviando la mirada hacia la copa vacía—, pero yo..., yo...

—¿Necesita definir su problema?

Una bocina resonó plañideramente, vinieron vo-

ces desde lejos, una campanada, la melodía de un twist. La atmósfera se hinchó de sonidos rebotando contra los muebles odiosos, y Théo alargó la mirada más allá de sus lentes, hacia un horizonte distante que sólo él distinguía.

—Usted es una ninfómana —explicó—. ¿Le asusta la palabra?

—No, no me asusta. Ya la había oído. Desgraciadamente no me aclara nada —repuso ella, y empezó a reír tontamente.

—Es ridículo su empeño en subsistir del mismo modo que el común de los seres humanos —aseguró Théo—. ¡No sea infantil, Amalia! Si no quiere recibir heridas, destruirse y destruir, acepte el punto al que ha llegado. Deslinde: aquí la ternura..., acá el deseo. —Sostuvo su copa delicadamente, con el índice y el pulgar derechos, y con la mano izquierda apartó el cofrecito que contenía los cigarrillos, acariciándolo—. Usted jamás será sabia al estilo de las abuelas —añadió sonriendo—. ¿La he molestado?

—De ninguna manera.

—Es tarde. —Miró el reloj con tapa de oro que guardaba en el bolsilio del chaleco.

—No sé si alguna vez podré seguir sus consejos, Théo.

—Le telefonearé mañana.

La puerta del departamento se cerró. Después se escuchó el ruido del ascensor, y en seguida los pasos de Théo, perdiéndose en la calle Vaugirard. La noche sobrevenía ahora, allí, entre las paredes hostiles de

aquel piso con sus muebles alquilados, frente a los arrimos de caoba y a las butacas infladas, la verdadera noche, idéntica a un ala ahuecada sobre la cabeza de Amalia.

Sin prisa comenzó a desvestirse. Se lavó los dientes, echó a correr el agua del *bidet*, se cubrió la cara con crema y se metió en la cama, repitiendo movimientos mecánicos, con la voluntad ausente. También, con un gesto casi maquinal, cogió la *Biblia*, abierta encima de la mesita de noche, y leyó la página acostumbrada:

En cuanto salió la aurora, dieron prisa los ángeles a Lot, diciéndole: "Levántate, coge a tu mujer y a las dos hijas que tienes, no sea que perezcan tú y ellas por las iniquidades de la ciudad". Y como se retardase, cogiéronle de la mano a él y a su mujer y a las dos hijas, pues quería Yavé salvarles, y sacándoles les pusieron fuera de la ciudad. Una vez fuera, les dijeron: "Salvaos. No miréis hacia atrás, y no os detengáis en parte alguna del contorno; huid al monte si no queréis perecer".

Amalia cerró el libro y se levantó en busca de un cigarrillo. Luego se dejó caer en una de las butacas, encogiendo las piernas como un niño en el regazo de una mujer obesa, y recitó el resto del capítulo aprendido de memoria:

Salía el sol cuando entraba Lot en Segor e hizo Yavé llover azufre y fuego de Yavé desde el cielo...

Sara, la mujer de Lot, miró hacia atrás y se convirtió en un bloque de sal.

Amalia observó sus pies desnudos, con las uñas pintadas de rosa, sorprendiéndose de que aún fueran pies de carne y hueso. Entonces retomó el hilo de su propia historia: "Junto con el tiempo humano, compuesto de pasado, presente y futuro, Dios le regaló al hombre la posibilidad de olvidar; de abandonar viejas moradas y marchar por rutas desconocidas. Pero yo, igual que Sara, no puedo dejar de mirar hacia atrás. Soy incapaz de echar llave a las puertas del pasado. Vivo desobedeciendo".

Tuvo un estremecimiento de frío y corrió a refugiarse en su cama. Pero se resistía a apagar la luz, a quedarse de espaldas, inmóvil, aplastada por recuerdos. Estiró un brazo y alzó una de las hojas de papel que yacían en el suelo, junto a la cama. Pensó: "La portera no ha venido a limpiar el departamento. Será mejor guardar estos papeles, trabajar con orden..., aunque... es innecesario; nadie los verá nunca. Ni siquiera Théo".

Allí estaba el principio de la historia, cubriéndose de polvo encima de la alfombra, al lado de las zapatillas de levantarse. Y de pronto, como si una voz le hubiese susurrado aquellas palabras al oído, murmuró:

—La estatua de sal. —Se incorporó, recogió las carillas dispersas y fue a encender la lámpara que había sobre el pequeño escritorio adosado a la pared.

2

"HACE MUCHOS MESES que he partido, y todavía estoy allá, aferrándome al último abrazo, sintiendo mi piel como una prolongación de la suya. Hace muchos meses que busco en otros gestos de hombres desconocidos un remedo de lo que no me resigno a perder; un remedo del amor, de eso que permanece al otro lado de una puerta que no logro clausurar.

"Nací para hallarlo un día. Y para ello aprendí a caminar, a balbucear palabras, a equilibrarme con dificultad encima del áspero caparazón del mundo. Y tramo a tramo avancé aguardando el minuto de su advenimiento, con la certeza de que cada paso me aproximaba a encontrarle.

"Rostros, nombres, caricias, fueron sólo antesalas del hallazgo. Puedo evocar uno a uno aquellos rostros y aquellos nombres. El primero fue mi primo Andrés.

"Recuerdo los días de lluvia con su sonido hueco, esos papirotes en un tarro de conservas vacío; recuerdo los atardeceres en que los abuelos se marchaban al cine, y a mi primo atisbándome en la escalera.

"Oscurecía lentamente. Alguien, tal vez una de las

sirvientas, esa que llamaban "niña de la mano" (ya no hay "niñas de la mano"; ahora se llaman de otro modo; ahora quedan pocas casas con huerto y corredores), encendía la estufa a gas. Entonces se veía titilar una llama azul semejante a un presagio; un presagio en el que se mezclaban cierta dulzura y cierta aspereza que más tarde se harían realidad entre los brazos de Andrés.

"No, no he olvidado al mayor de mis primos. Tengo viva la sensación provocada por sus manos cuando atrapaban las mías bajo el mantel de encaje blanco que cubría la mesa del comedor. Percibo aún el aroma de sus camisas, del cuello de almidonada batista que debía herirle la piel morena y tibia; percibo el contacto de sus ropas toscas al apegar mi cuerpo contra el suyo, en el instante de entrar por casualidad (siempre por casualidad) en una habitación en penumbras para recoger las píldoras de la abuelita, el rosario, o el misal que descansaba sobre el mueblecito chino.

"Y en esas largas tardes, tardes de día domingo, con criadas que eran seducidas por Żorobabel Campos, el jardinero (yo no lo sabía; no obstante, tengo la seguridad de que los embarazos del servicio doméstico se producían en esas tardes), las manos y la boca de Andrés se multiplicaban, asaltándome en los rincones de la casa solitaria, orquestada por lluvia e inquietantes ruidos.

"Andrés me atraía, y yo me reconocía llena de pánico y de gula, como el niño glotón que, en tantas

fábulas, contempla los escaparates de las confiterías. Me atraían sus ojos renegridos y su acelerada respiración, junto a mi oreja izquierda, parecida al cosquilleo de un insecto regalón; me atraían el perfume del almidón en la tiesa camisa y el cilicio de sus gruesos pantalones rasmillando mis piernas desnudas.

"Pero yo tenía doce años e ignoraba el sabor, la embriaguez real del sexo. Distinguía la lluvia, que, hasta hoy, es mi preludio al deseo sexual; la lluvia componiendo alegros y fugas en las techumbres, escurriéndose por los desagües; y también el silencio, cómplice de las oscurecidas estancias, mis manos tendidas hacia adelante y la confusa revoltura de placer y dolor provocada por el organillo que súbitamente empezaba a resonar en la calle. Distinguía, además, esa habitada soledad que olía irresistiblemente a pecado.

"¿Y qué era el pecado? ¿Unicamente sensaciones, musiquillas, caricias fugaces, invierno, estufas, cuartos sombríos, criadas que en algún lugar sórdido y hediondo (probablemente el W. C. de servicio) se dejaban embarazar por el jardinero? No, el pecado era algo más: temor y alegría; ansias de huir, sin impermeable ni botas de goma, saltando en medio de los charcos del huerto; ansias de comer aquello que los vendedores callejeros ocultaban en un canasto de mimbre tapado con un paño sucio; ansias de cantar con la voz del chiquillo andrajoso que acompañaba al ciego de la guitarra; ansias de orinar en las cabezas de los transeúntes, desde la ventana del dor-

mitorio de mi amiga Luz María, en la calle Dieciocho; ansias de mostrar el trasero a los albañiles de la construcción de enfrente; ansias de denigrarse hasta no ser más que el perro de panza blanca invadida de pulgas; ansias de crecer y adueñarse de todos los misterios, soportando el terror y la dicha.

"No mires hacia atrás, repite hoy el ángel. Y Sara la porfiada, la desobediente, se niega a avanzar por un nuevo camino."

3

—TIENE MALA cara, Amalia. Está ojerosa. ¿No durmió bien? —averiguó Théo. Entre tanto se daba a la tarea de separar meticulosamente cada fragmento de cebolla del guiso de lengua en salsa de nueces.

—¡Qué insoportable es, Théo! —reconvino Amalia—. No debió pedir eso si no le gusta.

—Evidentemente usted se desveló anoche —insistió él, y principió a jugar con una miga de pan—. Domine sus nervios, Amalia. ¿Qué hizo después que yo me fui de su departamento?

El restaurante se atestaba de gente; la calle tremolaba bajo el paso de los automóviles.

—Escribí.

—¿Un poema?

—No. Una narración.

—¿Una especie de cuento? ¿Cómo se llama?

—*La Estatua de Sal.*

—¿Me la leerá?

—Creo que no.

—Amaneció antipática. ¿Se va a reunir con Claude, hoy?

—Quedé de llamarlo a las cinco.

Théo torció la boca en una mueca indefinible que podía expresar incredulidad, repugnancia o desprecio.

—¿La entusiasma el joven Claude? —preguntó. Y antes de que Amalia alcanzara a responder, prosiguió—: Sí, sin duda hace bien el amor; con una técnica elegante... Desgraciadamente usted no se conforma con eso. Pretende algo más... ¡Pobrecita! —La escrutó a través del relampagueo de sus anteojos, y la mueca fue esta vez más exagerada, abiertamente cómica.

—Es cierto. Pretendo algo más —ella agachó la cabeza y miró fijamente una pequeña mancha de vino en el mantel—: reencontrar el tiempo perdido; hacerme la ilusión de que voy a reencontrarlo al cerrar los ojos.

—¿Y lo consigue?

Amalia permaneció en silencio, con una sonrisa cansada.

—Lo desagradable es que usted sufre, mi linda.

—El sufrimiento es una enfermedad crónica, Théo. Uno llega a habituarse a ella.

—El sufrimiento es el resultado de la cobardía...

Una mujer gorda agitó un brazo en el aire y lanzó exclamaciones, mientras se abría paso hacia la mesa que ocupaba una pareja. Se oyó un estruendo de platos rotos.

—Soy incapaz de desligarme del pasado, eso es todo —gritó Amalia, abrumada por la algazara.

—No le estoy pidiendo que lo haga. Conserve su formidable pasado, pero...

El *maître* se aproximó:

—¿Desean un postre el señor y la señora?

—Café solamente —susurró ella, y cogiendo una mano de Théo entre las suyas, agregó—: ¿Realmente usted me considera una ninfómana?

—Uso una palabra para designar esa búsqueda, aquello que permanentemente la frustra..., su forma de neurosis. —Estrechó con fuerza los dedos de Amalia, casi hasta hacerle daño—: Si usted pudiera ver claro... Si pudiera ser fiel en pensamiento a aquel amor perfecto..., o al mito del amor perfecto, y no cayera en la debilidad de exigirles a Paul, a Denis, o al paciente Claude, milagros imposibles, su vida cambiaría. Quizás llegaría a ser una persona respetable.

—¿No lo soy?

—Para mí es respetabilísima. No para ellos; no para el mundo en general. Ya le he dicho que siempre los otros se sentirán obligados a castigar su flaqueza.

Bebieron el café y salieron a enfrentar la luz del sol; agresiva luz de las tres de la tarde. El la sujetó al cruzar la calzada y un automóvil pasó a toda velocidad, casi rozándolos.

—¿Ve qué cosa tan fácil de lograr es la muerte? —exclamó Théo.

—¿Por qué me lo dice en ese tono?

—En el fondo usted sueña con esa escapatoria.

—No sea estúpido. Nunca he pensado en suicidarme.

—A menudo hay coches que están a punto de atropellarla, somníferos que la hacen dormir más de lo conveniente. ¿Jamás se le ha quedado abierta la llave del gas? —Detuvo un taxi y la ayudó a subir.

—¿No viene conmigo...?

—No. Dedicaré la tarde a escribir una larga carta al Príncipe.

4

"El primo Andrés salió de mi destino el día en que cumplí catorce años, Su padre fue nombrado cónsul en un país vecino y, aunque hacía ya varios meses que se hallaban lejos, recién aquella tarde, al recibir la tarjeta deseándome felicidades, comprendí que Andrés había partido. Entonces supe que nunca más sus brazos se anudarían alrededor de mi cintura, ni me atraparían sus manos y sus labios en secretos juegos en medio de la penumbra.

"¿Qué experimenté frente a ese descubrimiento? Tal vez un leve dolor; dolor semejante al que sufrimos cuando uno de nuestros huesos que ha permanecido inmovilizado se reintegra a su posición normal; dolor de crecimiento; dolor de libertad.

"Recuerdo que descorrí las cortinas de mi dormitorio, y al realizar ese gesto tomé conciencia de mis catorce años, y de un ciclo amplio y desconocido como un anillo luminoso abriéndose ante mí. El primo Andrés no regresaría, pero todo estaba por nacer, por iniciarse. Voces nuevas me llamaban, y yo avanzaba impelida por una fuerza ineludible.

"Desde ese día en adelante, hombres jóvenes y

viejos se volverían en la calle para mirarme, y yo percibiría un brillo en lo hondo de sus miradas; un brillo que años más tarde iba a adquirir un significado preciso.

"En aquel tiempo tuve la certeza de ser distinta de las demás muchachas. Probablemente todas sentíamos lo mismo, y lejos de ser diferentes éramos idénticas, con nuestra pubertad estallando a través de las facciones toscas, los movimientos atolondrados y aquellos indefinibles y oscuros sueños de la adolescencia. No obstante, en las tardes dulces y pegajosas de los meses estivales, entre el encierro de las salas de clase, las ajenas ecuaciones de álgebra, o los añejos fragmentos de historia, mientras las moscas de vientre azul y alas tornasoles se estrellaban ciegas contra los vidrios de las ventanas y el sol acuchilleaba las techumbres de reluciente zinc, yo intuía que mi futuro se apartaría del manso acaecer de mis compañeras, destinadas a edificar sólidos hogares y a formar respetables familias; intuía que el vello suave y ensortijado que florecía entre mis muslos, y que mi lengua, las yemas de mis dedos, y la sangre inquieta que me recorría dibujando hilillos violáceos en mi piel, existían a la espera de un llamado; sabía que todas las lecciones aprendidas no tendrían un valor real y definitivo, porque el auténtico conocimiento del camino que desembocaría en mi meta lo obtendría más allá de los blancos paredones del colegio, en el asalto de la alegría y el dolor.

"Sucedió durante un verano; tenía dieciséis años.

Nunca supe su nombre. Fue únicamente ronca voz enardecida, músculos tensos, y mi deseo de conocer venciendo los más primarios temores.

"Pasábamos las vacaciones en una playa apartada, y el abuelo realizaba experimentos con un submarino en miniatura que había construido con sus propias manos. Yo amaba a mis abuelos más que a mis padres. Los consideraba vitales, reales según mi concepto de la realidad. Mis padres, en cambio, eran fantasmas que se volatilizaban apenas me acercaba a ellos.

"Me acuerdo de mi abuelita, de aspecto frágil y, pese a éste, profundamente terrena; criatura de fuertes instintos, de "corazonadas" (así calificaba sus premoniciones), que manejaba a los criados en un puño, organizaba casas de socorro, aconsejaba, repartía limosnas, admiraba a Greta Garbo, y demostraba un olímpico desprecio por las abstracciones mentales. Siempre he afirmado que mi abuelita no era lo que se llama una mujer culta; sí, en cambio, lo que se llama una mujer sabia. ¿Y de dónde provenía esta sabiduría? Quizás de una mezcla entre la vida mundana y el sermón de las parroquias, de un sentido del pecado unido a la necesidad de ver dichosa a la gente, del entendimiento simple del bien y el mal partidos por mitades, como una fruta. Además era hermosa, arrogante, coqueta e incorregiblemente vanidosa. Sobrellevaba las infidelidades de mi abuelo, no por santidad, sino por puro desdén a las otras mujeres, a quienes, indefectiblemente, consideraba feas, ordinarias

y mal vestidas. Asimilaba a su familia a toda persona que le parecía agradable (por este procedimiento acumuló, a lo largo de su vida, una infinidad de sobrinos y sobrinas del más variado aspecto y condición) y repudiaba, igual que los antiguos patriarcas, a quien llevara su sangre y, a su juicio, deshonrara el apellido. Para muchos era arbitraria, soberbia y agresiva; para otros era generosa, tierna y valiente; para mí era "la abuelita": alguien que me pertenecía y cuya existencia me aportaba seguridad y confianza.

"Mi abuelo no estaba loco, aunque la gente del lugar hacía circular el rumor de que lo estaba. Sus ojos pardos y melancólicos, que contemplaban acongojados la estupidez y la puerilidad de los hombres, su barbilla noble, sus delicadas manos, que tallaban barcos y extraños objetos en madera, atestiguaban lo contrario. El abuelo, envuelto en su macfarlán azul, era un poeta, un mago, que a los setenta años todavía hechizaba a muchas mujeres, encantaba a los niños y amedrentaba a los poseedores de almas viejas.

"Esa noche yo había acompañado a mi abuela y a las sirvientas en la novena a la Virgen de Lourdes, y había escuchado a mi abuelo hablándome de las constelaciones; había dejado que me mostrara, por el telescopio, la casa de Tauro y el brillo de Aldebarán; la mansión de Virgo alumbrada por el titilar de la Spiga.

"—Voy a caminar —dije. Y ellos movieron la cabeza en un signo que, sin afirmar ni negar, consentía.

"—¡Jesús la niña! Ni del diablo se asusta. ¿No ve

que no andan ni las ánimas por el camino? —chilló la Eudamia, nuestra cocinera, asomándose por el ventanuco de su cuarto.

"No contesté. Las noctilucas brillaban encima del mar sereno, y la arena recibía la huella de mis pasos confiados.

"De pronto, un trino de luna (sí, fue eso, una especie de nota musical emitida por la luz) vibró haciendo estremecerse los cerros. Las noctilucas se apagaron y una quietud espesa se tumbó sobre el mundo; sobre ese mundo angosto, limitado por un verano y dieciséis años.

"Oí galopar su caballo en el extremo opuesto de la playa, y antes de adivinar el color de unos ojos o una estatura de hombre, corrí descalza, enajenada, a su encuentro. El acortó las riendas y se detuvo. Preguntó:

"—¿Qué pueblo es éste?

"—Cobquecura.

"Se desmontó y la manta negra cayó a sus pies.

"—¿Quirihue para qué lado queda?

"—Más al sur.

"—¿Cómo te llamas?

"—Amalia.

"Tendí las manos buscando a ciegas, igual que en los días del primo Andrés, e igual que en esos días dos brazos me enlazaron.

"Cuentan que las jóvenes honestas se defienden. Yo no me defendí. Cuando abrí los ojos, encontré a Aldebarán fulgurando en el cielo."

5

AMALIA, SENTADA encima de la tapa del W. C., se puso las medias y observó a Claude que se anudaba la corbata. Detestaba ese momento en que el hombre y la mujer, después de hacer el amor durante dos horas, cubren su desnudez y se contemplan bajo la luz cruda de la lámpara de un cuarto de baño. Detestaba ese momento porque le recordaba otros instantes, en los que el movimiento de ponerse las medias tenía un sentido; conducía a caminar siguiendo el ritmo de unos pasos que avanzaban junto a los suyos, y a aguardar esperanzada un nuevo día. Ahora todos eran ademanes muertos que no llevaban a parte alguna, y los ojos que la miraban desde el espejo pertenecían a un desconocido.

—¿Qué hora es? —preguntó.

Claude fue a buscar su reloj, que había quedado en la mesa al lado de la cama.

—Las ocho —gritó—. ¿Te importa que telefonee a Nathalie?

—Claro que no. —Ella terminó de vestirse y se pintó los labios—. Me siento totalmente vacía —ex-

clamó, escuchando la voz de Claude que ya comenzaba a discutir con Nathalie.

El colgó el auricular:

—Convídame un whisky. Tengo una sed horrible.

—Sírvetelo tú mismo. —Pensó: "Ha llegado el minuto de beber y fumar un cigarrillo. Luego nos despediremos, y él irá a encontrarse con Nathalie".

Encendieron dos cigarrillos y permanecieron quietos, con sus respectivos vasos en la mano, sentados en la salita, mirándose con expresiones aburridas.

—Claude..., ¿te vas a casar con Nathalie?

—Puede ser... Sí, creo que es la única mujer con quien me casaría, si llego a casarme alguna vez.

—¿La quieres?

—¡Por supuesto!

—¿Y a mí? ¿A mí me quieres?

—¡Amalia, qué pregunta tan ridícula! Sabes que te quiero. Vengo a verte diariamente, y...

—Olvídalo. Fue una pregunta ridícula.

De golpe tuvo conciencia de haber transgredido, otra vez, una de las reglas fundamentales de su relación con Claude. Las palabras de amor sólo debían pronunciarse entre las sábanas, no ser más que un ruido en medio de una tempestad de sensaciones cuya finalidad era transportarla al pasado. Entonces deseó vivamente que él volviera a tomarla en sus brazos para escuchar ese murmullo de palabras en otro tiempo pensadas, comprendidas, y dichas en cualquier lugar, al aire libre, a la luz del sol.

—Bésame —suplicó.

Claude se aproximó y la besó desganado:

—Es tarde. Llámame mañana; podríamos comer juntos.

—No, no te vayas todavía...

El muchacho hizo un gesto de disgusto:

—Entiende, preciosa... Me esperan.

Apenas Claude se marchó, Amalia supo que le era imposible detenerse. Necesitaba el sonido de una voz que la sumergiera en el tiempo perdido, un cuerpo de hombre que le creara la ilusión de habitar aún en ese tiempo. Sin reflexionar, cogió un abrigo y salió.

Los brazos de Thëo la sujetaron al trasponer la puerta principal del edificio:

—¿A dónde va con ese aire de sonámbula?

—Por favor, Théo, déjeme sola...

—¿Para qué? ¿Para ir a sentarse en un bar y partir con el primero que se le acerque, igual que una ramera?

—Es lo que hago desde hace meses.

—¿Y qué ha conseguido? No es que yo tenga prejuicios en contra de las conquistas callejeras. Al contrario... Cuando el Príncipe vivía en París, solíamos practicarlas... Pero no creo que eso la ayude.

—¡Théo, se lo ruego! —Amalia irrumpió en un sollozo sin lágrimas.

—Si se pone histérica me obligará a abofetearla. ¿Qué sucedió? ¿Se le escapó el joven Claude y usted aún no había terminado de soñar?

—Ni siquiera había empezado.

—¿No ha probado alguna otra droga que no sea el sexo? —El soltó una risilla aguda.

—No. —La respiración de Amalia empezó a normalizarse—: Lléveme a cualquier lado.

Théo la guió, cogiéndola firmemente del brazo.

—Es una droga que no sirve —dijo—. Uno no siempre puede controlar las reacciones de la otra persona. El opio produce ensueños menos díscolos. Por otra parte, es tan denigrante para los hombres lo que usted hace; aunque ellos no lo sepan.

—No creo que les importe en caso de saberlo. Están preocupados nada más que de su propio placer.

—Y usted nada más que de crearse ensueños, y luego verificar su insatisfacción.

Atravesaron el bulevar Saint-Michel y caminaron lentamente a orillas del Sena.

—No puedo hablar si voy andando —masculló Amalia, y se detuvo mientras cruzaban el puente Au-Change, afirmando la espalda en la balaustrada.

Théo le alisó el cabello, que adquiría un color rubio desteñido bajo la luz distante de los faroles.

—¿Este pelo es natural o está aclarado? —preguntó, y antes de que ella contestara hizo otra pregunta—: ¿Con él... era verdaderamente feliz?

Amalia se llevó una mano a la boca reprimiendo un grito.

—Ya sé que la desespera que le hable de él —prosiguió Théo, implacable—; quizás porque trato de situarla en la realidad, porque...

—Usted me habla de él igual que si hablara de alguien que ha muerto...

—Es una medida de sanidad. —Théo torció los labios, se quitó los lentes y los limpió con la punta de su pañuelo blanco—. Si empleara toda esa energía que gasta en insuflarle vida a un recuerdo, en convencerse de que él ha dejado de existir para usted y que está definitivamente enterrado en Chile, tras los muros de una casa y las plantas de un jardincito al cual usted no tiene el menor acceso, si se limitara a dedicarle algún pensamiento amable en el día, a evocarle con gratitud por las horas felices, y, si quiere..., a rezar por su alma, como se hace con los muertos, alcanzaría un orden, descubriría el valor y la dimensión real de las cosas.

—Sin embargo, usted ha asegurado que yo soy anormal, que jamás conseguiré ese orden, esa armonía.

—Perdón..., me ha interpretado equivocadamente. Le he aconsejado que ponga límites entre lo racional y lo irracional; también ésa es una forma de orden, un sistema para lograr cierta armonía. Más claro: le he aconsejado que no utilice el sexo para reactivar sentimientos. Goce de Claude, Amalia; disfrute de sus conquistas callejeras; arrastre hasta su cama a todos los ejemplares de macho que le provoquen alguna atracción; pero, mi linda, gócelos de un modo físico, irracionalmente. No los use para una perversión mental.

La mirada de ella revoloteó por encima de los torreones de la Conserjería, rehuyendo a Théo.

—¿Es una perversión luchar por sentirme viva aunque sea durante unos segundos? —murmuró—. ¿Es una perversión negarme a admitir que él ya no me quiere, que se encuentra a miles y miles de kilómetros de distancia, y que no es su boca la que me besa ni su voz la que escucho?

—Sí. Lo es porque se trata de un engaño sistematizado; porque usted no está loca, sabe que se miente a sí misma, y sabe que eso la hará sufrir más que si tuviera el valor de encarar la verdad. —Théo le rodeó los hombros con el brazo derecho.

—Déme un cigarrillo —pidió Amalia.

El sacó su tabaquera y encendió un cigarrillo que colocó entre los labios de ella. Generalmente no fumaba; no obstante acostumbraba llevar cigarrillos consigo, y un mechero de oro.

—¿Le gusta mi encendedor? —indagó—. Me lo regaló el Príncipe. A su vez, a él se lo había regalado una muchacha, una amiga muy querida...

—¿Estaba enamorada?

—¿Del Príncipe? A lo mejor; un poquito.

—¿Y él de ella?

—Levemente. Lo indispensable para mantener una relación interesante.

—Sin sexo de por medio...

—Justamente. Algo para satisfacer cierta necesidad de ternura y desahogarse sentimentalmente. Ya

ve que el Príncipe contempla la importancia de lo sentimental.

—Aventuras callejeras por un lado y plácidas amistades espirituales por otro —suspiró Amalia—. Entonces..., ¿no ha conocido nunca el amor en su totalidad? ¿Como una entrega completa de sentimientos, deseos y...?

—¿Por qué cree que el Príncipe llegó a la conclusión de que era imprescindible separar ambas cosas? —exclamó Théo—. Mi pobre Amalia, la experiencia del Príncipe es probablemente más amarga que la suya; pero él aprendió la lección. Supo que esa entrega, que usted todavía añora, nunca más le estaría permitida; que debía encontrar una fórmula para edificar su propio orden y mantener su propio equilibrio. —Le tendió las manos invitándola—. Venga —dijo—; la llevaré a un lugar entretenido...

—¿Y me contará esa experiencia del Príncipe?

—No ahora.

—¿Es algo muy doloroso para él?

—Ya no. ¿Leyó a Rilke alguna vez, Amalia? ¿Los *Cuadernos de Malte Laurids Brigge*? —Cruzaron el puente cogidos de la mano—. Rilke sostenía que los recuerdos deben llegar a transformarse en sangre nuestra... Ese recuerdo está convertido en sangre del Príncipe, circula por sus venas sin que él lo advierta, liviano; no le causa dolor.

6

"El tiempo que siguió a aquella noche de verano fue un tiempo vago; días y meses que completaron un año, durante los cuales viví flotando en una nebulosa, suspendida en un espacio límite entre un mundo real y otro imaginario. El recuerdo de la playa y del desconocido apenas si se diferenciaba de tantas imágenes ilusorias que brotaban de mi pensamiento en los primeros años de mi adolescencia, e inútilmente trataba de descubrir en mi cuerpo una huella capaz de probarme que la presencia del hombre no había sido obra de mi imaginación. Y en las noches, tendida en mi cama, con los brazos cruzados detrás de la nuca, con los ojos muy abiertos fijos en la ranura de los postigos, por donde se colaba un hilillo de claridad, solía aguardar la visita de él, que volvía transformado en inexplicable angustia, en afiebradoras sensaciones que me obligaban a incorporarme y encender la luz. Entonces comprobaba que todo permanecía inmutable a mi alrededor: las paredes empapeladas de blanco y rosa, la mesa de toilette con los frascos de cristal y los cepillos para el cabello (regalo de mi madre el día en que cumplí diecisiete años).

"Se acercaba el período en que debía preparar mi bachillerato, cuando descubrí que no sólo era incapaz de estudiar, sino que cuanto creía haber aprendido en once años de asistencia a clases se había esfumado de mi mente, igual que si hubiesen pasado una gigantesca goma de borrar por mi memoria. Le comuniqué este insólito fenómeno a mi abuelita, y ella dijo:

"—¿Ves que yo tenía razón? Siempre pensé que era una aberración meterles demasiadas cosas en la cabeza a los niños. Es lógico que, al final, las infelices criaturas no recuerden nada de nada. Si en vez de tanta física, tanta química, tanta historia y tanta literatura les enseñaran a mirar la vida con simplicidad y a creer en la bondad de Dios, el mundo estaría poblado por hombres y mujeres más sensatos. Pero es mejor que hables con tu abuelito, hijita; él podrá aconsejarte.

"Abrí la puerta de la biblioteca de mi abuelo, y lo encontré sentado ante su escritorio, revisando los planos de una extraña maquinaria que acababa de inventar. Llevaba un blusón de seda gris, abotonado a un costado, y sostenía un compás en una mano. Me senté frente a él, contemplando las estanterías repletas de libros del más variado contenido, y aquel óleo que representaba a mi bisabuela, en el apogeo de su belleza, vestida de negro, luciendo un gran polisón, "talle de avispa", y el pecho exageradamente pronunciado.

"Después que mi abuelo terminó de enrollar sus papeles, exclamé:

"—No podré dar bachillerato. He olvidado hasta la última línea de lo que me enseñaron en el colegio.

"Me observó sonriendo.

"—Haz un esfuerzo por recordar —sugirió.

"—El estómago compuesto de los rumiantes consta de panza, bonete, librillo y cuajo —mascullé con el acento monocorde de una idiota.

"—¿Sí? ¿Cuándo aprendiste eso?

"—Hace muchos años.

"—¿Y lo que te han enseñado después... es igualmente interesante?

"—Posiblemente no, pero... para mí ha sido tan falto de verdad, tan ajeno...

"—En ese caso has hecho muy bien en olvidarlo —afirmó mi abuelo. En seguida me recomendó que tirara mis inservibles textos de estudio al canasto papelero y que leyera libros que realmente me apasionaran; que por motivo alguno intentara acumular conocimientos aprisionándolos mediante fechas y en casilleros, porque la historia y las ciencias, la filosofía o el arte, debían llegar a constituir una unidad, un todo vivo y palpitante; no algo que había sucedido, sino algo que estaba sucediendo en la medida en que crecía y evolucionaba el hombre.

"A partir de esa tarde pasé largas horas en la biblioteca. Escuchaba a Bach y a Mozart, y leía con avidez, mezclando obras, épocas y autores. Y lo que aprendí entonces, si bien es cierto que me desconcertó, fue definitivamente inolvidable.

"Quizás ese encierro voluntario cambió mi carác-

ter, volviéndome un tanto huraña, pues mientras mis amigas asistían a paseos y fiestas (aún evoco nítidamente el vestido de encaje blanco de Luz María), y comentaban sus primeras conquistas amorosas, yo me mantenía distante y callada. Desdeñaba a los muchachos de mi edad, y si alguno me seguía en la calle, levantaba la cabeza y caminaba muy erguida simulando ignorarle. Sin embargo, secretamente, esperaba día y noche que él regresara.

"¿El...? ¿Quién? ¿El desconocido de la playa, del cual no sabía ni siquiera el nombre? ¿Mi primo Andrés, a quien no veía desde hacía cuatro años? Las dos imágenes se trocaban en mis sueños; Andrés aparecía de más edad, más alto y más grueso, y el otro rejuvenecía hasta no ser más que un adolescente. A menudo los rasgos de ambos se confundían componiendo una sola figura, y tal vez ése era el hombre que yo esperaba; alguien a quien me sentía perteneciendo de antemano.

"Pese a que no guardaba ningún parecido con mi primo, creí reconocerle una tarde. Salía del dormitorio de mi abuelo, y tenía una expresión preocupada, ensombreciéndole los ojos muy azules. Se detuvo con mi abuelita en el descansillo de la escalera, y oí que decía:

"—Volveré más tarde, señora. Ahora es conveniente que lo dejen dormir.

"Ella le dio las gracias, y se apoyó en mi hombro; había envejecido bruscamente.

"—¿Por qué no vino el doctor Valdés? —pregunté.

"—Se halla en Norteamérica. El joven que se fue recién es el ayudante de Valdés; se llama Santiago..., no sé qué... ¡Estoy tan nerviosa que no le entendí el apellido!

"—¿Encontró muy mal a mi abuelito?

"—Una neumonía a su edad es grave... Ven, Amalia, acompáñame a rezarle a Nuestra Señora. Ella no permitirá que ocurra nada terrible.

"Nos arrodillamos en el pequeño reclinatorio, a los pies de la virgen de madera, y en tanto que las cuentas del rosario corrían entre mis dedos, y mi voz repetía el Dios te salve María, yo pensaba en ese hombre llamado Santiago, que vendría más tarde a visitar al abuelo.

"Vino durante muchas noches. Noches en que se transitaba en puntillas por los corredores, se conversaba en un levísimo cuchicheo, se traían balones de oxígeno, se dormía poco y se rezaba mucho, y el enfermo respiraba con dificultad emitiendo ahogados ronquidos. Y en esa atmósfera que presagiaba muerte, yo vivía expectante de la campanilla de la puerta de calle que anunciaba la llegada de Santiago, anhelando los momentos en que permanecería a su lado, junto al lecho del abuelo, sin hablar, en la habitación que olía a desinfectante y a varillas de sándalo que humeaban."

7

THÉO ABRIÓ la tapa del piano, sopló la mancha de polvo de la punta de sus dedos, acomodó un cojín encima del taburete y principió a tocar de memoria el *Carnaval,* de Schumann. A medida que pulsaba las teclas arrancando acordes y presionaba los pedales, agitaba el cuerpo en sucesivos vaivenes, y su rostro se alteraba.

Se decía que en otro tiempo había estado a punto de ser pianista profesional; o eso era lo que esperaban de él quienes recordaban haberlo visto, a los cuatro años, encaramado en las rodillas de su padre, ejecutando sus primeros ejercicios musicales. Pero también se comentaba que al día siguiente de ofrecer su primer concierto en público, Théo, que entonces contaba ya con veintidós años, resolvió abandonar el piano e ingresar a la Facultad de Arquitectura, de donde se retiró más tarde, cuando empezaba a trabajar en cálculos de estabilidad y materiales de construcción, para matricularse en los cursos de psicología que dictaba un profesor suizo en la Sorbona. Lo auténtico era que hoy, a los treinta y nueve, Théo se negaba a administrar la fortuna de su anciano padre y

vivía del usufructo de dos propiedades de renta de su madre. Era un apasionado del barroco en todas sus metamorfosis, un entendido en símbolos oníricos, y tocaba el *Carnaval* con indiscutible virtuosismo.

La casa que alquilaba, al fondo de un parque frondoso cerca de la Avenida Victor Hugo, había sido antes de que él la habitara el departamento de la servidumbre y el garaje de la mansión adyacente, más adelante transformada en internado; un cerco de rosales silvestres separaba ahora los jardines, y el antiguo garaje, convertido en amplio salón, lucía las paredes revestidas por un zócalo de oscura madera, una puerta vidriera y una gran chimenea de piedra. En ese ambiente, el piano, y el resto de los objetos que Théo trajera de la casa paterna, calzaban armónicamente, y desde el segundo piso podía contemplar el follaje de los árboles mecidos por el viento.

La campanilla del teléfono sonó de pronto, y él continuó ejecutando con más brío el *Carnaval*. Pensó:

"Debe de ser Gabrielle... Querrá que la acompañe a Cardin a ver una nueva colección de vestidos; no pienso responder. O el pobre Tino, con alguna de sus tragedias... ¿Y si fuera Amalia?" Levantó las manos del teclado y buscó su reloj: "Las seis. No, no es ella. Se iba a reunir con Claude a las cinco, y en este momento... ¡Desdichada Amalia! Cualquier día cometerá una tontería en serio. Pero no..., no es recomendable torcer el destino de las personas. Es claro que yo podría ayudarla más eficazmente..., podría

si..." Dio un respingo, se frotó los dedos e inició el tema Chopin, con suavidad y elegancia.

Una hora después, Amalia golpeó en los cristales de la puerta vidriera.

—Detesto aparecer sin anunciarme por teléfono —dijo—. Desgraciadamente estuve llamando durante un largo rato sin que usted atendiera. ¿No oía la campanilla?

—No supuse que fuera usted. Habíamos quedado de reunirnos a las nueve. Venga, siéntese. ¿Quiere beber algo? Se terminó el whisky..., hay nada más que coñac y vino blanco.

—Vino blanco. —Ella reparó en el piano que continuaba abierto—: Por favor, siga...

—No. Usted necesita hablar de un asunto urgente; por eso ha venido.

—Solamente necesito saber que lo tengo a mi lado, ¿entiende? No llamé a Claude, y pasé toda la tarde escribiendo. De repente... —alzó la copa púrpura de cristal tallado, y bebió un sorbo—, de repente me dio terror.

—¿Lo que escribe es algo imaginario, o...?

—La verdad. Los recuerdos contados con la mayor exactitud, tal como quedaron fijados en mi memoria. Creo que es la explicación, Théo.

—¿La explicación? ¿De qué?

—De mí..., de lo que soy... No se puede juzgar a nadie sin conocer el total, ¿no le parece?

—De modo que usted se siente juzgada. No se me habría ocurrido jamás.

—Más adelante, tal vez... me juzgarán, y...

—¿Quién leerá lo que ha escrito?

—Usted. Quizás también el Príncipe, cuando regrese de su viaje.

—Eso significa que ha cambiado de idea y que me va a mostrar...

—No... Escuche: a eso de las cinco, en el instante en que debía telefonear a Claude, pensé que usted..., mejor dicho no pensé, sino que lo vi leyendo esas páginas que escribía, Théo, y sentí pánico.

—¿Tan importante considera mi juicio literario? —El intentó reír—. No le dé más vueltas a eso —murmuró, sentándose junto a ella en el sofá—. El final de su historia resultará muy distinto del que usted presiente. No olvide que usted es la autora y que la realidad puede ser manejada a su arbitrio. ¿Quiere que le cuente ahora esa experiencia del Príncipe que me negué a contarle el otro día?

Amalia asintió, y él se paseó por la sala, respirando hondo, igual que un actor que toma aliento para iniciar el recitado de una obra clásica, atisbando hacia el parque súbitamente oscuro. Una campana resonó más allá del cerco de rosales.

—Ante todo conviene que usted sepa que mi amigo fue un niño sumamente precoz, con una sensibilidad superior a la común —puntualizó Théo, y quitándose los lentes observó a Amalia, con sus ojos celestes, un poco descentrados—. Le he contado que fuimos compañeros de colegio, ¿no? Bien, el apodo de Príncipe nació en esos días, y lo adoptaron incluso

los maestros, que captaban en él un natural refinamiento, una especial delicadeza presente en cada una de sus actitudes y aquella ilimitada posibilidad de destacarse, de ser continuamente el primero. Por desgracia, tuvo una sola desventaja: la de ser hijo único, mimado y rico.

—Eso no es una desventaja.

—En su caso sí lo era. El hecho de no tener hermanos que se opusieran a sus caprichos, recibir frecuentes elogios, crecer en la mayor holgura y contar con la adulación casi servil de los muchachos que iban a pasar las vacaciones en el castillo que su abuela poseía en el campo, le atrofió ese instinto de lucha del que están dotados los hombres vulgares y lo hizo desarrollarse indefenso frente a los obstáculos del mundo exterior, a la par que sin ambiciones de ninguna especie. Por esto, en plena adolescencia, sus inquietudes morían en un hastío que ni la guerra logró conmover.

—¿Consiguió escapar de la guerra?

—Escapamos juntos... ¿No se lo había dicho? Nuestras familias se conocían y partimos con mi madre y la suya, acompañados de mi tía Chantal y de mi prima Gabrielle, a refugiarnos en una villa en el Mediodía. París quedaba a respetables kilómetros de distancia, y pese a que varias de las propiedades de su padre y del mío fueron confiscadas durante la Ocupación, y a que los alimentos estaban racionados, no recuerdo que hayan faltado nunca el postre en las comidas, ni lana para que las señoras tejieran, oyendo

a mi tía Chantal que cantaba antiguas romanzas overnesas. Allí, en ese clima de paz, proseguimos ambos nuestros estudios, guiados por un viejo preceptor y una maestra de piano, mientras la mayoría de nuestros compañeros soportaba el hambre y otros muchachos se enrolaban en la Resistencia.

Théo corrió las cortinas, y el parque sombrío se perdió detrás de la felpa roja. Encendió las lámparas y volvió a llenar la copa de Amalia.

—Por favor, continúe —rogó ella.

—Al regresar a París, el Príncipe se encontró ante un mundo hostil; la gente de nuestra generación era agresiva, grosera, desconfiada. Los condiscípulos, a quienes él evocaba con ternura, eran hombres endurecidos; las mujeres eran lo opuesto a la imagen de esa mujer ideal que se le había hecho concebir; feroces, descaradas, destilando odio e ironía. Y el Príncipe miraba esos rostros prematuramente envejecidos, marcados por la furia, sin poder ocultar su desconcierto. Sucesivamente, las diversas profesiones que lo atraían acababan por parecerle inútiles, y nada constituía un puente eficaz para ubicarlo dentro de esa colectividad que le provocaba el más violento rechazo. Pensando que la idea o el sentimiento de Dios podría convertir en amable aquello que le causaba temor y desprecio, devolviéndole la confianza en el género humano, trató de interesarse en una religión; sin embargo, no demoró en considerar que esa búsqueda era un nuevo escapismo, y concluyó diciéndose que el intento de subsistir amparado por determina-

dos sistemas, ya fueran filosóficos o políticos, equivalía a repetir la evasión del tiempo de la guerra.

—¿Qué hizo entonces?

—En aquel estado de zozobra, con la sensación de que cuanto venía desde fuera inevitablemente lo hería, llegó en 1949 a Roma. A los pocos días se cansó de vagar por los barrios antiguos, y agotado por el calor..., era el mes de agosto, enfermo de aburrimiento con la compañía de una pareja de holandeses que alojaban en su mismo hotel, decidió irse a Capri. Con este fin cogió el tren a Nápoles. ¿Usted ha visitado Nápoles?

—Sí. Cuando vine a Europa por primera vez. Hace muchos años.

—¿Se acuerda de las callejuelas inmundas? ¿De las moscas gordas, de las ancianas forradas en trapos negros, de la sangre de San Jenaro? ¿Se acuerda del hedor a excrementos, y de los hombrecillos que venden cuernos de la abundancia y collares de coral? ¿Se acuerda del pesado sol, y de los niños que cantan con voz aguda de soprano? ¿Y de las criaturas contrahechas, y el sudor, y los senos inmensos de las amas de casa? El Príncipe no se embarcó inmediatamente con rumbo a Capri, no podía hacerlo. Aguardó días y más días, deambulando por la zona próxima al puerto, esclavo de la curiosidad y del asco. —Théo afirmó una rodilla en el taburete del piano, y su índice derecho resbaló a lo largo del teclado—. Necesito un trago —murmuró, y vació vino blanco en otra copa—. Creo que aún existe el pequeño Café de la Vittoria —dijo,

y sostuvo los lentes alejándolos de sus ojos, mirando a través de ellos con los párpados entrecerrados, como si allí, al otro lado de los cristales, se divisaran la callejuela en pendiente y el cafetín con su mostrador manchado, y se escucharan la risa de los parroquianos bulliciosos y la música pegajosa de *Luna Rossa*, repetida una y otra vez por la máquina tragamonedas.

Precipitadamente, Théo se colocó los lentes, y confió con voz apagada:

—En aquel Café de la Vittoria, el Príncipe conoció a esa persona.

—¿La persona de quien se enamoró?

—Sí. Se detuvo en la puerta con la intención de pedir un refresco, y se tropezó con una sonrisa. Luego esa sonrisa se transformó en alguien que le preguntaba, en inglés, si era extranjero, y lo invitaba a sentarse; que le hablaba de Norteamérica, de San Francisco de California, que era su lugar de origen, de esas primeras vacaciones en Europa después de haber obtenido un título de bachiller en Artes. Fueron a cenar, conversaron hasta el amanecer, el Príncipe canceló su viaje a Capri, y partieron juntos a Florencia. Por fin mi amigo podía conectarse con otro ser humano, espontáneamente, sin esfuerzo. Así sucedió todo, de un modo simple e ingenuo, semejante a un juego de niños, al margen de los problemas morales, de las dudas y de las innumerables reservas con que los adultos enfrentan al amor. Porque el Príncipe a los veinticinco años conservaba una candidez infantil, y la carga afectiva acumulada en su largo aislamiento só-

lo esperaba un estímulo para desbordarse. Por otra parte, aquella persona era muy digna de ser amada. Tenía un enfoque siempre puro de las cosas y una asombrosa dosis de vitalidad, y juventud, y belleza, y...

—¿Y qué?

—Algo más: verdadero horror por cuanto amenazara ensombrecer su natural alegría. Podría decirse que poseía un egoísmo innato que le impedía ver el lado amargo de la existencia, que le ayudaba a sortear los conflictos, que le inducía a repeler el más insignificante desagrado. Por eso era previsible que, algún día, abandonaría al Príncipe. Esto ocurrió al cabo de un año en que fueron felices.

—¿Vivían juntos?

—Desde la noche en que volvieron a Roma de paso hacia Florencia. El Príncipe se las arregló para que postergara indefinidamente el regreso a Norteamérica, y en Florencia alquilaron un piso. Allí se quedaron hasta la Navidad: recorriendo las galerías de arte, admirando los atardeceres sobre el Arno, discutiendo de pintura, descubriendo ocultas tiendas de anticuarios, y bodegas donde beber vino, amándose cada hora, cada minuto... —Théo enmudeció por espacio de unos segundos. Ante él parecen surgir las formas de los toneles polvorientos, las hinchadas vasijas, las garrafas de Chianti que cuelgan desde las vigas de un cielo raso cubierto de telarañas. Una brusca sensación de bienestar lo envuelve—. La simpatía del Príncipe por el resto de la gente crecía —explicó—, y ya no le

era difícil acercarse a esos hombres y a esas mujeres del pueblo que lo recibían sonriente. Sin embargo, esta simpatía no era más que un reflejo de esa especie de milagro que vivía. Usted hablaba de entrega total, Amalia... Me consta que él se entregó más allá de cualquier límite imaginable. Y se volvió absorbente, vigilante, temeroso de perder ese amor que era la fuente de la que se nutrían sus percepciones y su inteligencia, sus intuiciones y sus sentimientos. ¿Comprende, Amalia, que hay individuos que aman sin comprometer todas sus funciones psicológicas? Individuos que se enamoran y acuden a la oficina diariamente... ¿Y que hay otros que son incapaces del más mínimo pensamiento, de la más mínima sensación que no esté relacionada con el objeto de su amor? Estos últimos cansan a la larga..., resultan odiosos. Mi linda..., ¿me encuentra razón si sostengo que las criaturas como el Príncipe, como usted, tienen que dividir el amor? Eso que llaman entrega total, es en ustedes una forma de debilidad, de desquiciamiento, que causa repulsión, que impulsa a huir y castigar con el desprecio.

—A castigar con el desprecio —repitió ella—. Sí, es verdad. —Y recordó aquella carta en la que se le reprochaba su modo de amar exigente, que no daba tregua ni descanso.

—Si usted pudiera amar a la manera de las mujeres normales —prosiguió él—, a la manera en que su abuela posiblemente amó a su abuelo, intensamente pero sin darse hasta la locura, conservando una zo-

na de la voluntad libre, para pensar en los deberes domésticos, en la educación de los hijos y en tantas otras cosas, ese hombre no la habría olvidado. Y si el Príncipe hubiese sido un tipo común y corriente, se habría librado del sufrimiento. —Théo fue en busca de otra botella y vertió más vino en las copas—. Le he dicho que la persona de quien él se enamoró era egoísta, que no se hallaba preparada para tolerar ningún dolor —anotó—. Pues bien, él la arrancó de su paz y de su natural alegría, la abrumó con sus celos, la oprimió hasta la asfixia. Era ya el mes de febrero; habían postergado por tercera vez el viaje a América, y estaban instalados en París, en un departamento en la calle Rivoli. Cuando hago memoria de esa etapa, no puedo reprimir cierto calofrío. Fue aquél el tiempo en que el Príncipe comenzó a obsesionarse con el presentimiento de que el final no tardaría, e intentó atrapar a su amante a cualquier precio..., usando artimañas, enfermo de desesperación, comprobando que cada uno de sus actos contribuía a precipitar el desenlace.

—¿Qué clase de cosas hacía?

—No, no me haga dar detalles de ese período lamentable. Un día, al regresar de una visita a sus padres, halló el departamento vacío. Las ropas de su amante no se encontraban en los armarios, y no existía ni un papel, ni un rastro..., nada. Llamó uno a uno a los pocos conocidos a quienes frecuentaban, fue al Consulado de Norteamérica, a las estaciones de ferrocarril, a Orly; hizo averiguaciones acerca de una

infinidad de trenes que iban con destino a distintos sitios; revisó listas de pasajeros en diferentes hoteles... Inútil. Esa mañana había escuchado la risa de siempre, las palabras tranquilas. A partir de aquel momento estaría solo..., quebrado. —Théo se pasó una mano por el cabello delgadísimo, parecido a hebras de oro muy finas que raleaban acentuando su amplia frente. E igual que si ese ademán tuviese la virtud de apartar las evocaciones dolorosas, rompió a reír—: No sea tonta, Amalia. Esta historia no debe deprimirla; al contrario. Hoy, el Príncipe es un hombre que ha conseguido el máximo de paz que se puede alcanzar en un mundo amenazado por guerras nucleares y poblado por gente desesperanzada. Ello le prueba que no es imposible reconquistar el equilibrio. —Recogió el bolso de Amalia de encima de la mesa, y se lo dio—. Empólvese la nariz, retóquese los labios y vamos a comer —exclamó; si no nos apuramos no hallaremos ningún restaurante abierto.

—Théo, quiero conocer el resto...

—No hay más. Ese fue el fin.

—Pero... ¿qué hizo? ¿Cómo sobrevivió? No creo que la transformación se haya operado de un día para otro.

—Sobra el tiempo para conversar de eso. Lo haremos mañana, pasado... Ahora tengo hambre, y odio verla con esa expresión de desamparo.

—¿Me presentará al Príncipe, cuando él vuelva a París?

—Si la ocasión llega..., ¿por qué no?

8

"El abuelo murió al iniciarse el otoño. Veinticuatro horas antes de expirar recibió la extremaunción, y aunque se hallaba en estado de coma, alzó un brazo y agitó una mano como despidiéndose del mundo.

"Mis padres y mi hermana María Pía habían viajado precipitadamente, en un avión militar, desde la ciudad donde mi padre desempeñaba el cargo de intendente, y nos encontrábamos todos arrodillados a los pies del lecho en que el moribundo recibía el último de los sacramentos para alcanzar la paz de Dios. Al lado afuera de la puerta, mis tres tías abuelas, que sólo aparecían cuando se celebraba un matrimonio o moría algún miembro de la familia, rezaban las recomendaciones del alma, acompañadas de las criadas y de Zorobabel Campos, el jardinero. Las voces de las ancianas producían un ulular que dejaba presentir las frías tinieblas del purgatorio, mientras las criadas y el jardinero llevaban un sostenido trémolo.

"Todavía me parece ver la lámpara parpadeando sobre la mesita de noche del abuelo; escucho el viento que sopla tenuemente entre los árboles del huerto, imitando pasos de invisibles visitantes, y a "Isolda", la

vieja perdiguera, que se arrastra por el corredor próximo, con sus ojillos húmedos, las patas flojas y un lloriqueo casi humano; miro hacia el cielo raso, y descubro aquella mariposa de alas negras revoloteando por el cuarto, idéntica al mensajero de las tragedias que viene a anunciar la muerte. De pronto el abuelo se estremece, entreabre los labios y las palabras quedan detenidas al borde de su lengua torpe y reseca. No dice nada, pero el brazo descarnado se levanta, y aquella mano apergaminada se mueve dulcemente musitando una despedida.

"Santiago viene a medianoche. A través del estetoscopio oye los latidos de ese corazón tenaz que continúa palpitando.

"—No hay nada que hacer. Solamente esperar —dice.

"Y esperamos: mi hermana María Pía, que tiene recién trece años, acurrucada en el regazo de mi madre; mi padre intentando leer una novela de Simenon y dirigiendo constantes miradas al reloj de pared, que anuncia las horas con retraso; la abuelita, a quien han obligado a acostarse, sin conciliar el sueño a pesar de los somníferos; las tías abuelas, ateridas, montando guardia ante la imagen de la Virgen; las criadas y el jardinero, bebiendo innumerables tazas de té en la cocina y relatando historias de aparecidos. Todos, todo espera, hasta la perra que se ha echado en un rincón del comedor, y los barquitos del abuelo que permanecen inmóviles a orillas del estanque. Entonces siento que no puedo quedarme allí, entre esa gente

y esos objetos que cuentan los minutos para recibir a la muerte. No puedo respirar en ese ámbito por donde los ademanes y la voz del abuelo huyen.

"Abandono la sala y trepo por la escalerilla que da al desván. Y estoy ahí, tendida en un desvencijado catre de hierro, alumbrada por un cabo de vela que alguien olvidó, contemplándome en un enorme espejo veneciano que han colocado encima del sillón de tapiz raído; examinando unos tiradores de bronce, un trozo carcomido de manguera, y el lavatorio de porcelana con su jarro para el agua decorado con querubines que sostienen una guirnalda de rosas. Pasado un rato la puerta se abre y entra Santiago.

"—¿Qué viene a hacer aquí? —pregunto.

"Y él contesta:

"—La buscaba.

"—¿A mí? ¡Qué raro! Nunca le he interesado.

"—Te equivocas.

"Esa fue la primera vez que me trató de tú, y casi de inmediato me encontré en sus brazos. Recuerdo la sombra de nuestros cuerpos enlazados encima del camastro de hierro, la sombra proyectada en la pared y en las vigas del techo. Recuerdo aquel cielo de fines de marzo, con su luna naciente y esquiva, recortado en el cuadrado de la pequeña ventana.

""¿Por qué ha sucedido ahora? ¿Por qué en este lugar?", creo haberme preguntado cuando Santiago se peinó y se anudó la corbata mirándose en el espejo. Hoy, evocando a otros hombres que repiten ese gesto frente a otros espejos, conozco la respuesta: porque

éramos jóvenes, porque era preciso escapar de la muerte que rondaba. Y después que él se marchó para volver junto al enfermo, permanecí una hora o más en el desván, observando la piel de mis brazos y mis piernas, palpándome el rostro y el cuerpo, experimentando la sensación de hallarme mutilada, incompleta, desde el instante en que habíamos dejado de formar una misma sombra reflejada en las paredes del cuarto.

"La espera concluyó al amanecer, y todos, salvo María Pía, que dormitaba tendida en la alfombra de la sala, invadieron el dormitorio. Hundido entre sus sábanas blancas, el abuelo mantenía su aire de altiva indiferencia. Luego, una vez que las tías lo vistieron con un traje oscuro y una corbata gris (como si lo ataviaran para asistir a alguna ceremonia), aparecieron los enviados de la empresa funeraria.

"Al día siguiente tuve que confesarme para comulgar en la misa de funerales. Haberme negado a ello habría sido considerado un acto imperdonable; y en el fondo yo sentía el más vivo deseo de arrodillarme en las gradas del altar mayor, enceguecida por el fulgor de las bujías y el dorado crucifijo, y recibir la comunión. No obstante, el murmullo de mi propia voz dando cuenta de mis faltas, la figura del sacerdote (agazapado detrás de la división de madera del confesonario) y sus palabras que surgían de la oscuridad conminándome al arrepentimiento, unidas a cierto olor pegajoso (de sudor y ropa negra), que yo identificaba desde mi infancia como "olor a beata", me causaban repulsión y temor; porque, al estilo

de Zorobabel Campos, a los dieciocho años yo era fiel a la religión, pero carecía de una conciencia respecto del pecado. Lo pecaminoso tomaba su verdadera forma y proporción solamente al acercarme a los confesonarios, que, mediante una inconsciente asociación, se convertían en dependencias del infierno, casuchas a través de cuyos agujeros espiaba el demonio. El amor a Dios crecía al margen de las confesiones y del forzado arrepentimiento, al pie de los magníficos altares, en las notas del órgano y los coros que cantaban alabanzas, en los vitrales que daban paso a la luz, en las casullas bordadas de oro y plata, en el perfume de las flores y de los incensarios, en todo aquel esplendor que me colmaba de emoción hasta el delirio, permitiéndome entrever las puertas de un paraíso en que los elementos paganos se mezclaban a un decorado de catedral bizantina.

"Esa lucha para vencer el horror a la confesión fue más dura aquella mañana en que la sensación del reciente pecado (o de lo que se suponía debía reconocer bajo este nombre) estaba todavía viva, oponiéndose al más insignificante impulso de arrepentimiento. Sin embargo, un sentido de lealtad a Dios, y principalmente a mi abuelo, logró imponerse, y pude comulgar, al fin, en compañía de mi madre, de María Pía y de las tías que parecían tres cuervos con las alas plegadas.

"Terminada la misa, las mujeres nos dispusimos a volver a la casa, y los hombres se dirigieron en

distintos automóviles al cementerio. Alguien dijo, contemplando el cortejo que partía:

"—Feliz él que está descansando.

"Y entonces me puse a llorar. Lloraba por ese descanso que le imponían a mi abuelo contra su voluntad, al anciano que poseía energías para vivir mil años, que amaba la existencia, que sonreía al abrir los ojos cada día, y para quien cada gesto estaba impregnado de esperanza.

"—No llores, Amalia. —Santiago me tomó de la mano y descendimos por la escalinata de la iglesia. Vi la carroza fúnebre cubierta de flores, doblando la esquina; vi a ese hombre joven que me sonreía, y me limpié las lágrimas. La muerte se alejaba, y ahí estábamos los dos, respirando el aire fresco de un día de otoño, dejando que las nubes vagaran por encima de nuestras cabezas y que un sol tímido lamiera los vidrios de las ventanas."

9

—¿El Príncipe no volvió a saber de su amante? —indagó Amalia, de improviso.

Théo simuló no escucharla. Hacía más de una semana que rehuía aquel tema, como si lamentara haber cometido una infidencia. El camarero colocó la bandeja con el té y las tostadas encima de la mesa, y él acomodó su silla de mimbre bajo el quitasol de la terraza. Luego miró hacia uno de los prados que adornaban la plazoleta vecina, en el que florecían los primeros tulipanes.

—Por fin un día de primavera —comentó.

—Le hice una pregunta, Théo.

—¡Ah, sí! —adoptó un aire indiferente.

Una brisa fresca agitó las ramas de los árboles cercanos.

—Está haciendo frío —dijo ella, y bebió su té en silencio.

Dos mujeres jóvenes tomaron asiento bajo otro quitasol, frente a ellos; observaron a un adolescente que permanecía encogido revisando unos folletos de turismo, y cuchichearon algo que las hizo sacudirse

de risa. El muchacho alzó los ojos, y en seguida se escondió tras sus folletos.

—¿Qué opina de ese chico? —averiguó Théo sin quitar la vista de las manos frágiles que sostenían el impreso de color rojo, el cual mostraba la capa de un torero y anunciaba corridas en Pamplona.

—No me he fijado..., y ahora no puedo verle la cara. ¿Por qué?

—Es un homosexual en cierne. Claro es que él no lo sabe. Ha pasado varios años interno en un colegio en Suiza..., en Lausanne probablemente, y éste es su primer viaje a París. Y ahí está, sin haber cumplido ni uno solo de los programas organizados por la agencia turística en que sus padres le contrataron la gira, sin atreverse a pisar las salas del Louvre, sometido al deslumbramiento del mes de mayo. Es evidente que, en el internado, ha oído hablar de perversiones y temas análogos, pero aquellos casos, observados por el lente frío y objetivo de la ciencia, no servirán para prevenirlo contra los sentimientos que el consenso universal califica de enfermizos.

—¿Supone que se trata de un individuo predestinado a eso?,—exclamó Amalia, intentando seguir un juego que íntimamente la aburría.

—Sí, aunque no posee ninguna inclinación de tipo patológico, y sexualmente no es ni más ni menos normal que el común de sus compañeros de colegio. —Théo pagó la cuenta sin hacer el menor ademán de levantarse.

—Entonces no entiendo por qué está condenado a desviarse de la normalidad —replicó ella, y se sintió irritada por todo; por las mujeres bulliciosas que ahora hablaban de un film de Ingmar Bergman; por el camarero que se alejaba con demasiada lentitud; por esas predicciones de Théo, tan carentes de fundamento.

—Muy simple —afirmó él—: aún no tiene ideas preconcebidas sobre lo permitido y lo prohibido en materia sentimental, y en cuanto al sexo..., amar un cuerpo de hombre le parecerá tan natural como amar sus propias formas masculinas; los ejemplos acerca de perversiones sexuales no guardarán similitud con su hallazgo del amor. Muchos años más tarde descubrirá que el hecho de amar a Jacques o a Pierre, en vez de amar a Jacqueline o a Annette, suscita escándalo y se paga con la furia y la burla de la gente.

Sentada en la punta de la silla, Amalia se inclinó hacia Théo y con voz cortante dijo:

—Si usted comienza por asegurar que un jovencito es tan normal como el común de los chicos de su edad, lo consecuente es esperar que su hallazgo del amor se produzca al encontrar a Jacqueline o a Annette. Es aventurado pretender que la ausencia de ideas preconcebidas sobre lo que llamamos normalidad sea causa suficiente para torcer los instintos de un individuo. Me parece que está intelectualizando demasiado, mi querido Théo.

El sonrió con benevolencia:

—Si he hablado de ese muchacho, ha sido fijándome en sus ademanes inseguros, conociendo la inhibición que lo obliga a refugiarse tras esos papeles y, a la vez, el ansia inconfesada de afecto, el impulso por aproximarse a la gente, continuamente frenado por su timidez. Bastará que alguien le tienda un puente para que se sienta maravillado.

—¿Y por qué ha de ser un hombre quien le tienda ese puente? —Amalia abrió las manos con brusquedad, descubriendo su impotencia para comprender lo que a su juicio no era más que una muestra del rebuscado pensamiento de Théo. Un vaso de agua se volcó en la cubierta lustrosa de la mesa, y esta torpeza involuntaria contribuyó a aumentar su irritación—. También una mujer podría hacerlo —masculló.

Despaciosamente, él enjugó el agua con una servilleta de papel; en seguida contempló en torno a sí con una expresión divertida.

—Jamás —dijo—. Mire a aquellas chicas, a la rubia y a la morena de la nariz respingada. ¿Cuál es la fórmula de acercamiento de ambas? Comienzan con pestañeos maliciosos, luego atacan mediante risas sarcásticas, y finalmente adoptan una actitud despreciativa. Así procede la mayoría de las mujeres, salvo las que andan a la caza de una aventura; ésas utilizan una fórmula más directa y brutal, lo que aumenta la reserva del muchacho tímido. No, no estoy caricaturizando a las mujeres ni tampoco criticándolas. Defino, sin juzgarlos, dos métodos clásicos de la seducción femenina.

—Generaliza mucho. Aún quedan mujeres que no utilizan táctica alguna.

—¿Usted?

—No soy un buen ejemplo en la actualidad. Quizás, sin darme cuenta, he terminado por adoptar el método de las busconas. Es lo que usted piensa, ¿no es cierto?

—Perdón. Es injusto que me atribuya esos pensamientos. En ningún momento quise ofenderla.

—No se preocupe. Creo que ya no existe nada que pueda ofenderme. —Se echó hacia atrás el cabello que le caía en la frente y recuperó el aspecto de cansancio; la lasitud del cuello y de los hombros, la fatiga de los ojos tenuemente velados, cierta resignación dulcificándole la curva de los labios—. La capacidad para ofenderse se pierde junto con la dignidad —suspiró—. Sin embargo, hubo un tiempo en que mi forma de aproximación al hombre era simple: ni me defendía ni atacaba, iba hacia él con alegría, me entregaba dócilmente...

—De acuerdo. Y convengo en que si ese muchacho se encontrara con una joven Amalia, en la que pudiera confiar, tal vez su destino llegaría a ser el del marido ejemplar y el padre feliz, con derecho a envejecer.

—¿Qué quiere decir con eso?

—¿No es el derecho de la gente normal? Aquel que subsiste en el conflicto se aferra a una juventud permanente. ¿Ha visto a esos invertidos que han pa-

sado el medio siglo, con las mejillas artificialmente sonrosadas? ¿Y a las ancianas ninfómanas, detenidas en los veinticinco años, grotescamente maquilladas, comprimiendo sus jamones dentro de un vestido primaveral? ¿Ha escuchado a los neuróticos, afectados por cualquier tipo de angustia, con sus problemas que imitan la inadaptación y la volubilidad de los adolescentes? Saben envejecer aquellos que se han liberado de los miedos, que se han conformado con acatar las leyes. Usted..., ¿se siente preparada para envejecer?

Ella tuvo la visión fugaz de años futuros en los que ni siquiera le sería concedida la oportunidad de mantener el vigor de los recuerdos:

—No, no...

Théo se levantó súbitamente:

—La prudencia es la verdadera canicie del hombre, y la verdadera ancianidad es una vida inmaculada.

—¿Cree eso?

—La frase no es mía, querida. Es de la *Biblia*, del *Libro de la Sabiduría.*

Amalia caminó junto a él. De pronto se les perdían todas las palabras, como monedas que caían de un monedero roto, y las ideas eran hilos cortados que se anudaban y se desanudaban sin el menor concierto. Surgían la larga avenida, los faroles encendiéndose y la orden misteriosa de mover las piernas, igual que en un sueño en el que interminablemente se marcha sin avanzar. Unos pasos más y aparecerían los portales de la Plaza Vendôme, las tiendas con sus escapa-

rates iluminados sugiriendo el aroma de perfumes y la suavidad crujiente de las telas que la moda imponía. Pero las vitrinas, la gente escurriéndose atolondrada, los ruidos, el espacio abierto debajo del cielo, serían estaciones del mismo camino que se prolongaba, penosamente, multiplicando rostros, objetos, atmósferas, situaciones. Amalia pensó que su vida, enfocada desde el exterior, era una sucesión de horas repetidas, e, interiormente, sólo la tortura ocasionada por una herida honda que le trepanaba el cerebro, que le partía el pecho y el vientre, la tortura causada por ese vacío en el que naufragaba la ternura sin respuesta, punzaba el deseo, y, en tanto que afloraban los recuerdos, crecía la desesperanza.

—Nunca el Príncipe volvió a tener noticias de su amante —dijo Théo, inopinadamente.

Ella levantó el rostro sorprendido.

—La noche pasada usted quería saber cómo sobrevivió él a raíz del fin... Mejor sería averiguar cómo resucitó, porque durante meses estuvo muerto. Se encerró en el departamento y pasó semanas enteras sin atreverse a salir a la calle, en espera de un llamado telefónico, de una carta, de un mensaje que le hablara del arrepentimiento de Caroll... ¿Le dije que se llamaba Caroll, no?

—No, no me lo dijo antes.

—¡Pobre Príncipe! Colocó una silla junto a la puerta de entrada y ahí se quedaba horas, escuchando el ruido del ascensor, las pisadas en la escalera, con el corazón palpitándole al oír cada sonido. Se ali-

mentaba apenas de café y de leche que la portera le dejaba; su estómago se negaba a recibir otros alimentos, y por las noches aguardaba insomne, sin desvestirse, temeroso de que el acto de comer o dormir, o realizar cualquier movimiento, consiguiera distraerle por unos segundos de la espera. A veces rezaba; rezaba del modo en que suelen hacerlo los niños, implorando obcecadamente que se les conceda una gracia, y en esos momentos existía en él verdadera fe en una energía omnipotente que lo libraría de aquel dolor. Pero el tiempo transcurría, y a los días de angustia y febril agitación siguieron días de sopor, de tinieblas. Los efectos de la inanición comenzaron a manifestarse, y una mañana, la mujer que subía a asear el piso lo halló desvanecido y avisó a casa de los padres. Fueron a buscarlo inmediatamente y lo internaron en una clínica; al cabo de dos semanas lo llevaron a convalecer al campo.

—¿Demoró mucho en sanar?

—Físicamente se repuso pronto; la mejoría anímica tardó más. Por espacio de meses lo colmó una profunda tristeza, una agobiadora melancolía.

Ella dejó de caminar y se detuvo en medio del gentío, recibiendo codazos y empellones, fuertemente asida del brazo de Théo:

—¿Y... olvidó?

Théo inclinó la cabeza, y Amalia interrogó con voz enronquecida:

—¿Cómo?

—Odiando. Sí, no me mire con esos ojos. La pri-

mera medida consistió en exterminar hasta la última partícula de amor, en destruir uno a uno esos sentimientos, o en reemplazarlos por sentimientos negativos, o sea por odio. El objeto de su amor pasó así a ser el causante de su amargura, el motivo de sus males, algo detestable que era preciso aniquilar en beneficio de la propia conservación. Después de un largo período en el que imaginó innumerables venganzas, el odio principió a declinar paulatinamente, y poco a poco fue descubriendo que los recuerdos perdían fuerza en su memoria. Ya no se despertaba en mitad de la noche crispado por la ira, ni apretaba los puños al divisar en la calle una figura que hacía evocar la estatura, los cabellos, los ojos o los gestos de Caroll. Sin darse cuenta comenzó a interesarse en cosas ajenas a cuanto habían compartido juntos, y... ni él mismo podría asegurar si fue en alguna tarde, paseando por el campo, o al salir de un concierto, o conversando de temas intrascendentes, cuando comprendió que aquél era el instante de la liberación, y se extrañó al sentirse liviano por dentro, barrido por una ráfaga de viento que arrastraba lejos la raíz de sus tormentos pasados y futuros. Supo, entonces, que ya no volvería a ser feliz en el grado en que lo fuera con Caroll, pero también supo que no volvería a lamentarse. La entrega total no se repetiría. —Fiel a sus oscilaciones, Théo cambió el tono serio de sus palabras por otro superficial y alegre—: Es evidente que para precaverse, el Príncipe tuvo que evitar, en adelante, posibles riesgos. La debilidad de entregarse por entero era para

él un peligro, y la tentación de enamorarse era difícil de eludir. Decidió, por lo tanto, separar en dos mundos, muy distantes entre sí, a las personas que podían inspirarle ternura y afecto, y a aquellas que servirían para satisfacer sus necesidades sexuales.

—Ya sé, me habló de ello: las amistades espirituales y las conquistas callejeras —refunfuñó ella con enojo.

—Ni más ni menos. El paso inicial en las conquistas callejeras lo dio una noche... —Théo no pudo reprimir la visión de un urinario de Saint-Germain-des-Prés, y se llevó una mano a la frente, con violencia, mientras se abría paso, guiando a Amalia hacia el lado opuesto de la calzada—. Hasta esa noche, él no tenía noción del límite que iba a existir entre ambos mundos —prosiguió—; sabía que debía deslindar para no precipitarse en la autodestrucción, pero ignoraba cuál sería el objeto de su deseo, o si acabaría dándole un cauce a la ternura al prodigar mimos y cuidados a algún animal doméstico, igual que tantos hombres y mujeres solitarios. Esa noche...

Incontrolables, otras imágenes se agolpan, y ve un restaurante chino de la calle Saint-Simon y los faroles apagados, el trecho que hay que recorrer para salir al bulevar, y el camino hacia el Flore; un café bebido apresuradamente, la propina al camarero, y nuevamente esos pasos subiendo por Saint-Germain. El Príncipe lleva en su mano izquierda un juego de llaves; son las llaves de un automóvil. De pronto el llavero cae al suelo, y el Príncipe se inclina para re-

cogerlo. Ahora hay dos pies que calzan sandalias, y dos piernas desnudas, morenas, cortadas a la altura de la pantorrilla por la pared de un urinario. Y reaparece la humedad sofocante de fines de julio; sensación de ropas resbalosas, agitación que oprime el plexo solar, boca reseca.

—Sí. Algo se definió esa noche.

Se encontraban al lado de la estación del metro.

—¿Es hora de irse a casa? —inquirió Amalia.

—Es lo más práctico. Claude quedó de pasar a recogerla a las ocho.

—Siempre se atrasa. Está cansándose de mí, ¿sabe? Si le doy una disculpa para no verlo hoy, estará dichoso. Telefonearemos a Claude y seguiremos conversando.

—No, Amalia. No ahora. Pórtese bien con ese muchacho; no le haga escenas, sea dulce.

Se estrecharon la mano, y ella aguardó junto a la escalera, en la boca del subterráneo.

—¡Váyase! —ordenó Théo.

—¿Me permite hacerle una última pregunta?

—¡No!

Una avalancha de gente se desbordó atropellándose, escaleras arriba, desde el fondo de la estación. Amalia se sujetó del pasamanos para no rodar por las gradas.

—Por cierto que Caroll era un hombre..., ¿no? —gritó, intentando hacerse oír. Pero cuando se desintegró la muchedumbre, descubrió que él se había marchado.

10

"Durante dos años fui la amante de Santiago. Sin embargo, el término "amante" no se pronunciaba, reduciéndose a la íntima certeza de algo prohibido. Aquella palabra callada definía la parte oculta de nuestras relaciones: las citas en el estudio del amigo pintor (nunca llegué a conocer a este personaje que nos cedía, de vez en cuando, un pequeño cuarto en la calle Bellavista, al otro lado del río); las salidas pretextando ir al cine, y el desvestirse entre cuatro paredes húmedas y frías; el hacer el amor en forma apresurada e inventar el argumento de un film que era preciso narrarle a la abuela, a la hora de la sobremesa; los encuentros furtivos en el desván, y las caricias aprovechando la media luz del salón, temerosos de que nos sorprendieran las criadas. En efecto, por espacio de dos años, ser amantes significó el amor sin sosiego, la mentira, el continuo sobresalto y una secreta envidia de las parejas de recién casados que partían en viaje de luna de miel y compartían con tranquilidad un lecho; para quienes la posibilidad de un embarazo no constituía la peor de las amenazas.

"Frente a mi abuelita, a mis padres, al resto de

la familia y a las amistades, Santiago representaba un papel muy diferente: era el novio. La verdad es que él no me había hablado jamás de matrimonio, pero siempre que un hombre soltero visita asiduamente a una muchacha en edad de casarse, el resto de la gente tiende a oficializar las razones de estas visitas. Así, cuando mis padres viajaban a la capital, Santiago se preocupaba de la salud de mi madre, conversaba de política con mi padre, y ellos sonreían satisfechos al pensar que su hija mayor se casaría con un joven que gozaba de todas sus simpatías. La abuelita solía hablarme de los manteles, las porcelanas y los cubiertos de plata destinados a mi futuro hogar. Otras veces me presionaba para que empezara a ocuparme de mi ajuar de novia. Yo no podía lastimarla diciéndole que la ilusión de contemplar por vez primera a la mujer que se desviste, despojándose de sedas y blondas (legítima ilusión de mi abuelo en la noche de su boda), era totalmente ajena a la intimidad ya establecida en mis relaciones con Santiago. Tampoco quería herir a mi madre ni a ninguna de las personas que creían en la seriedad de este "noviazgo"; su ingenuidad me parecía digna de respeto, y obligarlas a encarar la realidad se me ocurría tan cruel como profanar la inocencia de un niño.

"Por otra parte, no estaba segura de querer casarme con mi amante. Es cierto que me atraía la oportunidad de amarnos libremente, de perfeccionar el amor; no obstante, el cuadro de la vida doméstica que me ofrecían los matrimonios jóvenes después del en-

vidiable período de la luna de miel (mi amiga Luz María se había casado hacía un año, tenía hijos mellizos de dos meses, vivía preparando biberones, andaba desgreñada y olía a leche agria) era poco atractivo. Reflexionaba, en consecuencia, que si el precio para que se nos permitiera hacer el amor en un sitio más confortable y tibio que el cuarto de la calle Bellavista, más limpio que el desván, con menos premura y prescindiendo de las desagradables precauciones contra el embarazo, era encadenarme a una existencia maloliente y aburrida, resultaba mejor permanecer soltera. Sabía que si mi madre hubiese escuchado estos pensamientos, me habría tachado de frívola y casquivana, y que mi abuela hubiese añadido que el auténtico destino de una mujer era echar hijos al mundo y servir al marido; pero yo aguardaba un destino diferente.

"En medio de ese engaño impuesto por el falso compromiso matrimonial y mi condición de amante transcurría el tiempo, y un día me hallé con veinte años. Entonces me pregunté, recién, si estaba enamorada de Santiago, y nacieron mis primeras dudas con respecto a mis sentimientos. Descubrí que amaba sus ojos, el tono levemente áspero de su voz; que amaba la claridad con que exponía sus ideas, el engrandecimiento que hacía de su profesión y, en fin, tantas cosas que se me antojaban admirables, pero que lo amaba a medias, como a una pintura de la cual nos fascinan ciertos trazos o la luz de un contorno y de la que se nos escapa el valor total. Sexual-

mente me sentía inmadura, llena de curiosidades que me revelaban cuán lejos estaba aún el momento de una plenitud en aquel sentido, y era inútil pretender algo más completo dentro de ese régimen en que el amor se realizaba sin preparación, en los instantes para mí más inesperados, simplemente porque Santiago lo decidía, y yo actuaba por obediencia.

"Recuerdo las tardes en que él anunciaba que tenía entradas para el cine, y yo comprendía que, sin consultarme, había dispuesto pasar hora y media haciéndome el amor; o las noches en que simulaba retirarse de la casa, y al despedirse se limitaba a ordenarme que subiera al desván. Los minutos en el desván llegaron a ser temibles y odiosos: allí ni siquiera existía ocasión de hablar, de mirarnos. En ese lugar oscuro y polvoriento, atestado de objetos viejos, aquél era un acto de odio, un sometimiento a exigencias brutales que sólo lograban humillarme. Espiritualmente tampoco era mayor nuestro entendimiento. El se burlaba de las promesas y juramentos que es habitual intercambiar entre enamorados, y si me decía que me quería, era con el tono de quien afirma un hecho carente de importancia.

"Sin embargo no sufría. Santiago me visitaba con frecuencia, y yo confiaba en sus sentimientos apenas expresados (tal vez porque no me constaba que existieran verdaderos amantes fuera de las páginas de una novela o en las obras de teatro), accedía a sus deseos y me dejaba aplastar por el acostumbramiento, con la voluntad debilitada, acallando inquie-

tudes, escondiendo los irrealizados sueños. En ese estado de adormecimiento me encontraron las circunstancias que señalarían el fin de nuestras relaciones.

"Puedo evocarlo todo con exactitud. Era el mes de febrero y pasábamos la temporada en Viña del Mar. Cierro los ojos y veo ante mí el bungalow ubicado a escasos metros del Casino Municipal, las buganvillas trepando por los muros blancos, la sombra de las palmeras quietas, el antiguo salón de té de la calle Valparaíso, y un sendero a través del Parque Vergara, silencioso, con afilados rayos de sol rasgando el follaje de los árboles. Allí, mientras recorríamos ese camino estrecho, con el aire del verano y la luz del verano, con el aroma de la hierba y un cielo en movimiento, Santiago me confesó que iba a casarse con su prima Inés. Me explicó, con idéntica seguridad a la que usaba para plantear un problema relativo a la política o a la economía nacional, los motivos que lo inducían a ese matrimonio: amaba plácidamente a su prima, desde la infancia, y durante tres años (ella vivía en Estados Unidos) se escribieron con regularidad, llegando a formalizar el compromiso; ahora que Inés acababa de regresar a Chile, era absurdo seguir postergando la fecha del casamiento, y éste se celebraría dentro de un mes. Consecuente con su nueva posición, terminó pidiéndome que, para evitar habladurías que pudiesen molestar a Inés, no nos viéramos más en lo sucesivo.

"No protesté. Tenía risa y llanto dentro de mí. Risa por lo grotesco de la situación, por aquel egoís-

mo llevado hasta el extremo de pedirme que velara por la futura paz de una mujer a la que lógicamente debería haber odiado. Llanto por la sensación de robo, de años inútiles y detenidos. Pero no lloré ni me reí; tampoco fui capaz de odiar. Mis reacciones escapaban a toda lógica, y me quedé sin reproches ni ira, con la mirada seca, clavada en un trozo de cielo pálido que ondulaba igual que una bandera por entre las ramas más altas."

11

—¡QUÉ IMPORTA que Caroll sea el nombre de una mujer o el de un hombre! —afirmó Théo.

—Puede usarse indistintamente —admitió Claude—. ¿Por qué insistes en eso, Amalia?

Ella disminuyó el volumen del tocadiscos y Vivaldi se arrastró a espaldas de las voces:

—Para mí es fundamental.

—No estoy de acuerdo —rebatió Théo—. El conflicto es el mismo.

—Si efectivamente se trataba de un muchacho, aquel amor era anormal de por sí y sería injusto establecer un paralelo entre esos sentimientos y los que unen a una mujer y a un hombre —aseguró ella.

—¡No entiendo nada! —Claude se puso a hojear una revista ilustrada que había sobre la mesa.

—Partiendo de esa base —prosiguió Amalia, dirigiéndose exclusivamente a Théo—, nadie conseguirá probarme que yo deba adoptar el sistema del Príncipe para alcanzar un equilibrio.

Théo se levantó de la poltrona en que se hallaba sentado y fue a acodarse en la ventana.

—Está argumentando de mala fe —dijo—; inten-

ta convencerse por cualquier medio de su propia normalidad. Por desgracia mientras se defienda no habrá remedio para usted.

—Los dejo discutir en paz —gritó Claude, y se encaminó hacia el dormitorio, llevando su vaso de whisky y la revista.

—Supongamos que Caroll era una mujer —continuó Théo, impasible—. ¿Usted estaría dispuesta a aceptar que el Príncipe amaba en forma desquiciada?

—Creo que sí...

—¿Y aceptaría también que esa forma coincide con la suya, y que por lo consiguiente ambas son hasta cierto punto anormales? —Amalia agachó la cabeza, y él puntualizó—: Luego, está de acuerdo en que el Príncipe y usted sufren de un grado de anormalidad que los incapacita para enfrentar el amor igual que el resto de la gente.

—Sí...

—Bien. Supongamos ahora lo contrario. Si Caroll hubiese sido un muchacho, y mi amigo lo hubiera amado de un modo distinto..., ¿no cree que ese muchacho podría aún permanecer a su lado? ¿Niega la posibilidad de una relación perdurable entre dos individuos del mismo sexo? No imagine que estoy ensalzando esas relaciones; las considero tan anormales como cualesquiera otras que rompan con los moldes de lo unánimemente aceptado..., lo cual no me impide admitir que puedan darse en ellas belleza, armonía y... orden. Conozco a más de una pareja de homosexuales que continúa unida a través de largos

años. Esto significa que, en el caso de que Caroll fuese un hombre, la causa que lo obligó a abandonar al Príncipe radica únicamente en la idolatría que éste le profesaba, la cual lo hacía un esclavo de sus propios sentimientos, en esa manera de amar de mi amigo, descontrolada, rayana en la locura.

—Quizás tenga razón... —Amalia se mordió los labios, y desvió la mirada de los ojos de Théo.

—Comprenda que carece de importancia saber quién era Caroll, si lo que nos preocupa es verificar el parecido de su problema con el del Príncipe; problemas que no dependen de las personas a las que ustedes amen. Por eso no voy a decirle si se trataba de un hombre o de una mujer..., no quiero que enfoque las cosas desde un ángulo que no es el determinante. Piense lo que le plazca, Amalia; tome a Caroll como un símbolo, y si necesita representarse este símbolo bajo el signo de un muchacho, revístalo de un porte preciso, de unos cabellos de tal o cual color. En otras circunstancias, tal vez Caroll deba identificarse con la figura de una mujer; esto no variará su dimensión de símbolo y de objeto de un amor enfermizo. ¿Qué le ocurre?

—Me desespera tener que resignarme a la idea de que no sé amar bien, que siempre seré una especie de tarada... —exclamó ella, y se cubrió la cara con las manos—. ¡Me da vergüenza!

—Lo siento. Pero soy su amigo y no puedo mentirle. Si hubiera nacido con una pierna más corta, y se resistiera a remediar su defecto, yo estaría aquí dia-

riamente esforzándome en demostrarle las ventajas de usar un zapato ortopédico; no aplaudiría su cojera, créame.

—Ya lo sé. Pero si ese zapato ortopédico trajera consigo la muerte, usted no me obligaría a ponérmelo. ¡Yo no quiero odiar y destruir lo que he amado, aunque lo haya amado en mala forma! No quiero olvidar..., porque los recuerdos no son parte de mi sangre sino toda la sangre, y si los pierdo me quedaré reseca, más vacía aún que con el dolor que ellos me causan. Rechazo ese equilibrio que me promete su historia del Príncipe si para conseguirlo tengo que combatir la fidelidad de mi memoria... No acepto iniciar una nueva vida escindida interiormente, como usted me aconseja; una vida cómoda, resguardada contra el peligro del amor, construida sobre la peor de las traiciones: el olvido. Si nací con esa tara, si no sé amar de un modo que no sea desquiciado, fue justo que él me abandonara y es justo que yo siga sufriendo. —Las palabras quedaron flotando un momento, mecidas por la música que venía del tocadiscos, enredadas en las cuerdas de los violines, palpitando aún en las notas vibrantes de las guitarras. Finalmente se hundieron aplastadas por la entrada dominante de los cornos—. Perdón —musitó Amalia—, perdón por esta escena.

—El título de lo que está escribiendo es *La Estatua de Sal*..., ¿no es eso?

—Sí. —Ella se apoyó el vaso de whisky en la frente, y lo mantúvo allí, buscando algo en el contac-

to del cristal frío; algo que podía ser una sensación minúscula para adormecer brevemente el dolor, o un medio para extraer del pasado un instante detenido a orillas del olvido y hacerle cobrar fuerzas a través de la repetición mecánica de aquel gesto—. Pienso que Sara no volvió la cabeza por curiosidad, sino porque se negaba a huir de esa tierra, a olvidar... —dijo, sosteniendo todavía el vaso apretado contra la frente.

—Comprendo. Le parecía una traición obedecer a los ángeles enviados por Jehová. —Théo emitió una carcajada dura y corta que se confundió con una tos, y apartándose de la ventana fue a encuclillarse a los pies de ella, afirmando los brazos en las rodillas de Amalia, mirándola tan de cerca que el brillo de sus lentes la hizo parpadear—. Sin embargo, por no traicionar a Sodoma, Sara traicionó a Dios, y fue castigada —espetó con violencia—, porque esa tierra a la que se obstinaba en ser fiel era una tierra de la que nada bueno podía brotar, una tierra condenada al exterminio. ¿Y qué ganó la porfiada Sara al contemplar con sus ojos de sal el inevitable fin de Sodoma? —Bruscamente él se incorporó, se abotonó la americana y le tendió la mano—: Es hora de que me vaya. Nos hemos portado mal educados con Claude.

—¡No! Quédese, se lo ruego. Iremos los tres a algún lugar divertido. Espéreme...

Abrió la puerta del dormitorio y se aproximó a Claude. El vaso de whisky, ya vacío, se hallaba volcado en la cama donde el muchacho dormía echado sobre el vientre. Un último rayo de sol venía desde la ca-

lle y le caía entero en el rostro, en la boca apretada en una mueca caprichosa de niño, en el negro cabello despeinado.

—Clou..., despierta... —La punta de sus dedos tocaron aquellas sienes levemente húmedas—: ¡Clou! ¡Clou!..., chico...

—¿Amalia? —Se restregó los párpados y alzó perezosamente la cabeza. Entonces recién pareció reconocerla, sentirla, saberla; recién, ahí, de pie junto a la cama, en la atmósfera cálida del cuarto desordenado. La mujer que discutía con Théo era una desconocida para él. La verdadera Amalia nacía allí, con las caderas y los pechos al alcance de sus manos, con los brazos desnudos, con el olor que sólo en ella producía el perfume del frasco verde—. ¡Ven!

—No, Clou... Nos espera Théo para salir... ¡No seas bruto! —Principiaba el resurgimiento de los recuerdos. Así, cayendo de bruces encima de Claude, con las piernas enlazadas a un par de piernas largas y musculosas, los labios entreabiertos, sus dientes chocando con esos dientes, su lengua amarrada a esa lengua. Y él dejó de ser él. Detrás de los ojos cerrados de Amalia, otro hombre despojaba a Claude de su carne y de sus huesos; y la cara de Claude y el cuerpo de Claude iban a amontonarse con las prendas de vestir esparcidas por el piso. El amante de Amalia regresaba; ni siquiera eso: jamás la había abandonado. Europa era una invención, eran irreales París y la distancia. Una oleada de conciencia le permitía ver la disposición de los muebles, la ubicación de la

puerta y el balcón que daba al jardín. Era una tarde similar a las demás, y ellos seguirían amándose hasta el fin del tiempo. Podía confiar en los días que vinieran; el amor era una casa sólida, bajo su techo existía solamente un madurar esperanzado, y no la inquietaba ser vieja mañana, o morir. Pensaba que su muerte iba a ser una bella muerte, con tanta alegría para explicarse ante el Dios paternal de su infancia. Pensaba, pensaba sintiendo, percibiendo, entregándose—. Te quiero, mi amor... Te quiero —gimió.

Pero volvió a abrir los ojos. El rayo de sol se había esfumado. Desprendido del suyo el cuerpo de Claude recuperaba a su dueño, y nuevamente se hallaba en París. Se cubrió con una bata y se acercó a la ventana. El jardín y la sombra gigante del manzano no estaban allí. Oyó el ruido del agua en la sala de baño; Claude se duchaba tarareando una canción de la Piaf: *Non, Je ne Regrette Rien.* La luz se perdía en los intersticios que dejaban las piedras de la calle Vaugirard; el cielo era una mancha enrojecida por el reflejo de los faroles y el titilar de un aviso luminoso.

—Cada vez que me dices "te quiero", hablas en español —comentó Claude, caminando por el dormitorio, salpicando de agua la alfombra—. ¿No vas a vestirte? Théo debe estar hecho una fiera. —Se puso los pantalones y asomó la cabeza por la puerta que comunicaba con la salita—: ¡Théo! Mi viejo querido..., oye...

Sobre el tocadiscos encontraron un mensaje escrito en la página de una libreta de direcciones: "Sien-

to tener que marcharme, Amalia. Voy al Club. Me quedaré allí hasta medianoche".

—¡Formidable! Es orgulloso como un demonio; nunca confesará que se sintió postergado —rió Claude—. ¿Quieres que vayamos al Club?

—Sí, vamos. Detesto molestarlo. Me pondré el vestido negro..., ese que a él le gusta.

El Club al que acudía Théo funcionaba en una casa antigua próxima a la Isla de San Luis. Cuando Amalia y Claude llegaron, él bebía ginebra sentado en uno de los taburetes del bar. Una batería y un piano atacaban frenéticamente un ritmo popular gracias a Louis Armstrong. En la habitación contigua, hombres y mujeres se agrupaban en torno a una mesa de juego; las voces agresivas traspasaban la pared con el tono característico de las discusiones.

—¿Ustedes aquí? —Théo torció la boca, soslayando una sonrisa irónica.

Amalia se acodó en el mesón:

—Necesito un trago que me atonte rápidamente —anunció.

—¿Le parecería bien un cincuenta megatones? —ofreció el barman, disponiéndose a batir distintas combinaciones alcohólicas en una coctelera.

—¿En qué consiste eso?

—¡Qué más da! —Théo arqueó una ceja.

—A mí déme un whisky —ordenó Claude. Recibió su vaso y fue a sentarse al lado del piano.

Théo pasó un brazo por los hombros de Amalia:

—¿Le agrada su pequeña bomba? Dígame: ¿tanto la maltrata el amor que necesita emborracharse?

—Sea amable, Théo —susurró ella—. Otro cincuenta megatones —pidió señalando la copa vacía, y se bebió el cóctel siguiente en un instante.

Un individuo alto, moreno, que aún conservaba restos de una pasada apostura de atleta, ocupó el taburete vecino al de Amalia. La observó, y una de sus rodillas le rozó un muslo. Ella no se movió. Se dijo: "¿Por qué soporto que me haga esto?" Estudió aquel semblante que mantenía su aire sereno, el mentón bien dibujado a pesar de los kilos de exceso que tendían a ablandarlo: "Este pelo oscuro..., esta mirada... No, no es una locura mía... Hay un parecido...", reflexionó. Sus dedos reptaron por el mesón hasta tocar los dedos del hombre; luego descansaron en el hueco caliente de esa mano.

—¿De qué color son sus ojos? —inquirió.

—¿De qué color los ves tú? —El le habló casi al oído.

—Negros. Pero sé que son verdes. En los días de sol, y sobre todo en el verano, en la playa, son verde claro. Por la noche, en los ambientes cerrados, se ennegrecen.

—¿Cómo lo sabes?

—Sé muchas cosas. ¿Qué ha venido a hacer aquí?

—Vengo a menudo a hundirme en la sala del lado. Si eres adivina deberías conocer mi afición al juego.

—¿Pierde o gana?

—Hoy he perdido. Sin embargo estoy contento. Tú eres una compensación inesperada. —La mano se cerraba oprimiendo la de ella.

Théo se levantó de su asiento:

—¡No sea imbécil, Amalia!

—¿Este señor te acompaña? —interrogó el hombre.

—¿El? ¡Oh, a él no le importa lo que usted y yo hagamos! —Amalia se encogió de hombros.

—Yo no voy a sulfurarme por el papel de mal gusto que esta señora me hace representar —puntualizó Théo—, pero más allá hay una persona que no tomará las cosas con mucho sentido del humor.

—¿Se refiere a tu marido? —preguntó el otro.

—No uso marido. —Se expresó con desgano, sonriendo—. Habla de Claude, y... al fin de cuentas..., ¿quién es Claude? Una situación que debía terminarse un día u otro.

—¿No ve que se ha emborrachado y que dice tonterías? —reconvino Théo, asiendo al desconocido de una manga.

Este se libró de aquella traba con un movimiento brusco.

—Veo que ella es perfectamente libre para hacer lo que le plazca —refutó, y cogiendo a Amalia por la cintura la obligó a ponerse de pie—: Es hora de que nos marchemos.

En aquel instante, Claude se adelantó hacia ellos:

—¿Qué sucede?

—Nada. Nos vamos —respondió Amalia, siempre de la mano del hombre.

—¿Te has vuelto loca?

—¡Clou, precioso, evitemos las escenas!

—Es mejor que la dejes ir —aconsejó Théo—. Es inútil que intentes retenerla; está intratable.

El desconocido y Amalia avanzaron unos pasos, dándoles la espalda. Llegaban a la puerta cuando Claude les interceptó la salida.

—¿Qué se propone? —averiguó el hombre, con tranquilidad, elevándose en su metro ochenta y cinco de altura.

—Sólo esto —contestó Claude. Levantó una mano y descargó dos palmadas en las mejillas de ella. El otro no se alteró. Sin mirar a Amalia, la empujó fuera del local.

El resto de la concurrencia permanecía indiferente. Una pareja iniciaba las contorsiones de un twist, las voces de los jugadores quebraban a intervalos la melodía, otras personas ocupaban los taburetes del bar.

—Lo felicito por su cincuenta megatones —suspiró Théo, limpiando el cristal de los lentes para escrutar al barman, disecándolo como a un insecto. En seguida sacó su reloj de bolsillo, comparó la hora con la que señalaban los punteros luminosos del reloj del Club y salió sin prisa.

12

"No lloré cuando Santiago se marchó, y tampoco lo hice en los días que vinieron. Me dejé estar, simplemente. Con el sol y el mar, las mañanas de aroma salobre y los atezados cuerpos de la gente joven formando un círculo que estrechaba mis veinte años.

"Pero aunque no diera explicaciones acerca de mi ruptura con Santiago, ni me lamentara, mi abuela no tardó en conocer la verdad. Se enteró de ella al leer la página de vida social de un periódico donde se anunciaba el próximo matrimonio del hombre que, hasta hacía muy poco, era considerado mi novio. Entonces a la abuelita le sobrevino un ataque de cólera. Las palabras "mequetrefe", "atropello", "ultraje", "irresponsabilidad", "burla", y otras muchas que he olvidado, pasaron a convertirse en los puntales de sus diarias peroratas en contra del individuo que "tenía la osadía" de abandonar a su nieta, quien por contraposición era "bonita", "honesta" e "inteligente". El período de ira fue seguido por otro de dignidad ofendida y por un tratamiento colmado de conmiseración hacia mi persona, a la que se prodigaba toda clase de atenciones y cuidados, igual que si hubiera sido una

enferma aquejada por algún mal incurable. Mediante este procedimiento lograron hacerme la vida muy aburrida, y engordé varios kilos que me volvieron abúlica y aplastada por un complejo de inferioridad. Contribuyó a aumentar este complejo el viaje de María Pía a la capital; mi hermana venía transformada en una delicada belleza de dieciséis años, en torno a la cual principió a flotar una nube de admiradores.

"Yo, sintiéndome fea y apática, pasaba las tardes reclinada en una *chaise-longue*, con los pies cubiertos por un chal de lana cuadriculado, devorando cajas y más cajas de chocolates y frutas confitadas, con las que mi abuelita pretendía endulzar el dolor de mi fracaso amoroso. Recuerdo aquel estado de somnolencia y el sabor empalagoso de los confites. Recuerdo el comienzo del otoño; las hojas rojas y amarillas, desprendidas de los árboles, navegando en el estanque donde los barquitos del abuelo ya no eran más que trozos de podridas maderas. Recuerdo la lectura alternada de episodios de la *Biblia* y de las novelas de Colette, y la voz de mi abuela, con las inflexiones impuestas por su respiración fatigada, imprimiendo idéntico dramatismo a los parlamentos de las tías de Gigi que a las frases de Elías y Eliseo. Recuerdo la agonía de nuestra perra "Isolda", muerta a causa de los vidrios molidos que una mano cobarde le dio a comer; su vientre hinchado estérilmente, sus ojos empañados, el hocico abierto en un gemido mudo, semejante a la boca del abuelo gritando una despedida sin sonido y sin palabras; recuerdo ese parecido entre

la muerte de un animal y la muerte de un ser humano. Recuerdo los primeros leños ardiendo en la chimenea de la salita, y el aroma a resinas secas, y la danza luminosa de las llamas. Recuerdo el principio de mis veintiún años, y mi cuerpo ausente del amor que, salvo de una manera demasiado imperfecta, no había alcanzado a conocer, madurando en una falsa amplitud de formas que no retenían la huella de un hombre. Sí, Santiago se esfumaba sin dejar la menor huella; se esfumaban su voz áspera, sus ideales que nada marcaban en mi destino. Y si a veces sentía ganas de llorar, no era por el amor perdido, sino por el amor no logrado. Sin embargo, no pensaba mucho en ello. Me habituaba a una existencia perezosa, refocilándome cobijada en mis mantas, al calor del fuego, igual que una gata, sin ideas ni sentimientos que alteraran mi pequeña calma.

"Fue en diciembre cuando mi padre vino a vernos, y le bastó mirarme para comprender que mi enfermedad era un engaño inconscientemente fraguado por mi abuelita; que cuanto yo precisaba era aire y sol y un régimen alimenticio equilibrado. Obedeciendo sus instrucciones mejoré rápidamente, y entonces la abuela dispuso partir a Lourdes con sus dos nietas a cumplir una manda ofrecida a la Virgen por mi restablecimiento. Arrastradas por ella nos embarcamos, en abril del año siguiente, María Pía y yo, más doce maletas, y una "señorita de compañía", ex inspectora de un internado de niñas, quien sabía colocar inyec-

ciones, tejer a bolillo y recitar poemas de la Storni y de la Ibarbourou.

"No puedo detenerme en las evocaciones del barco ni de los distintos puertos en que hacíamos escalas. Mi memoria está avasallada por María Pía, mi rubia hermana, con su trenza caída acariciándole la cintura, las manos en continuo movimiento, y su sonrisa ávida de muchacha sin futuro. María Pía era hermosa y tenía una sensibilidad que intentaba atraparlo, aprehenderlo todo, guiada quizás por la percepción secreta de que su tiempo era corto. Por eso tal vez, pese a los cuatro años que nos separaban, nos veíamos de la misma edad, y pronto, en esa naciente experiencia de convivir, comenzamos a compartir objetos, descubrimientos y afinidades. Todavía suelo contemplarla, de pie en la cubierta, sola, con los brazos separados en un intento de abrazo impreciso, con la cabellera a la que se prendían fulgurantes chispas de agua, y el blanco vestido alzado por la brisa, hablando de un porvenir cargado de acontecimientos que fueron ensueños diluyéndose por entre sus dedos de niña mágica, iguales a las salpicaduras del mar que adornaban sus mejillas y su larga trenza.

"Nuestros pasos iniciales en Europa los dimos en Barcelona en una mañana de mayo, contemplando a Colón con su índice en alto que señalaba a América. Allí permanecimos una semana, y en tanto que María Pía y yo paseábamos por las Ramblas y recorríamos las tiendas del Paseo de Gracia, la abuelita y su "señorita de compañía" (muy blanca y empolvada, ex-

presándose con proverbios, y dueña de un nombre probablemente sacado de *Las Mil y Una Noches*: se llamaba Asyadé) visitaban las iglesias del Barrio Gótico y de la calle Mayor de San Pedro, y regresaban al hotel con las rodillas amoratadas. Fue también Barcelona la ciudad que nos inició en una fiesta brava, de la que teníamos la errónea impresión dada por el cine norteamericano, con los decorados de Carmen, toros de cartón piedra y matadores de grotesca ficción. El espectáculo de la Plaza Monumental era muy diferente y (aunque más adelante he asistido a otras fiestas bravas y a muchas corridas, y he admirado a matadores famosos y a desconocidos novilleros) siempre vuelvo a esa tarde, reflejándose en las cambiantes expresiones del rostro y del cuerpo de mi hermana. No me acuerdo de qué color eran los trajes de luces, ni de la guarnición que distinguía la procedencia de cada toro, pero veo entrar a las cuadrillas y dar la vuelta al ruedo; lo veo en ese gesto de la barbilla levantada y los labios entreabiertos de la muchacha que, sentada a mi lado, no oculta su fascinada sorpresa. Veo el caminar cimbrante de los banderilleros, y la cabeza de María Pía, recortada contra el sol de la tarde; ahora avanza el toro, enceguecido, babeante, y la dorada cabeza se echa hacia atrás, como si una mano la cogiera por la nuca y la doblara; el banderillero se precipita al encuentro de la bestia, y la cabeza se desprende de la tenaza del miedo, y sigue esos aleteos de pájaro que vuela sosteniendo las banderillas en los extremos de sus alas desplegadas; las banderillas se

clavan, y el pájaro retrocede, frágil, airoso, mientras ella afloja la tensión de sus músculos y ríe. Ahí están la pesada capa encarnada, liviana en las manos del torero, la fuerza de los picadores y el temblor de las cabalgaduras ciegas, y los dedos fríos de mi hermana aferrándose a los míos. Y luego es la presencia del matador, el estoque oculto entre los pliegues de la capa, el filo del acero que se descubre y relampaguea, el encuentro de los negros ojos del diestro con los ojos vidriosos del toro, la distancia mínima entre la vida de un hombre y su muerte, y unos ojos claros de niña, enormes encima del ruedo, midiendo aterrados esta distancia; sus tupidas pestañas agitándose, defendiéndola de aquella visión de la que le es imposible sustraerse. Por fin, cuando el toro muere y abandona la arena arrastrado por los caballos, la voz de María Pía se une a las voces de la muchedumbre, y grita, protesta, aplaude.

"Conservo escasos recuerdos de París, adonde nos dirigimos acompañadas de la señorita Asyadé (nos habían avisado cablegráficamente que no podían guardarnos más tiempo el departamento reservado en el Ritz, y que debíamos viajar cuanto antes) a esperar a la abuelita que partía en su peregrinación a Lourdes. Es extraño que París no me causara un fuerte impacto en esos años. A través de una gasa que tamiza y difumina los contornos y la luz, diviso la perspectiva de las avenidas principales, las islas, el Sena, la Victoria de Samotracia, y una representación de *Tartufo* en el Odéon; y, por cierto, a María

Pía gastándose bromas con unos estudiantes japoneses (sí, eran japoneses), bebiendo Dubonet en un *bistro* de Saint-Germain, comprando baratijas, viviendo; viviendo apuradamente, persiguiendo a los días que le huían. Mi hermana era infatigable, y de las ocho de la mañana hasta medianoche iba y venía de un lugar a otro, desarrollando una actividad que acababa por agotarnos. La paciente Asyadé se desquitaba lanzando proverbios: "Quien mucho abarca, poco aprieta", decía con un acento dolido, o: "No por mucho madrugar amanece más temprano" y otros innumerables que eran una crítica y una advertencia en contra de la excesiva vitalidad de María Pía.

"A los pocos días de su llegada, la abuela se cansó de París. Adquirió perfumes, una capa de astracán con un gorro de la misma piel, un traje de baile para mi hermana, dos trajes deportivos para mí, y varias miniaturas de la torre Eiffel para repartirlas entre la servidumbre; rezó en Notre-Dame; lloró, durante su visita a Versalles, por la muerte de la encantadora María Antonieta (que "era una monada, y tan desgraciada en su matrimonio la pobrecita"), y, escandalizada por la desnudez de las bailarinas del Folies-Bergère, decidió volar a Roma a olvidar la frivolidad de París besando las losas de San Pedro. Y en Roma conocí a Pietro Cherubini.

"Pietro era el hombre más bello que vi nunca; dueño de un cuerpo y de una cabeza dignos de causar envidia a las estatuas de gladiadores romanos y de esclavos favoritos en el Imperio. Tenía, además, vein-

ticinco años, la piel color aceituna y el pelo crespo y retinto. Sus defectos (defectos no muy graves, o así me lo parecieron entonces) eran su modesto oficio de empleado de la oficina de resguardo de la estación y el ojo izquierdo, que, aun cuando apenas se le notaba, era de vidrio; de vidrio negro y rutilante como el ojo verdadero, aunque demasiado fijo. Es injusto, sin duda, que hoy me dé risa recordar a Pietro, pues en su oportunidad él fue importante, todo lo importante que puede ser un romano joven y bien parecido para una sudamericana de veintidós años que recién llega a Italia. Evoco a Pietro, emergiendo de entre los bultos y maletas que atestaban su despacho, con la camisa abierta, manchada de sudor, mostrando el vello del pecho. Yo iba a buscar algunas de las maletas depositadas en resguardo, y al presentarle el talonario para retirarlas, cogió mis manos, e inclinándose por sobre el mostrador que lo separaba del público, sin dilaciones me dio un beso en el cuello. Le respondí con una sonora bofetada, y en seguida ambos soltamos la risa. María Pía, que contemplaba la escena, rió también. Después él quiso saber qué haría yo esa noche, y en vista de que mi respuesta fue ambigua, me invitó a salir. Me negué, pero Pietro no era hombre que desistiera fácilmente de sus propósitos, y la entrevista terminó con una frase que a pesar de mi escaso italiano entendí perfectamente: me aguardaría a las diez en un café determinado, próximo al Panteón.

"El problema que se me presentó luego estribaba en acudir a la cita o dejarlo esperando. Y si esta du-

da se resolvía con la decisión de ir, surgía un nuevo dilema: ¿cómo explicarle a mi abuelita que iba a salir de paseo con un hombre, y, para empeorar las cosas, con un empleado del resguardo? María Pía, más audaz que yo, solucionó el conflicto. Sus reflexiones nos inclinaron a pensar que, de habernos hallado en Chile, ciertamente no habría sido aconsejable aceptar la cita; que un individuo de la categoría social de mi nuevo amigo, en nuestra patria, sería sumamente mal mirado por nuestra abuela. Pero que, a juzgar por la apariencia física, esta escala de valores sufría una mutación radical en Europa, ya que en Santiago, ni en la clase más acomodada, jamás nos habíamos encontrado con un joven de tanta belleza y natural elegancia como las del señor Cherubini (me entregó un papel con su nombre al despedirse); en consecuencia, un representante del pueblo romano podía pasar por un aristócrata en nuestro medio, y el musical apellido nos ayudaría a vencer la desconfianza de la abuelita.

"En efecto, no hubo sospechas. El mítico personaje del conde Pietro Cherubini, a quien afirmamos haber conocido esa mañana en una galería de arte, me invitaba aquella noche a cenar. Encargamos una pequeña cesta de camelias, y me las hice enviar al hotel, y si la abuelita experimentaba algún recelo ante la idea de que yo saliera sola con el conde, éste se disipó al saber que la comida se efectuaría en el palacio de la familia, y en presencia de la condesa madre.

"Y si vi Barcelona y mi primera fiesta brava a través de la emoción y de los ojos azules de María Pía, mi contacto inicial con Roma se produjo, en cambio, bajo el influjo de la ardiente mirada del único ojo de Pietro."

13

THÉO NO VISITABA a Amalia desde hacía una semana. Aquel día la encontró por casualidad, comiendo salchichas y papas fritas en la terraza de la Petite Source; bebía cerveza y estaba despeinada y sin maquillarse. Eran las dos de la tarde, y él se dirigía al Flore. Pensó saludarla y seguir de largo; no quería hablarle mientras no se le atenuara la sensación de repugnancia provocada por la actitud de ella en el Club. Pero esta sensación, que no había sido inmediata a los hechos, sino posterior, lejos de disminuir, crecía al pensar que Amalia era idéntica a los escorpiones empeñados en inyectarse su propio veneno. "Quizás no es más que un caso de masoquismo —reflexionaba—. Es mejor no ocuparse de ella." No obstante, al verla allí, en ese ambiente tan ajeno, entre los estudiantes del Barrio Latino y esos turistas nórdicos de rostros rubicundos y manos sucias, al verla con esa expresión de animal sin dueño que detestaba, con una apariencia demasiado joven, tal vez por la falta de cosméticos, y simultáneamente vieja y gastada, sintió que la sensación de asco desaparecía, lavada por un golpe de ternura.

—¿Qué hace aquí? —preguntó—. ¿Ha ingresado a la Universidad, o viene saliendo de un reformatorio? ¡Y qué fea está, mi pobre Amalia!

—¿Cierto? —Rió—. Tenía hambre. Parece que me olvidé de comer durante varios días.

—Venga. La llevaré a tomar un café al Flore. Se va a indigestar con esas papas llenas de grasa.

Amalia pagó la cuenta y lo siguió mansamente. Théo eligió la mesa de costumbre. Habría deseado evitar que se lo interiorizara de los detalles íntimos de la vida de ella a raíz de la escapada con el desconocido. Sin embargo, sabía que justamente era eso lo que Amalia haría apenas se restableciera el más mínimo lazo de comunicación entre ambos, y ante esta amenaza prefirió ser el primero en referirse al tema:

—¿Qué tal su nuevo asuntito amoroso?

—Sin importancia...

Era ella quien se escurría, y esto lo irritó hasta la violencia.

—Debió haberlo imaginado —exclamó.

—¿Por qué?

—Para no comportarse con el mal gusto con que lo hizo. Supongo que no le resultó muy agradable refregarse contra la panza de aquel gordo.

—¿Maurice? No es tan gordo.

—¡Maurice! ¡Maurice! —repitió Théo, con indignado estupor, negándose a aceptar que el desconocido tuviera un nombre propio y que este nombre ad-

quiriese un acento familiar en los labios de Amalia—. ¡Maurice! No sea chocante.

—Está exagerando, Théo. Es un hombre simpático, y según pude comprobar, es muy rico. Se separó de su mujer hace un año, y vive en un piso estupendo... en el Marais.

—Un barrio espantoso...

—Actualmente se ha puesto de moda.

—¿Quiere no ser tan repelentemente frívola? ¿La llevó ahí?

—Tres veces después de esa noche.

—Por lo que veo, el asunto es en serio. Nos trasladamos de la era del mancebo Claude a la del grueso y vulgar Maurice; del Renacimiento retrocedemos a las cavernas. ¿Tendré también que invitar al cavernícola?

—No es necesario. Ya le dije que no era importante. —Amalia sonrió desganadamente—. Tiene cuarenta y ocho años, y a esa edad los hombres se ponen exigentes y caprichosos...

—¿No se presta para sus ensueños? —El rostro de Théo se descompuso en una mueca de burla.

—No, no se presta —admitió ella, sin enojo—. Además, póngase en el lugar de Maurice: ignora quién soy..., de qué vivo. Me toma por una putilla sudamericana, a la que no hay motivos para tratar con muchas consideraciones. La primera noche me regaló un cheque, y en vista de que más adelante me he negado a recibir dinero, cree que soy la mantenida de

algún viejo provinciano que viene a verme de tarde en tarde.

—¿Y usted le permite que crea semejante indecencia? ¡Masoquismo puro!

—¿Qué ganaría con intentar sacarlo de su error, convidándolo a mi casa a beber whisky y haciéndolo escuchar música de Vivaldi y Cimarosa? Pensaría que se ha equivocado con respecto a mi categoría, y que soy más cara de lo que sospechaba. Y por último..., si descubriera la verdad..., ¿soy acaso más digna de respeto que una prostituta?

—Entonces lárguelo. No lo vea más.

—A su debido tiempo se irá. Como Claude, como Denis...; ¿se acuerda de Denis? Ojalá éste no me golpee; no me gustaría quedar con un diente menos.

—¿No le gustaría? ¡Tra la la la la! —Théo lanzó una risotada—. Nada le encantaría más. Goza rebajándose hasta arrastrarse sobre el vientre, convertida en gusano. —Hubo un corto silencio, y de pronto él consiguió serenarse—. En el fondo —consideró, usando su hermosa voz baja—, usted ya no ama a ese hombre... —Notó el sobresalto de ella.

—¿A qué hombre?

—Al que quedó en Chile..., al que insiste en amar más allá de cualquier límite. La entrega total es otro mito, Amalia. Usted lo odia; lo odia tanto, que se venga de él hiriéndose a sí misma.

—¡Eso es un disparate!

—Claro que sí; es su disparate. Se siente perte-

neciéndole todavía, formando parte de él, y frente a la imposibilidad de destruirlo, clava el cuchillo en su propia carne. ¡Qué tonto fui al no comprender que era un proceso tan sencillo! El Príncipe hizo algo muy semejante..., ahora lo descubro.

Amalia se tapó la cara con las manos intentando no ver, no oír. Luego, sin esconder el miedo, interrogó:.

—¿Qué hizo el Príncipe?

Théo reía dichoso, excitado, igual que alguien que ha buscado por espacio de años la pieza perdida con la cual completar un rompecabezas e inesperadamente encuentra esa pieza en su bolsillo.

—El Príncipe creía entonces que ya no odiaba a Caroll —murmuró—, pero es evidente que continuaba odiando. El olvido estaba gestándose apenas cuando inició sus aventuras callejeras.

—No lo entiendo —susurró ella.

—Es muy fácil de entender, Amalia. Oiga: el Príncipe se denigró del modo en que usted lo hace. Las aventuras de que hemos hablado fueron en sus comienzos indignas, y siempre me pregunté por qué un individuo refinado experimentaba placer al sentirse envilecido con esas relaciones humillantes. Supuse que la causa de esta necesidad de descender de nivel era el temor a volver a encontrarse con alguien capaz de unir los dos mundos separados e inspirarle amor... Así se lo expliqué a usted, ¿recuerda? Y el hecho de que pasado algún tiempo hubiese elevado el rango de estas aventuras lo atribuí, en consecuencia,

al alejamiento de aquel temor. Sin embargo, hoy, bruscamente he conocido la verdad. Tal como usted, el Príncipe se vengaba destrozando, en sí mismo, a Caroll, o más bien destrozando la parte de sí que aún pertenecía a su ex amante.

—¡Yo no destrozo nada! —rompió a llorar—. Si me humillo no es por vengarme de nadie... Lo hago por desesperación... ¡Por favor, créame! Me acerco a un hombre porque me figuro que existe algo que me devolverá la sensación del amor... ¡Se lo he dicho una y mil veces! Lo único que me importa es no olvidar.

—Para llevar la venganza hasta el exterminio absoluto —afirmó él con dureza, y rápidamente dio la impresión de recapacitar, y con su impecable pañuelo limpió las húmedas mejillas de Amalia.

Atravesaron la calle Monsieur-Le-Prince, con rumbo al bulevar Saint-Michel, y orillaron los jardines del Luxemburgo en dirección al edificio en que vivía Amalia, en la calle Vaugirard. Eran aproximadamente las cinco. Principiaba junio, y el calor se mantenía más allá de la puesta de sol; las mujeres vestían trajes estampados con dibujos florales que imitaban el colorido de los prados y el tono musgo del césped y las hojas.

—¿No le da vergüenza entristecerse en un día así? —dijo Théo, cogiéndola del brazo y obligándola a retardar la marcha—. Me preocupa, querida Amalia. Le tengo mucho afecto. Mucho.

—A veces creo que miente.

—Muy injusto de su parte. Si no la quisiera, habría optado por no volver a verla..., sería más cómodo para mí.

Usted es muy inteligente, Théo. A menudo me pregunto si no está realizando un experimento conmigo... —Habló con voz opaca, monocorde.

El reaccionó igual que si lo hubiera picado una avispa:

—¡Qué ridiculez!

—También me pregunto si a través de mí no trata de desprenderse de alguna duda relacionada con la determinación que tomó el Príncipe.

—Considerando el problema del Príncipe, nunca he dudado de que la escisión era lo más eficaz.

—¿Y si yo le anticipara que va a llegar un día en que tendrá que dudar?

—¿Qué ha tramado?

—Nada. Soy incapaz de tramar algo; hace ya varios meses que me siento idiota, con un agujero aquí, en la frente —señaló con un dedo el espacio que separaba sus dos cejas—; pero conservo la facultad de presentir...

—Lo dice regocijándose. Lo que hay es que le molesta mi seguridad. Dígame: ¿con qué objeto continúa andando a mi lado?

—Aún no es el momento de separarnos.

—Así es que aguarda el momento de separarse de mí, de apartarme como un trapo usado, igual que a los demás. ¿No pretenderá que le dé las gracias, no?

—¡Es tan increíble nuestra relación! Hay instantes en que me asalta la idea de que está celoso.

—Lamento desilusionarla. No delire. Al revés, podría ser usted quien no se conforma con no poder situarme en el plano de sus galanes y utilizarme para la fabricación de ensueños. —Emitió una risa vibrante, aguda.

Y ella prosiguió con la voz plana, imperturbable:

—Dice que me quiere, y me hiere, me fustiga...

—¿Sugiere que soy un sádico?

—No. Sólo que no comprendo bien qué lo une a mí. Yo, en cambio, intuyo que soy una especie de instrumento para probarle que está equivocado.

Se hallaban junto a la puerta del edificio. Amalia subió la pequeña grada que precedía a la mampara, y él la sujetó por los hombros:

—¿En serio, me exige que dude de la decisión del Príncipe, que acepte el modo en que usted encara las cosas?

—¿Con qué derecho me atrevería a exigir? No, no exijo. Sé, aunque ocurra dentro de muchos años, sé que usted reconocerá que su amigo, pese a todo, debía seguir creyendo en el amor.

—¡El amor! —Théo la contempló asombrado y frenético—: ¡Al diablo con el amor! Si piensa así, sea consecuente, regrese a Chile, corra a arrodillarse a los pies del hombre que la desprecia, implórele..., haga lo que sea, dé una batalla. No se quede metida en este amasijo de recuerdos, suicidándose poco a poco.

—Hay batallas que se saben perdidas; es mejor no darlas.

—¿Y es mejor dedicarse a soñar sobre las ruinas de un ejército derrotado?

—Théo, olvídese de mí. Mi batalla perdida puede ser una victoria del Príncipe...

—¿Y qué interés tiene usted en esa victoria? Ni siquiera lo conoce.

—Lo conozco por su intermedio, y me gustaría, a pesar de mi fracaso, convencerlo de que valía la pena ser fiel a los recuerdos —y con sorna, riéndose de sí misma, añadió—: al gran amor.

—¡Amalia, dejémonos de utopías! Usted ha caído ya muy bajo, un paso más y... ¡No, no me haré cómplice de este suicidio! O varía fundamentalmente de existencia o no me verá más. ¿Me oye?

—Veámonos hoy en la noche al menos. Pasaré la tarde escribiendo.

—Por fortuna escribe. Momentáneamente eso la salva de cometer más imbecilidades. Bien, vendré a buscarla a las ocho, y confío en que la hallaré con otra cara, peinada y arreglada. No soy uno de sus amantes, y no hay por qué imponerme que salga con una mujer fea. —La besó en las mejillas, y se quedó detenido en la puerta, mirándola alejarse por el pasillo y apretar el botón del ascensor. Sentía una leve tristeza, y enquistada a la tristeza, cierta inexplicable curiosidad.

14

"Pietro era dulce y fogoso, con la sangre llena de sol, como los frutos del Mediterráneo. Y, como ciertos frutos, poseía una áspera corteza (hecha de violencia y arranques de cólera), de la que necesitaba desprenderse para mostrar su auténtico sabor.

"Recuerdo la primera vez que insistió en llevarme a la habitación que compartía con su hermano Salvatore, en uno de los arrabales de Roma. Yo sabía que Salvatore, linotipista de un periódico romano, tenía turno de noche y no regresaba hasta el amanecer, y me negué rotundamente a acompañar a Pietro. No lo hacía por hipocresía, ni por acicatear sus deseos retardando la oportunidad de entregarme a él. Lo cierto era que después de mi experiencia con Santiago iba perdiendo la espontánea sensualidad de mis días adolescentes, y aunque consentía en dejarme abrazar y besar por Pietro, experimentaba temor del compromiso, del avasallamiento, que suponía una relación más íntima. Sin embargo, era imposible que él, con su mente lisa y su pensar directo, comprendiera una reacción que no se basaba en motivos muy visibles y claros, y así, al tratar de expli-

carle las causas de mi negativa, sólo conseguía ofenderlo. Pietro razonaba del siguiente modo: Si durante dos años yo había sido amante del lejano novio chileno, era porque lo quería; y si, por el contrario, a él no le concedía más que algunas caricias ingenuas, era porque despreciaba su origen humilde (a estas alturas Pietro se prestaba para representar el papel de conde ante mi abuela, y actuaba en un tono de farsa que habría hecho dudar a cualquiera que no hubiese estado demasiado dispuesto a creerle). Pero tanto insistió esa noche, llegando a jurarme que lo único que deseaba era que yo conociera el sitio en que vivía, demostrándole que no lo miraba en menos, que a pesar del firme propósito de no ir a su cuarto, terminé cediendo.

"Evoco el pasado y vuelvo a sentarme en el desvencijado tranvía que nos lleva a través de desconocidos barrios, bordeando pequeñas plazas con escaños donde innumerables parejas permanecen inmóviles, las unas al lado de las otras, con las bocas unidas y las manos enlazadas; pasamos cerca de una escalinata de piedra, en la que juegan niños andrajosos y gatos de piel raída por la sarna. Recuerdo haber descendido del tranvía, junto a unos restaurantes populares, y recuerdo a la gente que comía tallarines enrollándolos en el tenedor con ayuda de una cuchara, y luego ir a pie por una callejuela en pendiente, con la gran luna roja de junio alumbrando las prendas de ropa, que, colgadas en un cordel amarrado entre dos balcones, formaban un techo de parchados calzones y

desteñidas enaguas encima de nuestras cabezas. La escalera que conducía al cuarto de los hermanos Cherubini tenía los peldaños gastados, y la puerta se cerraba con un candado que Pietro volvió a colocar en el interior, probablemente temiendo que yo escapara. Lo que más me impresionó fue que Pietro y Salvatore durmieran en la misma cama (no se divisaba otra en parte alguna); un amplio catre de bronce, adornado por cuatro perillas del mismo material, cubierto con una colcha blanca con flecos. A la cabecera de esta cama, que por sus proporciones y brillo era lo más importante del mobiliario, se veían banderines de diversos clubes deportivos y la fotografía en colores de un equipo de futbolistas, entre cuyos componentes pude distinguir (al centro y en cuclillas, sosteniendo ambos una pelota) a los dos Cherubini. Frente al lecho se alzaba un ropero con espejo de luna; a un costado, una mesa con un lavatorio y un jarro para agua, y en el piso, un recipiente; al lado opuesto una cómoda que se asemejaba a un altar: se hallaba cubierta por un paño bordado y sostenía una *Madonna* de yeso iluminada por una lamparilla votiva de aceite y un florero con dos rosas amarillas de papel crepé. La ventana que Pietro abrió hizo que el ambiente se invadiera de luna y de nuevas ropas tendidas en las minúsculas terrazas. Y allí, sin el disfraz del conde, en su atmósfera, dueño de su miseria, del aroma levemente acre y de la tibieza de su noche, de su dorada cama, de su *Madonna*, dueño de su luz,

Pietro se agigantaba, alcanzando un relieve de desusada fiereza.

"Lo contemplé unos segundos con respeto y miedo, y en seguida retrocedí, buscando (a sabiendas de lo inútil de mi gesto) la puerta protegida por el candado. Entonces él vino recto hacia mí. Quizás fue la sensación de algo brutal en su actitud lo que me indujo a defenderme antes de que Pietro atacara, y lo mordí con desesperación, enterrándole los dientes en una mano. De inmediato una lluvia de golpes me aplastó; caí al suelo, y me sentí arrastrada por el cabello hasta la cama. Pietro parecía tener más de dos manos, ya que se las arreglaba para desvestirme sin que las bofetadas cesaran. Cuando, definitivamente rendida, le supliqué que pusiera fin a ese salvajismo, él se apaciguó igual que por arte de magia. Me acarició con suma ternura, lloró conmigo, pidiéndome perdón por su bestialidad, y me hizo el amor, empapado en lágrimas, con una delicadeza que yo desconocía. No he olvidado a Pietro, ni olvidaré esa noche en la que logré entrever, como una promesa para el futuro, el concierto de dos cuerpos unidos, el entendimiento simple de mi piel con la piel de un hombre, la dicha del conocimiento sin trabas entablado por la carne y la sangre.

"Más tarde me acordé diariamente de Pietro, mientras nos asoleábamos con María Pía, tendidas en nuestras sillas plegables, en la terraza del hotel de Capri; mientras recorríamos Nápoles, y mientras caminábamos, temerosas de despertar a los habitantes

dormidos, por las calles estáticas de Pompeya. Al volver a Roma, retorné a los brazos de Pietro. La sonrisa de la *Madonna*, realzada por la lucecilla de la lámpara votiva, me fue pronto familiar, y también lo fueron el espejo, los cordeles con ropa, el aire tibio que se colaba por la ventana, el asfalto de la callejuela, encrespado por las hendiduras de las piedras, los crujidos de la empinada escalera. De no haber vivido agitada por el presentimiento del amor auténtico que vendría (este presentimiento renacía ahora), posiblemente me habría enamorado de Pietro, a quien me sentía más ligada de lo que nunca llegara a estarlo con Santiago. Pero el momento de la despedida sobrevino. Debíamos continuar viaje hacia Florencia y Venecia.

"Le dije adiós una mañana de julio, en la estación de Roma. Y lo vi por última vez, con su camisa manchada de sudor, el negro cabello ensortijado pegándosele a la frente, y la inquietante mirada del ojo fijo, abierto hacia un paisaje en sombras, y el otro ojo expresivo, húmedo, cargado de tristeza. María Pía se encargó de que la abuela y la señorita Asyadé no se aproximaran al resguardo, y gracias a ello, pudimos estar solos para despedirnos. Afortunadamente el movimiento de público era ínfimo a esa hora de la mañana, lo que nos permitió besarnos. En un instante, con el ruido de los trenes que partían y las voces que anunciaban itinerarios por los altoparlantes, clavándose en nuestros oídos; con la rebelión de las manos y las bocas que no volverían a encontrarse,

me pidió que nos casáramos. Prometí comunicarle mi determinación desde Florencia; era sincera, aunque íntimamente sabía que no lo haría. Y no porque me amedrentaran la pobreza ni el restringido horizonte de Pietro. Si otro hombre, años más tarde, hubiese podido ofrecerme lo mismo, si hubiera querido ofrecerlo, yo no habría titubeado en compartir para siempre aquella cama, aquel cuarto y esa vida estrecha; pero ese hombre no se llamó Pietro Cherubini. Nos dimos un último beso y corrí al andén.

"María Pía, encantada con lo que para ella no significaba más que una broma a la abuelita, contó que el conde me proponía matrimonio, y mi abuela no escondió su enojo ante la incomprensible nieta que, abandonada por un "mediquillo indecente" (Santiago descendía), menospreciaba nada menos que a un noble italiano. ¡Cuán feliz se habría sentido al enviar una infinidad de tarjetas participando mi compromiso con el conde! No obstante, el destino satisfizo sus anhelos, dándole la ocasión de anunciar el enlace de María Pía con alguien que sin ostentar títulos nobiliarios era lo que en Chile se catalogaba como "un buen partido".

"Juan Carlos y María Pía se conocieron en Florencia. El acababa de cumplir veintiséis años, era chileno, ingeniero agrónomo, y andaba con su madre (doña Elena, viuda desde hacía once meses) paseando por Europa antes de regresar a hacerse cargo del fundo recién heredado, ubicado en el sur, muy al sur, en tierras sacudidas por estremecimientos de

mar y cordillera. El amor de mi hermana y Juan Carlos nació al amparo del verano florentino, a la sombra de los palacios renacentistas, contemplando desde la Plaza de Miguel Angel la caída de las estrellas; estrellas que quedaban flotando en las aguas del río. Doña Elena simpatizó rápidamente con mi abuelita, y dado que alojábamos todos en el mismo hotel, María Pía y Juan Carlos podían verse prácticamente el día entero. Esto y el hecho de contar con el beneplácito familiar contribuyeron a que ambos adquirieran tal seguridad acerca de sus sentimientos, que, al cabo de un mes, resolvieron comprometerse oficialmente y casarse apenas volviéramos a Chile. Al principio, doña Elena y mi abuelita protestaron por la precipitación con que los jóvenes se disponían a encarar un acontecimiento tan importante como era el matrimonio (la madre de Juan Carlos hizo hincapié en la extremada juventud de mi hermana, y la abuela argumentó que era indispensable que mis padres dieran su autorización, aunque en el fondo se preparaba para imponer su voluntad); sin embargo, las dos terminaron por ceder. María Pía las convenció con razones muy femeninas y muy poco serias, basándose, para justificar su apuro en formalizar el noviazgo, en la conveniencia de adquirir, en París, su ajuar de novia y el vestido que usaría en la ceremonia nupcial. La abuelita, tan dispuesta a entender este tipo de caprichos, la apoyó, y doña Elena, que ya se hallaba bajo el dominio de la anciana, agachó la cabeza. A mi padre se le enviaron dos largas cartas;

una, escrita con la hermosa caligrafía de mi abuela, en la que se describía al futuro marido de "la niña" con tantas cualidades, que casi no se podía pensar en que fuese un hombre, sino un ser angélico; y otra, menos exaltada y más formal, en la que la madre de aquel dechado de perfecciones solicitaba para éste la mano de María Pía. La respuesta de mi padre, quien frecuentemente ante las situaciones importantes obraba hechizado por la abuelita, resultó tal cual ella esperaba, o sea, otorgando su pleno consentimiento; la opinión de mi madre se ignoró, y sospecho que por costumbre se limitó a obedecer al jefe de su hogar. Y a fines de agosto, en uno de los salones privados del hotel, con la asistencia de un sacerdote que bendijo los anillos y de algunos miembros de nuestra embajada en Italia, más la presencia de la señorita Asyadé (que lloró de emoción, y a la que fue imposible retener en su cuarto) y de dos señoras chilenas acompañadas de una niñita pecosa, que no sé por qué aparecieron allí, María Pía y Juan Carlos se comprometieron para casarse dentro de cuatro meses.

"Antes de continuar hacia Venecia, gira que realizaríamos con la madre y el novio de mi hermana, la abuelita viajó con María Pía por diez días a París, a comprar el vestido que su nieta llevaría durante la boda, y docenas de enaguas, camisones adornados con encajes, zapatos y otras prendas que aumentaron nuestro equipaje a dieciocho maletas. Veo a María Pía acariciando los tules que debían cubrir su cabeza, y oigo los comentarios alborozados de los que la

imaginan entrando en la iglesia, del brazo de mi padre, y arrodillándose al lado de Juan Carlos; e igual que entonces me coge la sensación del miedo, de un miedo que es una garra arañándome la garganta y el vientre. Ahora, en este momento, vuelve del pasado aquel miedo inevitable, seguido por la sorda y subterránea angustia, y ahora sé el porqué.

"Pero los días en Venecia y el clima de variados proyectos y esperanzas en que vivíamos, alejaron el temor, y alejaron de mi memoria la figura de Pietro. A veces, guiñándome picarescamente un ojo, mi hermana me hablaba del conde, y yo saltaba a otro tema de conversación. No quería que sospechara la verdadera relación que había existido entre ambos; no por vergüenza o porque me arrepintiera de ésta, sino por no causar ninguna trizadura en ese encerrado mundo de frágiles ideales en que María Pía habitaba. Por espacio de dos años había ocultado la realidad de mis amores con Santiago, respetando la ingenuidad de mi madre y de mi abuela, y nuevamente callaba; callaba y acallaba cualquier rebrote de los recuerdos y del deseo que aún me ataban al empleado del resguardo de la estación de Roma. Quizás tendría que callar siempre."

15

THÉO ESTACIONÓ el automóvil, que su prima Gabrielle solía prestarle, a un costado del Panteón.

—¿Y ahora, a dónde quiere llevarme? —preguntó, y empezó a caminar junto a Amalia hasta internarse en una de las calles que descendían la Montaña Santa Genoveva.

—Claude me contó que estuvo con usted allí... hace algunos meses.

—Me lo suponía. —Se detuvo—: No, Amalia, volvamos al coche.

—Si no me acompaña iré sola.

—¿No comprende que actualmente es peligroso frecuentar ese tugurio? —gritó él, agarrándola de un brazo.

—¿Qué nos puede pasar?

—¿Qué? —repitió Théo, imitándola—. La semana pasada estallaron en el barrio cuatro plásticos, y ayer dos más. Están haciendo redadas principalmente en los sitios a los que concurren argelinos y en los que la O.A.S. puede hacer estallar bombas. Supongo que a pesar de su masoquismo no le gustará ir a dormir en un calabozo, o que nos caiga encima un plástico. Y por

si todo esto le parece poco, sepa que hay peligros mayores...

—¿Cuáles?

—Los propios argelinos que van allí. No estoy dispuesto a que me abran el estómago con una navaja o me den una cuchillada en la cara.

—Vincent es mi amigo —dijo Amalia con firmeza, y apuró el paso equilibrándose en los adoquines gastados.

—¿Vincent? —las mejillas de Théo palidecieron; sus labios se veían descoloridos a la luz de un farol—. ¿No me diga que ya ha llegado a...? ¿Cuándo, en qué parte conoció a Vincent?

—Hace algunos días, en un café de la calle de l'Harpe; ayer pasé la noche con él y le prometí venir hoy.

—Amalia... —Théo tragó saliva—, ¿ignora quién es Vincent?

—Un argelino... musulmán, según creo. El nombre Vincent me imagino que es pseudónimo.

—Ladrón, traficante en drogas, asesino y perseguido por la justicia, con varias condenas pendientes —dijo él.

—¿También usted lo conoce, no?

—Lo conocí años atrás. Entonces era un granuja que se iniciaba en la carrera de maleante, todavía inofensivo. No era lo que es hoy, y aquéllos eran otros tiempos.

—¿Le compraba algo?

—Usted sabe que no soy aficionado a las drogas.

—Quizás proveía al Príncipe de otras mercaderías... —Amalia rió con inusitado cinismo.

—¡Basta! Uno puede tropezarse casualmente con esa clase de gente, pero de ahí a trabar amistad con ella hay una gran distancia, ¿entiende?

—¿Y cuando vino al Paraíso Verde, con Claude, fue por casualidad?

—No podía adivinar que Vincent se refugiaba allí; ni siquiera la policía lo sospecha. Era muy tarde, todo se hallaba cerrado..., incluso el Club, y Claude insistió en comprar una botella de whisky para llevarse a su casa; andaba borracho... Acuérdese del estado en que se pone Claude si bebe más de la cuenta. Bueno, armó tanto jaleo, que lo único que se me ocurrió fue ir al Paraíso Verde a conseguirle la famosa botella. —Hizo una pausa—: Es canallesco de su parte suponer que arrastré a Claude para hacerlo ingerir drogas o con algún fin sucio. Usted no tiene derecho a dudar de mí, ni a faltarme el respeto.

—¡No quiero faltarle el respeto! —Perdiendo de golpe la entereza, Amalia se colgó de los hombros de Théo, y suplicó—: Por favor..., por favor, mi querido, no me abandone..., debo ver a Vincent esta noche; no puedo fallarle.

Théo recuperó de inmediato su aplomo:

—¿La ha amenazado?

—No, no es eso. Le ruego que no averigüe nada.

—Conforme. ¿Tiene sus documentos consigo?

Ella abrió el bolso, y le mostró su permiso de estada en Francia.

—Vamos.

Echaron a andar por la calle escasamente alumbrada, con pasos rápidos, sin mirarse.

El perfume de Amalia invadía la vereda angosta, trepaba hasta la nariz de Théo, subía por entre el hedor a orines, a humedad, a noche sórdida; el ruido de las faldas de seda raspaba los oídos de él, mientras los altos tacones golpeaban las piedras. Y Théo pensó, atisbándola de reojo, que ella representaba en esos momentos lo que más podía odiar: lo ciego, lo femenino, lo incontrolable. Sin embargo avanzaba respirando por una especie de tubo la ansiedad que estremecía los pechos de Amalia bajo la blusa, idéntico a un feto que no logra escaparse del vientre materno.

El Paraíso Verde, con su elevada tarima donde una orquesta formada por un chelo, un piano desvencijado y un saxofón ejecutaba conocidas melodías, con sus mesas en penumbra y los camareros adormilados, se veía casi vacío. Ambos se sentaron y pidieron dos copas de calvados para no llamar la atención.

—No está —murmuró Théo, paseando la mirada por el recinto, y empezó a respirar con más calma.

—Está —refutó Amalia, con el aire de quien implora perdón—. Usted sabe que nos observa desde algún sitio, que hay un hombre apostado afuera asegurándose de que no viene nadie de la policía, y que él va a aparecer dentro de cinco minutos. Lo mismo ocurre en la calle de l'Harpe. ¿Es siempre así, no es cierto?

—Ya le he dicho que no lo he tratado sino casual-

mente. —Théo apretó con furia su copa; apretaba esa realidad incongruente. Reflexionó: "Vincent y Amalia; es demasiado..., demasiado..." Buscó la palabra justa. "Macabro", determinó.

De pronto se iluminaron los reflectores ubicados frente a la orquesta, y los cortinajes se abrieron mostrando el proscenio. La orquesta elevó unos acordes, y una voz anunció el comienzo del espectáculo: un anciano obeso, vestido con una falda de raso y un boa de plumas blancas, se puso a cantar *Mon Homme.*

—Esto está peor que nunca —refunfuñó Théo.

Amalia no contestó. Escrutaba la puerta que comunicaba con la guardarropía y los lavabos; estaba dolorosamente tensa. Vincent surgió de allí, y se aproximó descubriendo sus albos dientes en una sonrisa de bienvenida:

—¿Cómo estás...? —Iba a añadir algo más al saludar a Théo, pero éste lo miró en forma demasiado expresiva, y dejó la frase en el aire—. ¿Y tú, chica, bien? —indagó, posando una de sus manos en el cuello de Amalia.

Los dedos morenos se mantuvieron unos segundos en contacto con la piel clara de la garganta de ella, luego le acariciaron el mentón, y Théo comprobó, asombrado, que la tensión de Amalia se aflojaba y sus labios besaban la obscura palma de aquella mano. Vincent tomó asiento y pidió un pernod; después acercó la silla de la mujer a la suya, y la cabeza de ella se acomodó en el hueco de su hombro. Théo no recordaba haber visto jamás tanta docilidad en Ama-

lia. Había asistido a la iniciación y al fin de casi todas las aventuras amorosas de ésta en París, y conocía su modo de reaccionar: más allá de la intimidad de un lecho ella era indiferente y agresiva con los hombres. "Incluso con Claude, que fue el que más duró", se dijo, sin explicarse en qué se basaba ese doblegamiento, esa forma pasiva de someterse a las caricias del argelino.

El gordo del boa blanco cantaba *Mon Petit Gigolo*. Théo entrecerró los ojos y jugó con sus lentes haciéndolos girar. Contempló a Vincent: "Es distinto de lo que era hace diez años —meditó—. Debe estar frisando los treinta..., y la vida que lleva es para agotar a cualquiera. Pero conserva la agilidad de movimientos y esa expresión cruel de la boca. Ha burlado a la policía que va tras él pisándole los talones... y ahora dependería de mí que lo cazaran..." Una vez más evocó el urinario de Saint-Germain-des-Prés. Vincent vuelve a tener veinte años; carece de domicilio fijo, ronda por los urinarios de París, roba billeteras, se vende por el precio de una mala cena y una cama piojosa de albergue, suele escabullirse por los cafetines de Montmartre y Pigalle para colocar un paquetito de cocaína en el depósito para los jabones de un lavabo, cumple encargos ruines, fisgonea en los grupos de delincuentes, miente, delata, salva a duras penas su oscuro y aporreado pellejo. Y ante él se inclina el Príncipe, con el dolor y la ira a cuestas. Más tarde, Vincent se dedica al chantaje, es más traidor que el peor hijo de perra, no le guarda lealtad a nadie, ni

a los de su medio, ni a los que le ayudan, ni a los que lo combaten, y no obstante encuentra adeptos, compañeros, hombres y mujeres que lo protegen, que lo ocultan.

Théo se hundió en su silla, con la barba pegada al pecho. Ve un periódico de 1956 con la fotografía de Vincent acusado de asesinato. El Príncipe se niega a albergarlo en su casa, para lo que tiene que huir a Inglaterra. Al regresar le aseguran que Vincent ha caído a la cárcel, y por espacio de cuatro años lo pierde de vista. Pero reaparece, con su sonrisa equívoca, reinando desde la penumbra del Paraíso Verde, y hoy... "con Amalia", pensó. "Es monstruoso. ¿Por qué se ha ligado a Vincent? Le sobran hombres, hombres bien parecidos, hombres decentes... Tampoco se trata de una afinidad puramente sexual, pues no es eso lo que ella persigue; ni de drogas..., que no le interesan. Tengo que apartarla de esto cueste lo que cueste, devolverla a los brazos de Claude..., del tal Maurice..."

—Théo, escuche... —susurró Amalia.

El se recuperó bruscamente.

—¿Qué?

—Usted estaría dispuesto a hacerme un favor..., ¿verdad?

—Depende cuál.

—Es imprescindible sacar a Vincent del territorio francés —aseguró Amalia, tranquila, como si propusiera un negocio.

—¿Qué dice?

—No te asustes, mi viejo —exclamó Vincent, dulcemente—. Si la cosa se planea con inteligencia, ustedes no correrán el menor riesgo.

—Bien, haz tu proposición —alentó Théo. Sentía la boca amarga. Estaba frenético y no vislumbraba ningún medio para liberarse del encandilamiento que le producía aquella situación nunca imaginada, esa circunstancia absurda que ni en un solo minuto de su existencia llegó a prever.

—Es muy sencillo —prosiguió Amalia—, sacaremos a Vincent en un automóvil con patente diplomática. Me lo prestará uno de los secretarios de la Embajada, y...

—¿Un secretario de la Embajada de Chile participaría en esto? —El asombro de Théo iba en aumento.

—Por supuesto que no —dijo ella—. Se lo pediré prestado por unas horas, pretextando una diligencia urgente. Luego diré que el coche sufrió una avería y que eso me demoró. El personal de la Embajada me conoce.

—¿Están en antecedentes de la vida que usted hace en París? —interrogó Théo, recuperando el dominio de sí mismo.

—No creo que mi vida privada les incumba. No hago escándalos, no he contraído deudas, estoy en buena posición económica y no frecuento a nadie de la colonia chilena; me mantengo al margen de las habladurías.

—Continúe.

—Cruzaré la frontera hacia España, por Cervère, llevando a Vincent en el depósito de las maletas, y quiero que usted nos acompañe. Una mujer sola puede despertar sospechas. Si voy con usted me sentiré más segura. —La voz de Amalia se suavizó—: Por favor, no me defraude, dígame...

El ánimo de Théo oscilaba entre la indignación y el estupor.

—¡Usted ha perdido el juicio! —gritó—. ¿Se da cuenta cabal de lo que me ha propuesto? ¿Está decidida a sacrificarse, y a sacrificarme a mí, por facilitar la fuga de un maleante? ¿No ve claro que iríamos los tres a dar de cabeza en la cárcel? Lo lamento, Amalia. Pese a su locura la creía mi amiga y la estimaba; de aquí en adelante prefiero apartarme de usted. Y no es cobardía lo que impulsa mi decisión, es... ¡qué quiere que le diga! Yo no pertenezco a una raza de débiles mentales ni a una de gangsters. Amo el orden, la armonía, la decencia...

Vincent soltó una risotada.

—Guarda ese cuento de hadas para los que no te han visto antes —escupió—. Cuando yo te conocí no eras tan amante del orden y la decencia. —Atajó un movimiento de Théo, sujetándole un tobillo con la tenaza de sus piernas largas y fuertes—. Un momento, aún no te he dado permiso para marcharte. Oye esto: me callo muchas cosas, no por consideración a tu persona, sino porque me conviene guardarlas hasta el instante propicio. Sé que le ocultas todo a Amalia... ¿Por qué? No lo entiendo muy bien, pero me

morderé la lengua si ese silencio pesa a favor mío, y cantaré si te olvidas de que somos amigos.

—Podrás cantar y enronquecer cantando —desafió Théo, apropiándose del lenguaje de Vincent—. Y yo lo haré por mi lado frente a la policía si Amalia se atreve a poner un pie, contigo, fuera de Francia.

—¿Te conviene eso? ¿Te conviene que aparezca el noble apellido de tu familia mezclado con mi nombre en los periódicos? Tendrás que dar detalladas informaciones acerca de dónde y en qué circunstancias nos conocimos. Tú no eres imbécil, Théo, y sabes que es mejor para los dos que me ayudes. —Besó la punta de la nariz de Amalia, y agregó bromeando—: ¿No es así, chica? —Y dirigiéndose otra vez a Théo, concluyó—: Piénsalo, mi viejo. Hoy es martes..., esperaremos tu última palabra el sábado. ¿Estamos? Puedes irte ya. Y acompaña a la chica a su casa. No es prudente que salga sola de aquí.

Théo se incorporó. Se mordía los labios de ira; sin embargo no la demostraba. Amalia afirmó las manos en el pecho de Vincent:

—Tú... ¿irás más tarde a verme?

—Iré. Salvo que la noche se complique.

Théo no habló durante el trayecto que los separaba del automóvil, y tampoco mientras conducía rumbo a la calle Vaugirard.

—Hice mal en no anticiparle el proyecto... —dijo ella al descender. Supuse que ganaría la partida si forzaba su determinación... ¡Perdóneme, se lo ruego!

—Ya no hay nada que perdonar.

—¡Oh, no! Quiero verlo mañana..., que oiga..., que sepa... ¡Déme una oportunidad más! ¡Usted es mi amigo, aunque me desprecie!

El sentía el ímpetu de volverle la espalda, de apretar el acelerador y correr a más de ciento cincuenta kilómetros por hora; el ímpetu de abandonar esa fea historia, dejando que Vincent y Amalia se perdieran en los vericuetos de un vulgar asunto policial y no escuchar más sus nombres. "Partiré a Saint-Jean-de-Luz al amanecer", se prometió. No obstante existía la espantosa curiosidad, el ansia ineludible de desenredar aquella madeja y encontrar la clave de la ligazón de Amalia con semejante individuo.

—La espero mañana al mediodía, en mi casa —murmuró, y sin darle la mano ni aguardar a que ella abriera la puerta del edificio, huyó hacia el coche.

16

"No sabíamos si era el derroche de vitalidad desplegado en Europa, la emoción provocada por el próximo matrimonio, un estado de deslumbrada ensoñación ante el descubrimiento del amor, o sencillamente su naturaleza que inesperadamente se resentía, lo que apagaba a mi hermana y la sumía en el agotamiento durante el viaje de regreso a Chile. Lo cierto es que María Pía no participaba en las diversiones organizadas a bordo; ni en los bailes, ni en los juegos de salón, y ni siquiera acudía a nadar en la pileta. Permanecía las largas mañanas recostada en su silla plegable, cogida de la mano de Juan Carlos, contemplando el lugar distante donde el mar y el cielo se unían en una franja azul más intensa. Su apetito empezaba a decaer notablemente y, con temor, al obligarla a controlar su peso, comprobamos que había adelgazado tres kilos en diez días. Alarmada, mi abuelita consultó a los médicos del barco, quienes diagnosticaron un principio de anemia y recetaron unas inyecciones. Pero el remedio no dio ningún resultado.

"Al desembarcar en Valparaíso, mis padres, que nos esperaban en el puerto, no consiguieron esconder

la impresión que la delgadez y el aspecto macilento de María Pía les causaba. Trasladada a Santiago, se llamó a un médico de gran prestigio, quien la sometió a distintos exámenes clínicos. Finalmente, después de recurrir a afamados especialistas en diversas enfermedades, que se reunían entre ellos y discutían, se dictaminó la verdad: mi hermana sufría de leucemia; su enfermedad no tenía remedio.

"Sólo nos informaron de la gravedad de María Pía a mi padre y a mí. El médico de cabecera consideró una crueldad inútil participárselo a mi madre y a mi abuela, y contraproducente que lo supiera la enferma. No obstante, las tres parecían intuirlo. La muerte aguardaba desde un rincón oculto de la habitación caldeada por el verano, mientras las mejillas de la muchacha adquirían poco a poco una transparencia amarillenta, y sus facciones se perfilaban exagerando la profundidad de los grandes ojos, acentuando sus pómulos salientes, alargando la línea de la fina nariz.

"Recuerdo la Navidad de ese año, y a mi padre llevando en sus brazos a mi hermana, quien insistía en ver el pesebre que, según la costumbre familiar, habíamos armado en un extremo del jardín. La Eudamia, nuestra cocinera, se enjugaba las lágrimas sin poder disimular la tristeza que la presencia de "la señorita" le ocasionaba; también ella presentía que ésa era la última Navidad de María Pía. Recuerdo la llegada del año 51: las doce campanadas resonando en las iglesias, el estruendo de cohetes y fuegos artifi-

ciales, la anónima algazara callejera colándose por las ventanas, y mi hermana desgajada en sus almohadas, con las sienes sudorosas, y las delicadas manos, en las que parecía condensarse el resto de vida que le quedaba, despegadas del cuerpo, moviéndose en el aire, tocando un invisible piano. Recuerdo las tardes de enero y febrero en que nos turnábamos con Juan Carlos, en el sillón junto a la cama de la enferma, leyéndole biografías (ignoro por qué eran esos destinos célebres, de músicos, pintores, reinas, cortesanas y santos los únicos relatos que la atraían) o contemplando la quietud pesada de los árboles aplastados por el sol, silenciosos tras los balcones, cuando ella dormitaba. Escucho la voz de mi hermana, voz que iba enronqueciendo y quebrándose igual que un violín enmohecido. Con esa voz despedazada me conminó a jurarle que la enterrarían con el vestido de novia. En vano yo intenté apartar ese pensamiento de su mente, asegurándole que su enfermedad era pasajera, que muy pronto estaría sana y luciría aquel vestido en la iglesia, el día de su matrimonio. María Pía me miró a los ojos, y esbozó una sonrisa compasiva.

"—No me mientas —dijo. Y con una sabiduría que no sé de dónde le brotaba, pronunció una frase que no he olvidado—: Déjame ser dueña de mi muerte.

"Y lo fue. Creo que cada ser humano nace con los primeros trazos de su muerte guardados dentro de sí, y amasa esta muerte, diferente y propia, a lo largo de la existencia. Mi abuelo, que se rebelaba ante la idea

de que tendría que morir, tuvo su fin en estado de coma, en medio de una noche espesa, con la voluntad en actitud despreciativa, ajena a la muerte. María Pía, en cambio, conservó la lucidez hasta los últimos momentos, en los que comulgó, recibió la extremaunción y paladeó la cercanía de aquel Cristo joven y hermoso, en que ella creía y al que amaba. Luego, sujeta aún de mi mano y de la mano de Juan Carlos, clavó la vista en un punto del cielo raso, descubriendo algo allí, algo que únicamente a ella le estaba permitido ver; en seguida bajó definitivamente los párpados, mostrando sus pestañas espesas y oscuras que la asemejaban a esas muñecas que imitan el sueño de los niños.

"Es probable que en esos minutos yo haya perdido parte de la conciencia, pues evoco de manera muy borrosa el haber ayudado a una enfermera a lavar y a vestir el cuerpo inanimado de mi hermana. La memoria me devuelve, nítidas, arrastrando la sensación de un dolor vivo, quemante, la imagen de María Pía ya vestida y aquella escena que se produjo cuando mi madre entró en el dormitorio.

"Vuelvo a ver la luz de la calurosa mañana en el ocaso de febrero, luz en tonos amarillo y rojo, que salta del huerto a la ventana y se introduce en el cuarto tiñendo el tul de las cortinas, elevando partículas de polvo que danzan en el espacio. María Pía, con su túnica alba, y el velo envolviéndole los cabellos que han oscurecido, tomando el color de los bronces viejos, se halla de espaldas sobre la cama ordenada;

lleva una cruz colgada de una cadena que rodea su garganta, y aprieta un ramo de jazmines entre los dedos. El hombre con el que debería haberse casado está de rodillas (tal vez llora, aunque no emite ruido alguno), con la frente apoyada en los pliegues del vestido blanco. Mi madre, siempre callada, siempre obediente, sumisa al mandato de la Iglesia y del marido, abre la puerta y se aproxima a la cama. Observa alelada a la muerta, tiende los brazos y la levanta por los hombros, sus rostros casi se tocan, y entonces su expresión se altera bruscamente; todos aquellos rasgos, frecuentemente impregnados de una opaca dulzura, se hinchan marcados por la furia; diríase que mi madre se agiganta mediante el soplo de la ira que la desborda y la enajena; al hablar su voz suena despojada de tonalidades humanas; ruge y grazna a la vez, como una leona, como un ave de rapiña, y sus gritos corren, se agrandan, taladrando oídos y muros:

"—¡Dios maldito! ¡Dios perverso! ¡Injusto! ¡Cruel! ¡Te odio! ¡Te odio! ¡Tú y yo hemos terminado!

"Le arrancaron a tirones el cuerpo de María Pía, y le dieron una fuerte dosis de calmantes para obligarla a dormir. Al despertar (durmió dos noches y dos días) recobró el sosiego y el silencio, pero nunca más entró en una iglesia.

"Yo sufrí de un modo muy opuesto. Al contrario de mi madre, me amparé en los sacramentos, y escapé de la tristeza diciéndome que mi hermana se encontraba en un lugar de paz y felicidad absolutas, destinado a las criaturas excepcionales. Juan Carlos,

guiado por mi ejemplo, buscó idéntico refugio. Mi padre regresó al Norte, y a partir de ese día lo vi muy poco. La abuelita guardó cama largo tiempo, y si recuperó las fuerzas para levantarse, fue convertida en una anciana achacosa, que sólo abandonaba la casa para dirigirse a la parroquia del barrio. Y así, entre acudir diariamente a misa, atender a las labores domésticas de las que pasé a ser responsable, visitar el cementerio para colocar flores en la tumba de María Pía y alternar con Juan Carlos, que hacía de mí la confidente de sus penas, se me iban las semanas y los meses. A fines de ese año caí en un período de misticismo, y medité seriamente en la posibilidad de ingresar en un convento. Toda mi vida anterior se me antojaba estéril. Sin embargo, mi director espiritual (un jesuita de inteligencia ágil y fría) me aconsejó esperar, ya que eran comunes los casos de falsas vocaciones religiosas que surgían a raíz de un desengaño sentimental o de la muerte de alguien muy querido.

"En el mes de abril del año siguiente, Juan Carlos, que vivía en su fundo del Sur y que en cada uno de sus viajes a Santiago pasaba a verme, me propuso matrimonio. Nos hallábamos en la habitación contigua a mi dormitorio (cuarto que me servía de salita privada y en el que me encerraba a escribir mal hilvanados poemas, y recibía, a la hora del té, a las escasas amistades con que contaba) y charlábamos sobre literatura y música, mezclando a estos temas el recuerdo de María Pía, cuando inesperadamente Juan Carlos se incorporó de su silla y se acomodó a mi lado.

Me habló de su soledad; de la casa en el campo, que sentía vacía; de los interminables atardeceres y de las horas en que contemplaba la luna desde la galería de vidrios por los que entraba la inmensidad de la noche; de la repugnancia que, robustecida por su fe católica, le impedía hacer lo que hacían otros jóvenes administradores de lejanas haciendas, quienes tomaban por amante a la hija de algún inquilino. Me habló también de nuestro mutuo amor a Dios y a mi hermana, y convencido de que éstas eran razones suficientes para unirnos en matrimonio, me pidió que nos casáramos. Lo extraño fue que yo acepté.

"Nos casamos cinco meses más tarde. Mi ajuar, muy distinto de aquel que la abuelita había comprado en París, fue tan exiguo como los sentimientos que me ataron a mi marido, al que deseaba brindar una compañía más propia de un camarada que de una mujer. La ceremonia se celebró privadamente, en ausencia de mis padres; por todo festejo bebimos una botella de champaña, y partimos esa noche al Sur. Aquel día habíamos llenado de rosas blancas la tumba de mi hermana, y teníamos la convicción de que era ella quien amarraba nuestros destinos, para que juntos siguiéramos amándola y rindiendo culto a su memoria.

"Puedo recordar el compartimiento del tren expreso, el estrecho cuarto de baño donde me desvestí y me puse el camisón de noche, y a Juan Carlos, que me aguardaba en pijama, fumando un cigarrillo. No me preguntó si era virgen; quizás ni siquiera se dio

cuenta de que no lo era. Hicimos el amor cumpliendo un deber, educadamente, sin pasión. A la mañana siguiente, mientras tomábamos el desayuno en el carro comedor, el hojeó un periódico y yo me entretuve leyendo un semanario femenino. Afuera llovía a cántaros, pese a que estábamos en primavera; tras los cristales se diluían rostros y paisajes. Mi marido se refirió al mal tiempo y a la estufa que sería preciso instalar en la habitación que nos iba a servir de dormitorio; fingí interesarme en esos detalles domésticos. Eramos, desde el principio, un viejo matrimonio."

17

AMALIA NO SE sentó; se arrodilló en un extremo del sofá. A pesar del calor del verano que entraba en su apogeo, parecía entumecida, sobándose las manos, con el cuerpo hecho un ovillo y aquel traje negro que acentuaba su palidez. Théo corrió la cortina de gasa que atenuaba la resolana, y cogiendo uno de los racimos de uvas de la bandeja que había encima de un arrimo, empezó a saborear grano por grano.

—¿Quiere? —ofreció—. ¿O prefiere beber algo?

Ella negó con el ademán breve de una mano.

—¿En serio, piensa marcharse a Saint-Jean-de-Luz? —preguntó.

El miró su reloj.

—En una hora más. Aguardo a que Gabrielle me envíe su pequeño M. G. No le gusta prestarme el coche grande para que salga fuera de París. —Mordisqueó otra uva, y continuó con despreocupación—: Es imbécil que yo no tenga mi propio automóvil... Sin embargo, jamás he logrado reunir el dinero suficiente para comprar uno.

—Nos queda muy poco rato para hablar —dijo Amalia, y le clavó unos ojos suplicantes.

—Por lo mismo hagámoslo sin más rodeos —ordenó él—. Mi posición es muy clara, querida. Siento verdadero afecto por usted y se lo he demostrado reiteradamente. Pero en la actualidad sus locuras son una amenaza grave.

—¿Escapa de mí, entonces?

—Sí. —Théo se sentó a horcajadas en la silla frente a ella—. No deseo volver a encontrarme con... su nueva amistad. Es a usted a quien le corresponde elegir, y voy a hacerle una proposición: si está dispuesta a no ver más a Vincent, acompáñeme a Saint-Jean-de-Luz, a casa de tía Chantal. Podrá bañarse en el mar, disfrutar del sol y ordenar sus ideas para tomar decisiones futuras. El no se halla en condiciones de seguirla, y cuando usted regrese habrá conseguido pasar la frontera hacia España, o estará descansando a la sombra. En uno u otro caso la dejará al margen de sus manejos. Si, por el contrario, pretende continuar las relaciones con ese tipo, le ruego que se olvide definitivamente de mí y que se comporte como si no nos hubiésemos conocido.

—Si todo fuera tan simple... —murmuró Amalia—. Desgraciadamente no lo es.

—Comprendo que se encuentra en un estado de ofuscación espantosa —dijo él, sin perder la calma—. Por eso trato de ayudarla obligándola a simplificar. Explíqueme cuál es el nudo de su asunto con ese hombre.

—¡No quiero abandonarlo! —gritó ella. E igual que si sus palabras la asustaran, calló, mirando con

pavor a Théo. El sostuvo esa mirada, silencioso, y Amalia continuó después de un momento—: No quiero abandonarlo, y... a la vez lo necesito a usted... Sé que si se aparta de mi lado nada alcanzará una justificación..., será estéril...

—¡Oh, no armemos más confusiones! Clarifiquemos, por favor. Usted es inteligente, Amalia; gracias a ello se ha salvado de ir a parar a un sanatorio. Y si me necesita a mí es precisamente para que la haga usar su inteligencia, no para que nos hundamos juntos en esta... especie de melaza en la que vive revolviéndose. Contésteme: ¿qué la une a Vincent? ¿Es una ligazón de orden sexual? ¿La libera él de su conflicto? ¿Le proporciona auténtico placer? ¿O la hace revivir más eficazmente el pasado? —Théo la hurgaba a través de los lentes—. ¿O ingieren drogas? —interrogó, elevando y endureciendo la voz—. ¿Drogas que le suprimen la angustia? ¿Drogas que dan a sus ensueños un mayor realismo? ¿Es eso? —Enmudeció durante unos segundos, y luego reconsideró—: En cualquier caso... no entiendo por qué se propone amparar su salida de Francia. Si existe una amarra fuerte, sea cual fuere, lo lógico es que ansíe permanecer cerca de él... —Dio una palmada en la mesa, y súbitamente exclamó—: Usted pensaba trasladarse más adelante a España... ponerlo a salvo y correr a reunírsele. ¿He dado en el clavo?

Ella se levantó con enorme esfuerzo, y anduvo por la sala, a tientas, cegada por la luz del exterior,

con la espalda doblada y los pasos inseguros de una anciana.

—No dormí anoche —musitó, afirmándose en el ventanal, sujetándose a las cortinas, temerosa de ser tragada por el sol y disgregarse entre los rayos que cruzaban verticalmente el cuarto—. Escribí hasta las siete de la mañana; a esa hora llegó Vincent. —Empezó a modular con el acento de una persona sometida a algún narcótico o al dominio de la hipnosis—. Sí, es probable que haya pensado ir a encontrarme con él en España. Eso fue lo que el pobre me hizo jurarle... y le di en el gusto, aunque sabía que ninguno de aquellos proyectos iba a realizarse..., que no instalaríamos una hostería en Cádiz ni nada por el estilo. Es que... le estoy tan agradecida..., ¿entiende, Théo? Ha sido tan bueno Vincent. ¡Tan bueno! Ese es el motivo por que me siento comprometida a colaborar para que no lo coja la policía. Debo sacarlo de aquí antes de que termine la semana próxima. Y lo haré..., es claro que lo haré. No, no me ha dado drogas. Lo que me une a él es tan distinto... —Se dejó caer en una butaca, deslizándose, aferrada aún a la cortina; daba la impresión de que las piernas ya no podían sostenerla—: Vincent es el único hombre..., aparte del otro, del que vive en Chile..., a quien no le he mentido.

Théo saltó de su silla y levantó a Amalia tomándola por los codos, apretándola contra él:

—¿Qué dice? ¿Por qué no le ha mentido?

La cabeza de ella cayó en el hombro de Théo, y su voz sonó ahogada:

—Vincent conoce la verdad. Se lo conté todo el primer día, sin suponer que se iba a acostar conmigo. ¡No me pregunte qué me llevó a confiar en él! El hecho es que confié y... Posiblemente estaba loca.

—¡Tranquilícese! —La condujo hasta el sofá, y se sentaron ambos.

—¿Comprende lo que representa para mí alguien que no me fuerza a engañarlo? —chilló Amalia—. ¿Es capaz de imaginarse el descanso, el respiro que experimento junto a un hombre al que no le estoy robando su cuerpo para eso que usted llama... perversión, y no sé qué más? Vincent, a sabiendas, me da mi pasado..., mis recuerdos..., el amor... Es generoso. No me humilla. Voluntariamente él..., ¿cómo decirlo?

—Entra en el juego —definió Théo.

—Sí.

Amalia recostó la cabeza en el respaldo de felpa, y él estrujó con su mano izquierda los cabellos rebeldes.

—Es todavía más monstruoso de lo que pensaba —susurró—. ¡Cuán ingenuo soy! Debí esperarlo de Vincent. El refinamiento de la perversidad con tal de lograr su objetivo.

—¿Por qué lo ve de esa manera? —se lamentó ella, demasiado exhausta para protestar.

—¿Y cómo quiere que lo vea? Aprovecharse de una enferma, fomentar su desvarío..., ¿le parecen actos de bondad? Y apostaría a que ha sido él quien

le propuso ese juego asqueroso, quien se ofreció para encarnar el papel de su amante y perfeccionar la ficción. Es evidente que para usted tiene que resultar mucho más descansada esta farsa en que las responsabilidades se comparten. Con los demás corría el riesgo de que cayera el telón en un minuto imprevisto, aportando la consiguiente frustración, y se hallaba sola con sus ensueños y con el despertar doloroso, humillado. Pero aquello era lo que marcaba el límite entre la realidad y la locura. Ahora, con la entrada de Vincent en escena, los planos se confunden, lo caótico nubla esos pocos chispazos de cordura que aún la mantenían fuera del enajenamiento total. De aquí en adelante podrá soñar en todo lugar y a toda hora. Sí, ya no precisará una cama, Amalia; a la luz del día, al aire libre, Vincent, el gran actor, se las arreglará para transformarse en el lejano amante, y el final de la comedia es fácil de adivinar: usted no sabrá distinguir al uno del otro. El hombre que inspiró el mito del gran amor no se diferenciará del falso, del que aparece en base a una superchería, ni siquiera por el color de su piel o por el idioma en que se expresa. Pero eso no alterará su felicidad; y que el manicomio, donde acabarán por internarla, se encuentre en España, en Francia o en América, carecerá de importancia.

—No es así..., no es así —sollozó ella—. Es injusto negarse a admitir que hay por lo menos un rasgo bondadoso en un ser humano, por ruin que éste sea. El peor criminal puede tener un gesto de ternura, de

piedad... —Sorpresivamente se enderezó, y enjugándose las lágrimas observó fijamente a Théo—: ¿Qué cosa terrible le hizo Vincent a usted para que le guarde ese rencor, ese odio? ¿O no fue usted? Tal vez es otro capítulo de la historia del Príncipe.

—Voy por un whisky —decidió Théo. Luego regresó con dos vasos y una botella de Queen Anne. Desusadamente encendió un cigarrillo, y fumó con prisa, sin aspirar el humo, en tanto que bebía—. No iré a Saint-Jean-de-Luz —anunció—. Comuníqueselo hoy a Vincent.

—No entiendo... ¿Qué lo hace cambiar de determinación?

—Usted. Soy incapaz de abandonarla en manos de ese maleante, y voy a iniciar mi último combate para impedir que la enloquezca. La ayudaré a ponerlo en la frontera con una condición.

—¿Cuál? —Ella enterró las uñas en el tapiz del sofá.

—No irá a España a reunirse con él.

—Se lo prometo.

—Apenas Vincent esté lejos de Francia, partirá conmigo a Saint-Jean-de-Luz o al Mediodía.

—De acuerdo. —Repentinamente Amalia se serenaba.

—Hoy es miércoles... Dígale que el viernes en la noche nos encontraremos los tres en su casa. Fijen la hora y avísenme. Si usted arregla lo del coche creo que podremos cruzar la frontera el domingo por la mañana...

—Gracias.

—Y ahora escuche; voy a contestar su pregunta: Le conté que el Príncipe, en forma idéntica a la suya, al recuperarse de la crisis emocional que sufrió al perder a Caroll, se había refugiado en amistades denigrantes..., ¿recuerda? Bien. A fines de julio del 51, hace exactamente diez años, el Príncipe tropezó con Vincent en un urinario de Saint-Germain-des-Prés. ¿Le interesa saber qué oficio desempeñaba su amiguito en aquel lugar? Se exhibía con los *shorts* desabotonados, era una mercancía de cloacas ofrendándose al mejor postor; a los pederastas a la caza de aventuras, a los impotentes, a las ninfómanas que detenían sus automóviles cerca del urinario. ¿Fue curiosidad, masoquismo o fascinación por lo sórdido lo que impulsó al Príncipe a trabar conocimiento con el argelino? No lo sé. Lo que importa es que Vincent le abrió las puertas de un mundo alucinante; un mundo alumbrado por faroles de gas, por focos rojos iluminando ciertos cuartos de aseo pestilentes, poblado por ladrones, prostitutas y toda clase de malhechores. Y el Príncipe, que también creía en la bondad humana, se compadeció de ese muchacho hambriento, de ese destino miserable, y quiso protegerlo. —Théo emitió una risilla amarga—: Vincent se fingió ansioso por cambiar de vida, anhelante por que se le diera una oportunidad para dejar de ser lo que era, y cuando obtuvo el dinero para alquilar una habitación limpia, dormir en una cama y no en un jergón, comer dos veces al día y comprar ropa para cubrir su cuerpo semi-

desnudo, apretó los dientes como una fiera que ha atrapado una suculenta presa; tal como se dispone a hacerlo con usted.

Amalia experimentó una sensación de frío recorriéndole la columna vertebral. No obstante callaba.

—El Príncipe prometió a Vincent colocarlo en un empleo decente y bien remunerado —agregó Théo—. Y la mañana en que, contento por la alegría que iba a darle, le llevó la noticia de que comenzaría a trabajar de inmediato, descubrió que Vincent no sólo se mofaba, no, se reía a gritos de su candidez. Ahí estaba, Amalia, su dulce y amable argelino, ese hombre cuya generosidad usted proclama, arrebujado en un par de sábanas, hasta entonces desconocidas para él, fumando cigarrillos importados, muy seguro de que pasara lo que pasare el nombre del Príncipe, su fortuna y su prestigio serían la plataforma en la que pisaría sólidamente para convertirse, del ratón de alcantarillas que era, en temible gangster.

—¿Y qué hizo el Príncipe?

—Intentó borrarlo de una plumada. Pero Vincent no iba a soltar tan fácilmente su presa, e hincó más los colmillos; se encaminó directamente a casa de los padres de su víctima. La familia se hallaba en el comedor disponiéndose a almorzar, y la mucama anunció que un joven aguardaba en el vestíbulo. Aquélla fue la primera entrevista de una serie larguísima, en que la extorsión no se detuvo ante nada.

—Pero el Príncipe pudo amenazarlo... —ella se mordió las uñas—, acusarlo a la policía.

—¿Y qué ganaba? A sus amenazas se oponían las amenazas de Vincent. ¿No lo oyó usar precisamente esas amenazas para extorsionarme a mí, anoche? El Príncipe estaba en falta; en falta para con los de su clase, su sangre y su medio; en falta por haberlos traicionado al descender a la cloaca y haber regresado a ellos con el barro prendido a la suela de los zapatos. Y porque se reconocía en falta era débil, y tenía miedo de herirlos, de ensuciarlos con ese barro del que no sabía limpiarse. Vincent se aprovechó de la debilidad y del temor, como quien hace zancadillas a un cojo o escupe a un ciego; utilizó la falla de un individuo para presionarlo, y esto es lo que no merece perdón, Amalia; esta lucha con armas desiguales.

—¿El Príncipe se zafó de él, finalmente?

—¿Acaso alguien se zafa de Vincent? Sí, tal vez hoy que está vencido y la policía lo obliga a trasponer fronteras. En aquel período, mientras sus fechorías iban en aumento, y se tejía una red de cómplices resguardando sus pasos, era imposible, pues a medida que crecía su fama de maleante, crecía la costra de barro en los zapatos del Príncipe. Después de dos años hubo una tregua; mi amigo realizó un viaje a la India, y por un tiempo dejó de saber del argelino. A su regreso a Francia se impuso de que Vincent había asesinado a la dueña de un burdel, en Marsella, y de que la policía andaba tras sus talones... ¡Amalia, es asqueroso! —gimió Théo, oprimiendo sus sienes con las manos empuñadas; y respirando con furia, añadió—: El viernes en la noche. —Se encaminó a la

puerta, y abriéndola le indicó a ella que debía marcharse.

—Gracias —dijo Amalia—. Le telefonearé mañana. —Y salió al jardín tambaleándose, azotada por la luminosidad del verano.

18

"SERIA UNA falsedad afirmar que yo era desgraciada en mi matrimonio con Juan Carlos. No; no era ni desgraciada ni feliz; no era nada. Y durante cuatro años me resigné a no ser nada. Claro es que la efectividad de esto se basa en un punto de vista objetivo, observando lo que fue mi vida mirada desde afuera, y enjuiciada a través de un enfoque ajeno a los sucesos de aquel acaecer secreto que regía el desgranarse de mis días, porque, subjetivamente, yo era un cántaro que bullía en continua efervescencia; una acumulación de imágenes y ensueños, una perpetua irrealización de sentimientos e ideas que, al no alcanzar a formularse, se deshacían en marejadas de incontrolables sensaciones.

"Vivía con la piel dolida, con la percepción de una quemadura que no cicatrizaba activando mi sensibilidad. Mi oído, mi olfato, mi tacto, mi vista, me convertían en esclava de los sonidos indescifrables, de los aromas que sin entender por qué asaltaban mi atmósfera, de suavidades y asperezas que llegaban a pinchar las yemas de mis dedos, de la maravilla ilimitada de los colores y del pavor a las sombras. Y en las hue-

cas noches de luna, pobladas de ecos y ladridos alucinantes, yo sentía el desprendimiento de una semilla de mí misma que huía, como un vilano, abandonando la corteza impenetrable de mi rostro y mi sonrisa.

"La casa del fundo, edificada hacía ya muchas décadas, era la típica construcción de madera levantada sobre pilotes del mismo material, de un solo piso, con una galería trasera abierta hacia un jardín interior, y otra galería principal cerrada con ventanales de vidrios, similar al común de las casas del sur de Chile. Las numerosas habitaciones se distribuían en hilera a ambos lados de un pasillo central, y de ellas manteníamos clausurados tres dormitorios de alojados, un salón y la sala de billar. Ocupábamos un dormitorio que compartíamos con Juan Carlos, la biblioteca con sus estanterías murales y su escritorio de oscura caoba, el amplio comedor con la mesa larga y vacía para veinticuatro personas y los trinches arrimados a las paredes, y una salita alfombrada con pieles que albergaba una gran cantidad de muebles ambiguos: pequeños sofás, mesitas y butacas enanas, lámparas con pantallas llenas de flecos, y cuadros de pintores chilenos de la década del trece. Las estufas a leña (llamadas salamandras), ubicadas en los cuartos, no evitaban que en invierno yo me congelara apenas salía al pasillo. La madera crujía por las noches, imitando voces y pasos; el viento estremecía los vidrios, y la lluvia al azotarlos provocaba quejidos y lamentos. En verano el paisaje solía inmovilizarse; dormían las nubes rosa y malva en un cielo de cartón;

los árboles enmudecían bajo el dominio del sol; todo estaba detenido al otro lado de la galería, idéntico a los barcos que despliegan sus velas en el fondo de una botella.

"Cuatro años viví allí, contemplando el navegar estático de ese mundo comprimido en un frasco; captando la ebullición del universo íntimo, aprisionada en el envoltorio sensitivo que era mi cuerpo. Si el hijo que aguardaba no hubiese muerto al nacer, todavía me hallaría en el mismo sitio, convertida en una gruesa matrona que amamanta niños, come en abundancia y termina por dormir sin sueños, acunada por la paz y el aburrimiento. Pero el niño vino prematuramente. Habíamos cumplido en esos días tres años de matrimonio; de un matrimonio que proseguía tal cual había comenzado, sin altibajos, afianzándose en un tratamiento respetuoso y frío. Cada día nos comunicábamos menos con Juan Carlos; hablábamos del aserradero, de los cambios climáticos, de las necesidades de los trabajadores, del servicio doméstico y de las noticias que nos llegaban desde Santiago por cartas de doña Elena. La certeza de que iba a tener un hijo no produjo alteraciones en el ritmo acompasado de aquella existencia. No me sentí ni dichosa ni desagradada ante la expectativa de ser madre; lo acepté como uno de los tantos acontecimientos inevitables y rutinarios; tal como aceptaba, sin complicaciones, que mi marido viniera de tarde en tarde a mi lecho. Probablemente nunca logré visualizar de un modo real y consciente lo que significaba la maternidad; la

criatura que llevaba en mí fue siempre una sombra intangible, una pequeña muerte anudada a mis entrañas. Para Juan Carlos, en cambio, la pérdida del hijo fue causa de tristezas y decepciones. El, igual que la mayoría de los hombres encasillados en un modo de existir heredado de sus antepasados, consideraba su hogar y su destino incompletos si no tenía descendientes que prolongaran su apellido y las añejas tradiciones. Así, sabía ya a qué colegio iría José Miguel (éste era el nombre que pensaba darle si era varón), o las monjas en que se educaría María Pía (si era una niña). También era él quien se encargaba de vigilar los arreglos de la habitación, especialmente recubierta de cretonas estampadas con motivos de historietas infantiles, que ocuparía el recién nacido, y fue mi suegra la que adquirió, en Santiago, los pañales, los chales tejidos y las minúsculas prendas que nos mandaba por correo y que atestaban un armario. En cuanto a los cuidados que mi marido me prodigaba durante los meses de embarazo, me parecían exagerados; sin embargo, su preocupación porque yo descansara, ingiriera los alimentos y las vitaminas prescritas por el médico y me rodeara de comodidades, era totalmente ajena a un interés por mi persona. Para Juan Carlos, yo constituía una especie de envase, de caparazón, en cuyo interior germinaba y de donde brotaría su hijo. La muerte del niño fue el comienzo de un abismo que se abrió separando el mundo de la botella, en el que

quedó encerrado Juan Carlos, y mi propio mundo. No obstante seguí a su lado un año más.

"A fines del 56 (contaba ya con veintiocho años), súbitamente, ilógicamente, continuando la línea de mis intempestivas reacciones, decidí partir. La abuelita había muerto seis meses antes, dejándome varias casas de renta, acciones y otros bienes que sumaban una fortuna más o menos considerable. Pero me engañaría si dijera que esta seguridad económica (éste fue el rumor que hicieron circular doña Elena y otros familiares) contribuyó a darme alas para abandonar a Juan Carlos. Habría hecho exactamente lo mismo sin un céntimo en el bolsillo. ¿Por qué? Simplemente porque, de pronto, me sentí urgida a tomar aquella determinación, experimentando una compulsión más fuerte que cualquier temor, duda o raciocinio. Tampoco es cierto que la muerte de la abuela me haya conmovido hasta el extremo de ocasionarme un trastorno emocional (ésta fue la versión de mi padre); no, yo me encontraba perfectamente preparada para admitir el fin de la abuelita. La amaba como se ama siempre a los ancianos, haciéndome el ánimo de no volver a verla; y cuando me comunicaron su repentino fallecimiento, ocurrido a raíz de una pulmonía fulminante, me pareció tan natural, tan sabido de antemano, como si hubiera estado muerta desde hacía mucho tiempo.

"Esa mañana de noviembre, sintiéndome tranquila y lúcida, arreglé una maleta con ropa y algunos objetos personales, me puse un vestido de viaje y es-

peré que Juan Carlos viniera a almorzar. El se sentó en la cabecera de la larga mesa, y si un pequeño escrúpulo o sensación de culpabilidad podía detenerme aún, desapareció en ese preciso momento. Vi a mi marido tan sólido y tan aparte de mí, que tuve la evidencia de que, salvo una insignificante rasmilladura en su vanidad y un remezón a las normas que él confundía con principios, mi partida no lo afectaría. Vi también los viejos trinches, la naturaleza muerta (colgada en un lugar muy alto de la pared), en la que un pescado saliéndose de una fuente, un pan redondo semejante a una oblea, y una manzana, se confundían en una mezcla muy poco apetitosa. Y vi aquel sol de juguete que avanzaba por la galería deteniéndose en la puerta, y el sombrío cielo raso, y el reloj con su campana muda y la cuerda rota. Una alegría incontenible me asaltó entonces, igual que si un golpe audaz de viento hubiese quebrado todos los vidrios del mundillo quieto, permitiéndome liberar mi propio barco y soltar el velamen para lanzarme a navegar a favor y en contra de corrientes de agua verdadera.

—"Convendrá que hagas venir a Pedro y le recuerdes que hay que revisar el cierre del potrero norte —dijo mi marido, y añadió no sé qué más.

"—Imposible —contesté—. Me voy inmediatamente. Le pedí al mayordomo que me lleve en la camioneta a la estación. Quiero irme en el tren de las cuatro.

"No recuerdo lo que siguió. Por primera vez, Juan Carlos y yo discutimos, y él invocó su autoridad, ame-

nazándome con entablar un juicio por abandono de hogar, encerrarme bajo llave en el dormitorio, y otros castigos. Sin embargo comprendía que era inútil cuanto hiciera por impedir que me marchara. Yo había tardado cuatro años en romper las amarras de mi inercia, y en ese instante ningún candado ni muro podría atajarme.

"Subí a la camioneta, el mayordomo hizo funcionar el motor, y huí por el camino polvoriento. Percibía el zumbido de los insectos que iban a estrellarse en el parabrisas, el calor del motor unido a la tibieza de la primavera, el perfume de la tierra y la hierba, la brisa desordenándome el cabello. Todo lo de afuera empezaba recién a manifestarse vivo para mí, y experimentaba deseos de correr, de respirar con amplitud de pulmones, de reír.

"En Santiago me hospedé los primeros días en el Hotel Crillon; luego fui a alojar a casa de Mónica, la hermana mayor de mi amiga Luz María. Mónica se hallaba separada de su marido, y desde su fracaso matrimonial se dedicaba a proteger a toda persona que estuviese, según ella, en circunstancias similares a las suyas; claro es que dichas similitudes eran por lo general muy relativas. En consecuencia, había formado a su alrededor una corte de mujeres divorciadas, una que otra viuda, que por cierto no se dedicaba a llorar al difunto cónyuge, y algunas niñas solteras que se decían desprejuiciadas y se disponían a pasarlo bien. Yo era cinco años menor que Mónica y no me consideraba amiga de ella, por eso aquella mañana

(hacía una semana que habitaba en el Crillon), cuando la encontré en la calle Agustinas, no sospeché que iríamos a vivir juntas. La hermana de Luz María se extrañó al verme, y apenas supo que acababa de abandonar a mi marido, opinó que ésa era una determinación digna de celebrarse, y me invitó a tomar un aperitivo. En vano le expliqué que Juan Carlos no me daba malos tratos, que no mantenía a una "querida" y que no se emborrachaba; a juicio de Mónica él tenía que ser como casi todos los agricultores (y ampliando más la definición, como casi todos los hombres), un egoísta, un retrógrado ignorante de la emancipación femenina, que esconde a la mujer legítima y se divierte con amiguitas. Convencida de la exactitud de sus aseveraciones, Mónica me elevó, o me rebajó, a la categoría de víctima inocente, y me propuso que me trasladara a su departamento ubicado frente al cerro Santa Lucía. Le agradecí. Mi nueva amiga era amable y simpática a pesar de su arbitrariedad, y en mi afán por salir del aislamiento vi con agrado la posibilidad de conectarme a otra gente y rodearme de amistades.

"Guiada por Mónica, mi existencia se transformó de la noche a la mañana. Ella fue la que se ocupó de presentarme al abogado, quien (aunque no me interesaba anular mi matrimonio) llegó a un entendimiento con Juan Carlos, dando a mi separación un carácter estable. También Mónica me acompañó durante una entrevista que sostuve con mi padre, el cual no tuvo más que resignarse a los hechos y aceptar

que mi matrimonio no tenía arreglo. Y pronto, gozando de entera libertad, sin problemas económicos, entré a formar parte activa del grupo de las amigas y amigos de Mónica; grupo frívolo, que dividía su tiempo en dilemas sentimentales, negocios que sólo consistían en fórmulas para obtener dinero sin mucho desgaste de energías (en estos negocios participaban las señoras que realizaban viajes a Buenos Aires, Montevideo y Estados Unidos, trayendo ropa y otras mercaderías que vendían sin haber pagado derechos de Aduana), y labores seudointelectuales o artísticas. Sin excepción, hombres y mujeres bebían copiosamente, y su falta de inhibición (así calificaban el placer de ser indiscretos y un tanto escandalosos) los autorizaba a ventilar en público las más diversas intimidades.

"Todos me acogieron afectuosamente, y pasé a ser la compañera inseparable de tres personas: Lucy, Jimena y Pablito. Lucy, separada de un médico, vivía con sus dos hijas, de diez y doce años; era bonita, sumamente ignorante (ignorancia que disimulaba apropiándose de opiniones ajenas que repetía con gran desparpajo), una experta en los negocios ya mencionados y amante de un político, al que nunca logramos ver sino en fotografías publicadas por la prensa y del que conocíamos los detalles más privados de su cuerpo y espíritu. Jimena, que por lo que contaba Mónica era opaca y desprovista de atractivos en vida de su marido, florecía a los cuarenta, apoyada en una dichosa viudez; estudiaba arte dramático en la academia de

uno de los teatros universitarios, amaba a un arquitecto, y con un montepío (que obtenía gracias a los servicios que prestó su marido en una institución semifiscal) se las arreglaba para subsistir con mediana holgura. Pablito era versado en historia de Francia, melómano, refinado gourmet, y a los treinta y cinco años habitaba aún en casa de sus padres, viviendo a expensas de éstos.

"¿Qué había de común entre esta gente y yo? Muy poco sin duda. Pero me sentía cómoda junto a ellos; libre para pensar o actuar sin ninguna traba, para expresar las ocurrencias más disparatadas sin temor de que me juzgaran ni me impusieran reglas o deberes. El respeto a las ideas ajenas (o la indiferencia, que venía a ser lo mismo) era lo que más agradecía en mis nuevos amigos. Jimena y Lucy, quienes no concebían que una mujer pudiera existir sin amar apasionadamente, no por ello trataban de influir en mi ánimo para que me enamorara o buscase un amante. Secretamente me compadecían, sin hacérmelo notar. El caso de una mujer joven y sola, que atraía a los hombres, que no era una "beata", calificativo con el que designaban a aquellas a quienes la fe religiosa impedía ciertas libertades (mi fe decaía y Dios iba quedando relegado al montón de los recuerdos infantiles), y que permanecía al margen del amor, les parecía extraño, pero se abstenían de aconsejarme.

"—Lo que hay es que no le ha llegado su hora —sentenció Lucy, una noche en que un conocido de

Mónica quiso saber por qué yo rechazaba sus pretensiones de conquista amorosa.

"Tenía razón. A los veintiocho años, el impulso indispensable para proseguir la búsqueda del amor se extinguía en mí, y no experimentaba ni siquiera la curiosidad sexual que antes me impelía a los brazos de un hombre aun sin amarlo. Quería disfrutar de otras cosas: escribir, leer, conversar, oír música, caminar sin prisa y sin relojes que rigieran mi tiempo, comprarme objetos inútiles, soltar la imaginación. El amor llegaría, si debía llegar, a su hora, como aseguraba Lucy, sin que lo llamara o fuera premeditadamente a su encuentro. Y así llegó.

"Viví cinco meses en el departamento de Mónica, y un día vi un aviso que ofrecía una propiedad en venta. Se trataba de una casa pequeña, bordeada de jardines, y bruscamente sentí el deseo de comprarla y mudarme allí. No porque me hubiera hastiado de la convivencia con mi amiga, sino para saborear mejor mi absoluta independencia, que vislumbré ampliándose con la adquisición de cada mueble, de cada adorno elegido a mi entero capricho. Me vi instalada en un ambiente íntegramente mío, creando mi atmósfera, mi clima; abriendo puertas hacia el exterior, y cerrándolas cuando lo estimara necesario.

"Informé a Pablito de mis planes y le pedí que fuéramos a ver la casa. Esta me encantó desde que crucé el jardín agreste y descuidado, con su césped alto y su profusión de árboles que crecían indómitos, abrazándose unos a otros, entrelazando hojas y ra-

mas. Me gustó la sala con su chimenea de piedra que me traía evocaciones de la niñez, y el dormitorio con las ventanas que miraban a los árboles de copas amarillas por el otoño. Presentí que ahí latiría el fantasma de mi abuelo; su invisible imagen deambularía por aquel parque, dulce y protectora, y por las noches nos sentaríamos ambos junto a los leños, y dialogaríamos sin voz, recordando los cuentos que él me narraba en mis días de niña. Pablito exaltó mi entusiasmo, ponderando las innumerables ventajas de la casa, y en una semana se finiquitaron los trámites de la compra y fui dueña de ella. La inauguramos en un mes de septiembre, con la celebración de la fecha en que cumplí veintinueve años.

"Lo único que me interesaba en ese período eran esos muros y ese techo. Quizás intuía que la etapa que comenzaba allí clausuraba un ciclo de mi existencia, preparándome para ingresar en otro, en el verdadero e importante, pese a que el amor, tan próximo, no figuraba entre mis proyectos para el futuro.

"Una de esas tardes, Lucy me telefoneó para convidarme a una fiesta de caridad en un club del Barrio Alto, y le di cien disculpas para no acudir. Argumenté que la asistencia de las benefactoras de obras pías, los consabidos "programas artísticos", con aficionados que recitaban, y las rifas de tortas, me producían náuseas, sin contar con que los cocteles tendrían más agua que bebidas alcohólicas. Lucy me rindió diciéndome que su "hombre público" iría, y que aquélla era una oportunidad para verse.

"Fuimos, y al cabo de una hora en que paseamos por los jardines y recorrimos los salones atestados, sin divisar al amante de Lucy, no sé por qué me vi separada de mi amiga, confundida en medio del gentío. Me encaminé en busca de algo para beber, y entonces, con la sencillez con que suelen suscitarse los acontecimientos que alcanzarán la máxima importancia, él, que se hallaba de espaldas a mí, se volvió y nos miramos. Tenía un vaso en la mano, y, sin hacer preguntas, me lo ofreció. Bebí, y continuamos mirándonos. Era la primera vez que nos veíamos, pero supe que no me equivocaba. Podía reconocerlo, ahora con certeza, después de tantos años de perseguirlo estérilmente, erróneamente. Reconocía su estatura, la forma de su cabeza y de su boca, sus ojos verdinegros, el cabello muy oscuro, el color tostado de su piel. Cuando habló reconocí el timbre bajo y grave de su voz.

"—¿Qué hace aquí? —averiguó.

"No supe hilvanar ni una frase para contestarle. Se hallaba, por fin, frente a mí, al alcance de mis oídos en los que resonaban sus palabras, al alcance de mis ojos que lo adivinaban, al alcance de mis dedos que tanto lo habían buscado. Se hallaba ahí, y yo sabía que lo amaba.

"—Venga —me dijo, y cogiéndome de la mano me arrastró a un salón contiguo. Unas señoras, acompañadas de varias niñas, examinaban algunos objetos que se exponían en una vitrina; pero no hicimos caso de ellas. El me condujo a un rincón, y porque ese

gesto era ineludible, imperioso, impostergable, nos besamos.

"Así comenzó todo. Todo, sí, ya que él lo es todo: la causa, la razón de mis movimientos pasados o presentes. La razón por la que no podré moverme un día. No sé qué más nos dijimos. Mi universo se partía, semejante a una naranja, en blandos gajos de innecesarias experiencias, memoria, conocimientos, y sólo permanecía él en medio del caos general; él, adueñándose de la desgajada naranja, alzando mi destino entre sus manos que apretaban las mías."

19

AMALIA DEJÓ de escribir; ordenó las carillas, y apagó la lámpara que iluminaba la mesa-escritorio.

—Me gustaría leer lo que escribes —dijo Vincent—. ¿Es la historia de tu vida, no es así?

Ella asintió:

—¿Un trago?

—No, no conviene beber cuando hay asuntos importantes que tratar. ¿Te prometió llegar a las once en punto y venir en el metro?

—Sí. Faltan diez minutos.

—¿No crees que intente traicionarnos? A ratos dudo de si fue atinado mezclarlo en esto. —El argelino se paseó por el cuarto—. Es claro que también puede resultar peligroso hacer las cosas sin él. No es muy frecuente que una sudamericana, joven y atractiva, cruce la frontera sin ninguna compañía. Podrían oler algo raro, y ocurrírseles revisar el coche, aunque lleve patente diplomática. —Se detuvo junto a Amalia—: ¿Tú confías ciento por ciento en Théo? —Y antes de que ella contestara, reconsideró—: No, es imposible que nos traicione; tiene demasiado que arriesgar. Sabe que quien le hace una jugada a Vincent...

—se llevó una mano al cuello, y trazó el gesto rápido de un corte de navaja.

Amalia atisbó hacia abajo por la ventana en penumbras. Un muchacho fumaba un cigarrillo en la esquina.

—Allí hay uno de tus hombres —murmuró—. ¿Vendrá otro a relevarlo más tarde?

—Janot a medianoche, y Martinèz —pronunció aquel apellido con acento grave, convirtiéndolo en un apellido francés— tomará su puesto a las dos de la madrugada. Alí debe estar siguiendo a Théo, entre tanto. —Se recostó de espaldas en el sofá de la salita—. La gran responsabilidad es la de Martinèz —aseguró—. Pon atención, chica: un solo silbido largo, no le quedaría tiempo para más, y yo me descolgaría por el tubo de ventilación del cuarto de baño...

Ella experimentó una sensación de frío recorriéndole la espalda, pese al calor y a la humedad. Los dos callaron, escuchando el ruido del ascensor.

—Es él —cuchicheó Amalia—, y Vincent corrió a ocultarse en el dormitorio. Antes de que Théo hiciera sonar la campanilla de la puerta de entrada al departamento, ella la abrió:

—¿Notó si alguien lo seguía?

—No..., no me fijé. —Théo observó en torno suyo, buscando a Vincent. Se veía perfectamente sereno.

Vincent apareció:

—¿Qué tal? Buenas noches.

Los dos hombres se sentaron frente a frente.

—¡El calor es insoportable aquí! —se quejó Théo—. ¿No podemos abrir una ventana?

—Hazlo, pero apaga las luces —ordenó el argelino a Amalia—. Prefiero mirarle la cara a la gente con que converso, sin embargo... habrá suficiente luz con la de la calle.

Ella obedeció, y la habitación se alumbró con el tono amarillento de los faroles de la acera y el rojizo parpadeo del aviso luminoso.

—Por favor, déme algo para beber —rogó Théo—. Estoy muerto de sed.

Amalia le dio un whisky a la americana, con soda y hielo, y sirvió café para ella y Vincent. Théo paladeó el whisky:

—¿Ustedes se han vuelto abstemios? —Alargó el brazo para depositar su bebida encima de la mesa, y volcó la bandeja y las tazas—. ¡Maldición! —gritó, atropellándose al recogerlas; quemándose al colocar la tapa de la cafetera en su sitio—. Estas tinieblas son fatales para los individuos cortos de vista. ¿No podríamos encender siquiera una lámpara?

—No se acalore. —Amalia llenó nuevamente las dos tazas, y con paciencia secó el líquido que caía en la alfombra.

—No perdamos más tiempo —apremió Vincent—. El plan es éste: partiremos mañana en la tarde; no es prudente pasar la frontera a pleno día.

—¿Le prestarán el automóvil a Amalia?

—Ya lo he conseguido —afirmó ella—. Me com-

prometí a devolverlo a su dueño a las siete, pero a las ocho le telefonearán, de mi parte, avisándole que ha sufrido un desperfecto eléctrico. Al día siguiente estudiaré una disculpa para justificar la devolución del coche con tanto retraso y kilómetros de más.

—Resumiendo —continuó Vincent—: saldremos entre tres y cuatro de la tarde. Ustedes se reunirán en tu casa, Théo, y pasarán a recogerme a un sitio que Amalia conoce. No se olviden de la valija con ropa de ambos. Algunos kilómetros antes de Cervère me acomodaré en la caja de las valijas. Ustedes fingirán ser una pareja de enamorados: la sudamericana con un pequeño cargo en la Embajada de Chile, que va darse unos días de largona con su amante francés.

—Iremos con todos los papeles en regla —puntualizó ella—; permiso del dueño del automóvil para que yo lo conduzca, y el padrón correspondiente.

—¿Le otorgó su amigo de la Embajada un permiso especial para manejar el coche, en circunstancias que se lo pidió por unas breves horas y para manejarlo dentro de París? —averiguó Théo.

—¡No seas idiota! Eso lo arreglo yo —exclamó Vincent—. Entiende que la única razón para insistir en utilizar ese coche y no uno cualquiera es la chapa diplomática.

—¿Y en caso de que intentaran registrar el automóvil? Algunos tipos de la Aduana son testarudos...

—En ese caso, Amalia descubrirá que ha perdido

la llave del valijero. Nunca se atreverán a forzar la cerradura de un coche diplomático.

—Me has convencido —admitió Théo.

El argelino esbozó una sonrisa, pero de inmediato recuperó su seriedad.

—Oye esto —advirtió—: no sé si lo que te puso de nuestro lado fue el miedo o... tu amistad con Amalia. Bueno, haya sido lo que haya sido, es necesario que sepas que si te arrepientes y nos fallas al cruzar la frontera, o si nos has preparado alguna jugarreta sucia, en el momento en que me pongan una mano encima te meteré un par de balas.

—Descuida. Aprecio mucho mi vida. —El se levantó y se dirigió a la puerta—. Una última pregunta... —masculló, igual que si repentinamente lo atacara una duda—: La policía no es cándida..., ¿no encontrará raro que regresemos de nuestra gira a España, pocas horas después de haber atravesado la frontera?

—También lo he previsto. Si preguntan algo, dirán que la noticia del accidente de una tía de Amalia los ha hecho volver precipitadamente. En la Aduana ella pedirá un teléfono y llamará a París para inquirir detalles. No te preocupes.

—De acuerdo. —Théo salió. Se oyeron sus pasos en el pasillo. Luego la llamada del timbre eléctrico conectado con el mecanismo que abría automáticamente la puerta principal del edificio, y otra vez los pasos en las piedras de la acera.

—Asómate a la ventana —mandó Vincent.

—Janot está en la esquina —informó ella. Una campanada cercana daba la medianoche—. Le pide fuego al otro..., enciende un cigarrillo..., el otro se despide, camina detrás de Théo... —La voz de Janot se escuchó, clara, entonando *Les Mots d'Amour*—. ¿Todo conforme?

El agachó la cabeza afirmativamente, y le acarició las mejillas. Entonces la lengua de Amalia lamió aquella mano; primero el hueco de la palma, y en seguida cada dedo, desde el nacimiento hasta las yemas.

—Soy tu perro —musitó.

—Ven, chica —dijo Vincent—, aún nos quedan varias horas. No puedo salir de aquí hasta que amanezca. Ven, olvídate de lo que pasa allá afuera; sé feliz. —Fue al dormitorio y se dejó caer en el lecho.

—Hoy deseo que ocurra de otro modo... —insinuó ella, mientras se desvestía y se cubría con una bata.

—¿Cómo?

—No quiero recuerdos... Quiero que seas tú, Vincent, el único que me tenga esta noche...

—¿Por qué? —El la miró sorprendido, sonriendo.

—Es algo que te debo. A nadie más que a ti podría ofrecerme así... ¡Oh, no sé explicarme! Por favor no me rechaces... Por una vez en mi vida, desde que lo conocí a él, estoy dispuesta a hacer el amor con otro hombre y no con su recuerdo. —Se tendió junto a Vincent; éste bostezó, y le rodeó la cintura con sus brazos. Amalia pensó: "No me importa lo que hacía en los urinarios públicos. No me importa que se dedi-

cara al chantaje, ni si es cierto que mató a esa mujer en Marsella... Soy su perro porque me ha dado ternura, ha respetado mi necesidad de no olvidar, no me ha humillado... No; ha guardado silencio, ayudándome a volver a la realidad con tanta dulzura, tan gentilmente..." La sensación de que alguien la aplastaba, cargándose en sus hombros, hundiéndola en la profundidad de un pozo, la invadió de golpe. Los oídos le zumbaban. Escuchó una voz, la voz de él, muy lejana:

—Sólo las prostitutas se acuestan por agradecimiento. No conocen otra forma de agradecer. Tú no; tú no eres una putilla... Además, no sé qué diablos me ocurre. Tengo un cansancio terrible..., terrible, y un sueño..., un sueño... —Bostezó de nuevo, y su respiración se tornó poco a poco acompasada.

Abajo, en la calle, resonaban de tarde en tarde las pisadas de un hombre. A intervalos, Janot silbaba un estribillo. Uno que otro transeúnte rezagado marchaba hacia su hogar. No corría ni una brisa de aire; nada se agitaba en el ámbito de la noche húmeda y caliente. Martinèz brotó de las sombras, en la acera opuesta a Janot. Sus uñas hicieron un agujero cuadrado en el paquete de *Gauloise;* extrajo un cigarrillo y atravesó la calzada:

—Fuego, por favor...

Vibraron dos campanadas graves.

Semejante a un reloj escondido en el interior de su cerebro, cuyo tictac golpeteara sus sienes, Amalia percibía las pulsaciones rítmicas, angustiosas, seña-

lándole los minutos y las horas que avanzaban. Y simultáneamente percibía el miedo, allí, en lo hondo de ese desvanecimiento semiconsciente. Dormía a sabiendas de no dormir por completo; dormían sus músculos, su cuerpo flojo, independizado del dominio de la voluntad, sus manos enlazadas alrededor del cuello de Vincent, y fragmentos de lucidez la mantenían vigilante, atrapando a la distancia los sonidos: aquel paseo intermitente al pie de las ventanas, la monótona canción. El miedo iba en aumento y Amalia transpiraba, su sudor se unía al sudor de Vincent; el hombre llamado Martinèz reiniciaba su lenta caminata. Oscuramente, desde el pozo, ella reflexionó: "Nos dieron algo..., un narcótico..., un somnífero..., a mí y a Vincent... ¡Debo despertar! ¡Debo despertar! Dios, haz que despierte, te lo suplico..." Un motor de automóvil resopló en la quietud, y chirriaron unos frenos en mitad de la calle. Entonces, un silbido duro, estridente, desgarró la noche y se coló en la habitación.

—¡Vincent! —chilló Amalia—. ¡Vincent, Martinèz ha silbado! Hay que salir de aquí, hay que salir...

Pero las palabras se le atropellaban en una garganta de trapo.

Oyó la enloquecida carrera de Martinèz emprendiendo la fuga; un disparo, otro, gritos. Voces en la caja de escaleras, y el ascensor subiendo, deteniéndose en el tercer piso.

—¡Vincent! ¡Vincent! —aulló por fin.

El no se había desvestido, y se alzó a medias, afirmándose en un codo, batallando por reunir sus fuerzas perdidas, con el sueño pegado a los párpados:

—¿Qué pasa?... ¿Qué pasa, Amalia?

—¡Apúrate! ¡Escapa!...

Recién pareció entender, y se incorporó, tambaleante, cogiendo el revólver que ocultaba bajo la almohada. La puerta del departamento se abrió, y los haces luminosos de varias linternas emergieron de la oscuridad, inmovilizándolos. Vincent disparó rápidamente contra uno de ellos, y otra detonación retumbó en el dormitorio, respondiéndole. Una voz amenazante dijo:

—Es inútil. Si hieres a alguien no te librarás de la condena a muerte. —Un nuevo disparo quebró un vidrio de la ventana—. ¡Suelta esa arma, maldito loco! —bramó la voz—. Esta vez no escaparás. Hay gente en las terrazas, en las escaleras, en los patios. ¡Entrégate, Vincent, o tendremos que acribillarte!

Hubo unos segundos larguísimos de espera, y bruscamente él tiró el revólver al piso.

—Así es mejor. ¡Las luces! —indicó la voz.

Las lámparas funcionaron invadiendo de claridad cada rincón del departamento. Amalia se aferró a las sábanas. Cinco hombres formaron círculo en torno a ella y Vincent, y las esposas se cerraron, oprimiendo las muñecas del argelino.

—Tres minutos para vestirse —notificó el hombre que hablara anteriormente, observando, imper-

térrito, a Amalia—. Tendrá que acompañarnos. — Pasaron a la sala, empujando al prisionero.

Ella buscó una falda y una blusa. El miedo había cesado totalmente. Era como si aquella escena se hubiese repetido infinitas veces.

—¿Lista? —preguntó el hombre alto y canoso, afirmado en la jamba de la puerta—. Andando...

—Un momento...

—¿Qué hay?

Ella se aproximó al escritorio y examinó las carillas escritas esa tarde.

—¿Y esos papeles?

—Una... novela; un cuento... Pueden revisarlo, pero les suplico que no lo desordenen..., que no lo destruyan, porque... aún no está terminado.

—La señora practica la literatura —bromeó Vincent, desde la sala—. ¡Más consideración con los literatos, señor!

—Vaya tranquila —concedió el policía—. No le destruiremos nada. Ojalá se halle menos implicada en los asuntos de este individuo de lo que uno piensa juzgando por las apariencias.

Descendieron por la escalera de servicio. Algunos vecinos se asomaban a los balcones o transitaban por los pasillos, inquiriendo detalles acerca de lo sucedido. Uno de los hombres encargados de inspeccionar el departamento de Amalia, leyó la última página de la supuesta novela.

—Escribe en español —le comentó a su compañero—. Entiendo ciertas palabras.

—A ésta parece que la han metido de puro ingenua en el lío —sentenció el otro, vaciando los cajones de la cómoda—: Mira..., ropa interior fina..., de buena burguesa. Te apuesto que escribía historias de amor.

20

"AHÍ ESTABA ÉL. ¿El? No. Ahí estabas tú. De aquí en adelante no podré referirme a él como lo hacía cuando hablaba de otros hombres; no podré seguir narrando hechos que sucedieron un día y que permanecían guardados en los casilleros de la memoria, igual que prendas de ropa en desuso, metidas en un armario. Porque ahora voy a contar la historia de tu amor, que es algo vivo, presente. Y al hablar de ti, sólo puedo hablarte a ti.

"Voy a contar la historia de tu amor, de nuestro amor, y nuevamente veo resplandecer todo frente a mí. Cuando cuente la historia de tu desamor, habré llegado al término. Hoy tengo otra vez veintinueve años. Te he conocido ayer y me has besado. No he dormido anoche. La sensación de tu boca sobre mi boca me perseguía; y también tus manos, y el sonido de tu voz prolongándose en innumerables vibraciones a través de la casa y de mi jardín silencioso. Esta tarde nos reunimos en un pequeño café, próximo al barrio en que vivo. Bebemos gin con agua tónica, y conversamos. Sabemos muy poco el uno del otro, y descontando aquel conocimiento mutuo que intuimos

proyectado desde el principio del tiempo, o anterior aún, encajado en una eternidad, vamos a empezar recién a conocernos mediante palabras, fechas, traspaso de recuerdos.

"A grandes rasgos te muestro lo que ha sido mi vida hasta el momento; poco a poco irán apareciendo más detalles, nimiedades que te completarán una imagen de Amalia. A mí me ocurrirá lo mismo contigo. En esta hora sabes mi nombre y dónde vivo, quién es mi familia, en qué ocupo o malgasto mis días; y sabes que he tenido un marido y ciertas experiencias sentimentales que nada significan. Yo sé de ti que has cumplido cuarenta años, que eres casado, que tienes varios hijos, que consideran feliz tu matrimonio, y que no obstante sueles entablar algunas relaciones amorosas extraconyugales, no por auténtica pasión, sino por hábito, o por dificultades para eludir un compromiso ocasional que no conseguirá provocarte ningún trastorno; sé que vives en una avenida bordeada de árboles. Sin embargo, esto es apenas el trazo grueso. Te escucho, y a medida que te explicas, lo importante no es exactamente lo que dices, sino lo que se deja vislumbrar flotando en la marejada más honda de lo que sientes y piensas.

"Es extraño, hemos comenzado a amarnos pero no anhelamos convertirnos en amantes aún. Y no es que temamos que el deseo se nos agote demasiado pronto, o que queramos reforzarlo con la espera. No, no es eso. Me siento perteneciéndote de un modo total, y sé que a través de nuestra unión encontraremos

lo que nunca hemos hallado, algo que nos transformará, ya sea para magnificarnos o para destruirnos, y sin embargo no tenemos prisa, no estamos urgidos. Vamos el uno hacia el otro, conscientes y lúcidos, y será la fusión de tu voluntad y de la mía lo que nos preparará para afrontar el amor con su grandeza y sus riesgos. Ayer era distinto; ayer, besarnos fue un impulso anterior a la razón; el lazo que nos ató era mágico. Hoy nos disponemos a anudar, con los ojos bien abiertos, dos destinos que sólo van a desunirse con tu muerte o con la mía.

"Bebemos gin y agua tónica. Intercambiamos evocaciones de la infancia; comenzamos a ser amigos además de futuros amantes. Me describes a tus niños, y aprendo sus nombres de inmediato.

"Ya es lo que ayer, en el café, iba a ser mañana. Vienes a mi casa. ¡Qué vacía y sorda era mi casa hasta ahora! Abro la verja y cruzas el prado que aísla de la calle. Tus pisadas, en el estrecho sendero de piedrecillas blancas entre el césped, reaniman a los rosales que crecen pegados a los muros; obligan a emprender la retirada a los ejércitos de hormigas, que huyen por sus laberintos cavados en la tierra; estremecen a los árboles, de los que caen lluvias de hojas. Y entonces se me hace evidente que la puerta está allí, aguardando que tú entres en la sala, y que la alfombra es para que tú camines por ella, y el sofá para que te sientes a descansar; que he colocado cortinas para que la luz no hiera cuando llegue a tus ojos, y que he comprado un cenicero de forma cóncava para que contenga la

ceniza de tu cigarrillo. Revisas mis libros, y al comentarlos contigo doy con el verdadero contenido (tantas veces hermético) de lo que leo. Vas de una habitación a otra, y cada madera, cada cuadro colgado en las paredes, cada objeto, retendrán para siempre la huella de tu presencia; cada crujido será un eco de tus pasos. Mi casa se levanta, por fin, habitada y viva.

"Han pasado muchos días; es el mes de diciembre. No vienes a verme diariamente porque tu trabajo y tus obligaciones te lo impiden, pero ello no me entristece. Te aguardo, junto a Lucy y a Jimena (ambas en espera de sus amantes invisibles), idéntica a las colegialas que asisten a clases confiando en esa campana que repicará a la hora de abandonar el colegio, para esconder libros y cuadernos y soñar con el amor. En la víspera de la Navidad nos hallamos separados: tú, en tu casa, rodeado de tu mujer y de tus hijos; yo, con mis amigas, que también pasan esta fecha sin compañía. Las niñas de Lucy van a celebrar la Nochebuena en casa de los abuelos, y nos reunimos las tres mujeres solitarias, sin maridos, sin familia.

"—¡Ay Amalia, no sospechas en lo que te metes! —suspira Lucy—. Es muy triste, hija, ser la amante de un hombre casado. Ya lo ves: ellos juran que somos lo único que da sentido a sus vidas cargadas de deberes y de rutina; sin embargo nos llevamos la peor parte. Las mujeres legítimas, tan dignas de compasión para la mayoría de la gente, son las que disfrutan de los días de fiesta, de las vacaciones en la costa y de todas las noches del año, las que acuden con

ellos a los sitios públicos, y si se enferman los tienen montando guardia a la cabecera de la cama. Nosotras los vemos solamente de siete a nueve, cinco días por semana. Amalia, aún puedes poner marcha atrás en tu asunto. Después, cuando seas la amante de ese hombre, será tarde.

"Pero ya es tarde, y todavía no me duele la soledad. Todavía consigo librarme de esa rivalidad que la mujer legítima inspira a mis amigas. Yo ni siquiera me imagino cómo son la figura, la cara, o de qué color son los cabellos de tu mujer. Sé que es la madre de tus hijos, la dueña de tu hogar, parte indivisible de tu existencia. No obstante, esa persona acostada a tu lado, que comparte tu reposo y te escucha dormir, que te aprehende en una dimensión tanto más completa que yo, carece de rostro y de cuerpo, y mientras siga desprovista de rasgos humanos no será más que un concepto, una idea. No puedo experimentar celos frente a algo tan abstracto.

"Llegan las vacaciones: un nuevo año, y un nuevo mes de enero. Intuyo que nuestra relación empieza a detenerse, y veo la sombra de un temor que te socava. Pero tengo la convicción de que me quieres, y eso me permite echar por tierra los presentimientos, e irme de veraneo con Mónica y Pablo, que han alquilado una casa en la playa. En Santiago quedan Jimena y Lucy, sofocadas de calor, de envidia, empeñadas en retener a sus amantes, para que éstos no se marchen con sus respectivas familias a habitar bajo los techos de tejas rojas, entre los muros cubiertos de enredade-

ras, ni miren a través de ventanas por donde se divisa el mar.

"Yo estoy serena. Me tiendo en las mañanas cara al sol, navego desconectando el motor del pequeño yate y desplegando las velas que se inflan apuntando hacia el inmenso toldo del cielo. Pienso en ti; cuanto me circunda es una voz repitiendo tu nombre, y no siento angustia; al contrario, todo te llama con un llamado alegre. Por las noches, bailo con Pablo, en el casino a orillas de la playa. He recuperado un entusiasmo casi adolescente por las más variadas diversiones. No obstante, un día de febrero despierto, y al abrir los ojos sé que debo ir a buscarte. Inesperadamente, eres tú quien llamas, quien me ordena regresar. Mis amigos piensan que me he vuelto loca, que es imbécil cortar así aquellas hermosas vacaciones. Hago caso omiso de ellos. Cojo un tren, y esa tarde estoy en mi casa.

"No consigo ubicarte por teléfono, y tampoco tengo seguridad de que te halles en Santiago, y paso la noche desvelada, repasando fórmulas para encontrarte en la ciudad que bruscamente se ha tornado hostil, amurallada como una fortaleza. A la mañana siguiente apareces, y me hundo en tus brazos, con ganas de reír y llorar, con la sensación de haberme perdido en un desierto y recuperar otra vez el agua de tus palabras y tu boca. Al anochecer me llevas a un restaurante, y vuelves a casa conmigo. No para despedirte, como solías hacerlo, sino para quedarte.

"Te desvistes en mi habitación, y te contemplo tal

cual te veré tantas veces. Mis manos comienzan ahora en el nacimiento de tus dedos, mis huesos son ramas de tus huesos, mi sangre es un chorro de tu sangre. Necesito pasear mi lengua por tu cuerpo, beberte, tragarte, regresar a una forma primaria, ser tú mismo, partícula tuya enquistada aún en tu costado; y luego, surco abierto para tu deseo, y el hallazgo de mi propio placer en aquel estremecimiento hondo, íntimo, terrible, que me arrastra fuera de los límites de la conciencia. Nos miramos de nuevo, y palpo en mí el milagro, la metamorfosis: de aquí hasta el fin soy y seré *nosotros*. Y existiré sin piel, desollada, marcada por ti en la carne viva."

21

En la segunda quincena de agosto, Amalia quedó en libertad. Théo había contratado los servicios de un abogado eficiente y altamente conceptuado, el que consiguió probar que su cliente actuaba engañada por Vincent, y que estaba muy lejos de ser su cómplice. Y Théo se hallaba ahí, aquella mañana, esperándola en el M. G. de Gabrielle, frunciendo los ojos tras los lentes donde el sol relumbraba. Ella fue directamente a su encuentro, con un andar lento, las ropas arrugadas y el cabello apegándosele en mechones que le caían hasta el cuello.

—Buenos días —dijo.

—Buenos días —contestó él, y pensó que la situación era demasiado embarazosa para añadir algo más. Puso en marcha el automóvil.

—¿Me lleva a casa? —preguntó Amalia. Parecía no tener conciencia del sitio que acababa de abandonar, ni de su aspecto sucio y desgarbado. Tal vez si él la hubiese invitado a almorzar en el restaurante más caro y concurrido de París, habría aceptado encantada.

—Iremos a su departamento para que se cambie de ropa y recoja sus efectos personales —decidió Théo,

controlando el tono de sus palabras—. Después la llevaré a mi casa, y mañana partiremos a Saint-Jean-de-Luz.

—No veo ya el objeto de ir a Saint-Jean-de-Luz —murmuró ella—. Desapareció el peligro de que saque a Vincent de Francia. El no saldrá, y usted puede estar tranquilo, ¿no? —hablaba sin emoción.

—Sé que piensa que fui yo... quien lo delató. Algún día nos explicaremos eso, Amalia —masculló él—. Ahora hay poco tiempo y no estamos lo suficientemente serenos para...

—¡Oh, no tiene importancia! Si fue usted quien lo hizo, procedió en forma consecuente. Es mi culpa por haberlo metido en el asunto..., y también culpa de Vincent. No se preocupe. Pero no entiendo para qué quiere arrastrarme a Saint-Jean-de-Luz. Déjeme en mi departamento, se lo ruego.

—Me temo que no podrá quedarse tan tranquilamente allí —afirmó Théo—. La dueña del edificio se niega a continuar alquilándole el departamento.

—¿Sí, ah? Bueno, me olvidaba del escándalo. Ya lo debe de saber toda la colonia chilena, y sin duda en el Consulado rehusarán renovarme el pasaporte. Es una lástima que se le haya escapado ese detalle, mi querido Théo. Podría haber hecho detener a Vincent en un lugar menos comprometedor para mi reputación..., ¿no es así? —Se puso a reír—. Con todo, la dueña del edificio no puede lanzarme hoy a la calle. Tendrá que darme algunos días de plazo para mudarme.

—Por supuesto. Sin embargo..., ¿para qué ex-

ponerse a nuevas molestias? ¿No es mejor que aloje en mi casa y se evite discusiones desagradables?

—No discutiré. Escribiré unas líneas a Madame Bertrand comunicándole que desocuparé el piso el día quince del próximo mes. Si no le gusta, peor para ella.

—No creo que le convenga quedarse sola aquí —opinó él—, aunque sea por poco tiempo. —Llegaban al edificio de la calle Vaugirard, y descendió del coche acompañándola. No obstante, cuando abrieron la puerta del departamento y no advirtió ninguna conmoción en Amalia, Théo se dijo que quizás era exagerado de su parte albergar tantos temores con respecto a ella.

Amalia abrió las ventanas y se sentó en una de las butacas de la salita, con el aire impávido de alguien que ignora los sucesos todavía recientes. Habían barrido los vidrios rotos de las ventanas, estirado las ropas del lecho, y la única huella de lo ocurrido era un pequeño forado, abierto por una bala, en una esquina del dormitorio.

—Tuvo mala puntería el policía —comentó ella—; por cierto que la oscuridad dificultaba mucho las cosas. En cuanto a Vincent... Bueno, su somnífero resultó espantoso. El efecto me ha durado por espacio de días. ¿En qué momento se las arregló para hacernos tragar esa porquería?

—¡Odio que se refiera en ese tono a lo que ha pasado!

—¿Qué esperaba? ¿Verme llorar?

—Sería más comprensible. Y luego..., ¿qué? ¿Piensa en algo para el futuro? ¿O continuará exactamente igual, hasta dar con otro Vincent? —Théo ya no disimulaba la mezcla de irritación y desconcierto que le producía la actitud de ella.

—No sé..., créame que no sé. Si me llaman de la Embajada y me exigen que vuelva a Chile, sospecho que no habrá más que obedecer. En la actualidad no soy persona grata para nadie; ni para las autoridades francesas, que tampoco me renovarán mi permiso de estada, ni para los representantes de mi país.

—El escándalo no alcanzó las proporciones de que usted lo ha revestido —replicó él—. Su nombre ha quedado al margen de toda duda. Justamente por ser extranjera y desconocer los antecedentes de ese hombre se vio envuelta en el lío. El embajador admitirá esta explicación. Si quiere, iré con usted...

—No vale la pena.

—Entonces... ¿qué se propone? Lo único que interesa, Amalia, es que a partir de hoy cambie radicalmente de vida.

—Lo haré, Théo; no se inquiete.

—¿Verdad? ¿Es una decisión seria?

—Totalmente. —Amalia se levantó, y tocó con un dedo la frente de él—. Se acabaron para siempre todos los hombres. Se lo juro —exclamó, cómicamente, llevándose una mano al pecho—. Y ahora, váyase. Necesito bañarme, ponerme elegante... Si quiere comeremos juntos.

—De acuerdo. —Théo se aproximó a la puerta—: ¿Puedo confiar en usted?

—Más que yo en usted. No se enoje. Venga a recogerme a las ocho.

Théo salió, y Amalia echó a correr el agua de la bañera. Un momento más tarde se sumergía en ella oliendo el perfume de las sales de limón. No parecía alterada. Cogió el frasco de champú, y se frotó el cabello con energía. Después, fresca, vistiendo una bata, tomó asiento frente a la mesa-escritorio, y comenzó a revisar sus papeles mientras comía un emparedado de jamón. Releyó la última página, la misma que el policía había leído aquella noche sin comprender.

—"Marcada por ti en la carne viva" —repitió en voz alta, y escribió:

"A los pocos días tienes que partir a reunirte con tu gente (así dices al hablar de tu mujer y de tus hijos: mi gente), y me pides lo más insólito, lo más doloroso: que nos separemos por unos meses. Te suplico que me des razones; sé que me quieres, y no entiendo..., aun cuando advierto, estrechamente ligado a nuestros sentimientos, aquel solapado miedo que aletea como un pájaro tenebroso dentro de ti.

"—Tengo problemas —insistes—. Por un lado están Dios, la Iglesia. —(Eres católico y yo creía respetar tus creencias.)— Antes, al tratarse de aventuras intrascendentes, no se me provocaban conflictos —(¿Acaso te arrepentías, y con el perdón de los pecados volvía la paz, renacía tu fe?)—, pero esta vez es diferente; esta vez he sabido que vivo fallándole a

Dios. Por otro lado, existe un sentido de culpa hacia los míos. Te lo ruego..., déjame reflexionar, decidir...

"Separarme de ti durante largos meses. Es el sacrificio más horrible que puedes imponerme, y, sin embargo, aún no he aprendido a luchar; sólo puedo acatar tu voluntad, obedecerte. Lloro a gritos. ¿Es justo calificar ese despedazamiento, ese asalto de la soledad que me atrapa, como "hacer una escena"? Si es así, te hago una escena aquella noche; la primera escena de otras innumerables que sobrevendrán en años próximos. Y tal vez para evitarla no aceptas hallarte a solas conmigo en nuestra despedida, y buscas a un amigo que vigila, idéntico a un perro guardián, pegado a tus talones, sin permitirme que te diga ni una palabra que exprese el sufrimiento que sale a la superficie a través de gemidos y torrentes de lágrimas. Pese a todo, mañana me levantaré temprano, iré a una agencia de viajes y compraré un pasaje aéreo para Europa; acudiré al Banco y retiraré dinero para obtener dólares; cerraré mi casa y llamaré a Pablo para que guarde las llaves y se preocupe de que rieguen el jardín. Me aterra la idea de encontrar, a mi regreso, mis árboles sedientos y mis flores y mi césped resecos. Voy a alejarme por tres meses. Te lo imploro..., ¡no dejes de quererme!

"El avión me trajo directamente a Madrid. Y me muevo aquí, de golpe aterida por el frío seco de un invierno que me estruja. Ando como una tonta, como una mosca recorriendo un muro blanco; ciega, a tropezones por el Paseo de la Castellana. Bebo un café

en el Gijón; entro en el bar del Castellana Hilton; me oprimen los turistas norteamericanos: las ancianas con sus sombreros adornados de pétalos celestes y velos rosados, que llegan empujadas por el viento de la sierra que presagia nieve, y los hombres sanguíneos, con rostros de niños gigantes. Me da pavor la gente; los porteros, las telefonistas, los eruditos niños españoles con sus vocecillas de duendes. Visito Toledo, y me pierdo en los vericuetos que suben desde el Tajo hasta los campanarios de las iglesias. Estoy mirando *El Entierro del Conde de Orgaz* (me repugna El Greco); mi frío estremece las plisadas golillas de los caballeros; mis oídos se aletargan escuchando los datos y las fechas que recitan los cicerones, e igual que si me hallara dentro de una colmena percibo este interminable zumbido de las *zetas* y las *eshes*. No comprendo ni lo que veo ni lo que oigo, no me acuerdo ni de mi nombre, no tengo centro; mi cuerpo termina en mis hombros, encima llevo un vacío. Desde Toledo vuelvo a Madrid en tren. Estamos a mediados de marzo y los días son ventosos y soleados. Alzo el cuello de mi abrigo y apuro el paso frente al Parque del Retiro; alguien me llama... ¡Qué aburrimiento! No quiero hablar con nadie. Es un pintor chileno que conocí en casa de Mónica. Me invita al Prado, y empiezo a oír más explicaciones: Zurbarán..., Velázquez..., Goya..., los primitivos flamencos; el paralelo entre la pintura de...

"Decididamente me he convertido en un insecto; sólo busco una pared para trepar por ella a los techos,

y adormecerme allí, sin pensamientos, con un rayo de sol acariciándome el caparazón reventado.

"En abril asisto a los toros que abren la temporada. Actúan "estrellas" de la tauromaquia, y los espectáculos son brillantes y ovacionados. Busco la mano de María Pía, su mirada que hoy no refleja más que sombras... ¡Qué lejos se encuentran todos! ¡Qué lejos se han ido mi hermana y los abuelos, y aquellos días! Estoy sola, y me siento llena de ti, y a la vez impregnada por una neblina densa; sí, ésa es la sensación de estar ausente.

"Decido irme a Roma. Ignoro qué pretendo hacer ahí, y nuevamente me veo sentada en la cabina de un avión, mascando gomas y bebiendo zumo de naranjas. No piso la estación, ni menos aquella guardería de equipajes. Me horroriza la idea de encontrarme con Pietro en la calle. No, no hay por qué temer. También Pietro ha huido; por las cercanías del Panteón caminan varios muchachos, altos y morenos, que se le parecen, pero él se esconde en una bruma de lejanía. Tampoco me interesan el Mediterráneo, ni la roja luna, ni las pinturas de Uccello, ni Miguel Angel, ni las callejuelas que bordean plazas. No quiero experiencias, no quiero aprehender nada que no me venga de ti. El cuerpo y los pensamientos me quedan grandes, fuera de medida; el alma, reducida al tamaño de una semilla seca, me nada dentro de ellos. No puedo más. Debo volver a tu lado.

"Paso por París. Cogeré el avión en Orly. Un funcionario de nuestra Embajada en Madrid me ha dado

una carta de presentación para alguien que vive en París. Me ha dicho que se trata de un hombre joven, muy inteligente y culto, que pertenece a una familia de abolengos. No tengo intención de telefonearle y he olvidado la carta en el fondo de un bolso. Pero antes de partir me sobreviene un verdadero ataque de terror; me domina la obsesión de que jamás me reuniré contigo, porque te has ido de viaje hacia una tierra desconocida con la que no podré dar aunque me esfuerce, porque estás en una clínica padeciendo de una enfermedad incurable y me impedirán acercarme a ti, porque has muerto. Me castañetean los dientes de miedo, y, desesperada, llamo al hombre al que va dirigida la carta. Es realmente gentil. Tanto que consigo disimular mi estado de angustia y ceno con él en un restaurante ruso. Me gustan el caviar y el vodka, me gustan la voz grave y calmada de mi compañero, su mirada franca a través de unos lentes de cristal grueso, y poco a poco desaparece mi inquietud. Pienso que estaré junto a ti muy pronto, que este tiempo ha sido una pesadilla que concluye en breves días más; casi soy capaz de reír. Mi amigo francés (ya somos amigos) me conduce a Orly, y espera a que el avión despegue. Me hace prometerle que mantendremos contacto, y que si más adelante vengo a París proseguiremos la amistad. Se lo prometo, y lo último que diviso de Europa es su mano que me despide. Su nombre es Théo, y sé que nos encontraremos nuevamente.

"Llego a Chile. Esta es mi casa, y éste mi jar-

dín, y éstos son mis amigos. No obstante, no será mi patria mientras no te abrace. Mónica, que me aguardaba en el aeropuerto, me ayuda a deshacer maletas, colgar ropas y poner orden. Luego, una vez que estamos en la sala bebiendo un dry-martini, cuando supone que continúo la charla solamente por educación y que anhelo quedar sola para llamarte, adopta el aire de las confidencias:

"—Amalia, mi linda..., mi deber es ser franca contigo, ¿no es cierto?

"—Claro que sí..., ¿por qué?

"—Oye, voy a darte una mala noticia. Estuve por casualidad con... tu amor, y hablamos de ti. Amalia..., él no quiere verte más.

"—¿Dónde? —grito—, ¿dónde estuviste con él? ¿Cuándo?

"—Ten serenidad, hija. Las cosas tendrán remedio si conservas la serenidad. Fui el lunes pasado, con la pobre Laurita..., tú sabes que es tan beata Laurita, a misa de siete en las Agustinas. Y cuál no sería mi sorpresa, niña, al verlo a él, comulgando, en medio de una fila de viejas. Casi me desmayé, y, por supuesto, a la salida de la iglesia, haciéndome la encontradiza, le metí conversación acerca de ti. Me miró con cara de furia y me dijo: "El capítulo Amalia es algo definitivamente terminado. Lo siento, Mónica, sé que usted es muy amiga de ella, pero no quiero oírla nombrar". Me saludó, y se dio media vuelta dejándome patitiesa. ¿Qué harás, Amalia? Piénsalo bien...

"No, ya no necesito pensar demasiado. Hasta

aquí he obedecido, he agachado la cabeza. Ahora voy a luchar. Tengo la fuerza y el valor para luchar con lo que sea. Es mi propia vida la que intento salvar defendiendo nuestro amor. Me colma un egoísmo primordial, ese instinto de conservación que puede convertir en fieras a las criaturas más mansas. Te obligo a visitarme el mismo día. Al comienzo tu negativa es violenta; sin embargo es inútil que te resistas. Si no apareces, iré a buscarte a tu oficina, a tu casa, a las iglesias, al fin del mundo. Este es mi primer paso hacia una actitud posesiva y tenaz, cuyo objeto será impedir que seres humanos o sobrenaturales, sentimientos o ideas, te aparten de mí, enajenen y destruyan lo que nos une. Te espero aquí, en mi sitio, entre mis flores, mis libros y mis murallas, firme, consciente de que la batalla que me dispongo a dar es tan antigua como la humanidad: es la batalla de la mujer arrancando al hombre del poder de los dioses."

22

CON EL CABELLO recogido en un moño sobre la nuca, maquillada y con aquel sobrio vestido blanco, Amalia parecía muy distinta a la de esa mañana.

—¡Qué mujer tan impredecible es usted! —exclamó Théo—. A veces pienso que es una alucinación mía.

Se hallaban en el mismo restaurante adonde él la había invitado hacía tres años; bebían vodka acompañado de tostadas con caviar, y la orquesta rusa ejecutaba melodías idénticas a las de aquella noche en que ambos se conocieran.

—Lástima que el Príncipe no haya vuelto aún a París —dijo ella de pronto—. Ya no habrá ocasión para que me lo presente.

—¿Por qué? —Théo se sobresaltó.

—Sin duda tardará unos meses más, y yo..., yo no estaré aquí entonces.

La observó intrigado:

—¿Acaso ha decidido marcharse?

—Sí... Le he hablado de mi amiga Mónica, ¿recuerda? Bien, se ha ido a Estados Unidos y me convida a visitarla.

—¿Cuándo recibió carta de Mónica?

—Hace muchos días..., un mes atrás. Antes de que empezara el asunto con la policía. ¿Cree que le miento?

—Es raro que no me dijera ni una palabra. Perdón, Amalia, pero estoy un tanto... —tardó en dar con la expresión buscada—, un tanto receloso con respecto a usted y sus determinaciones —precisó—, receloso frente a este repentino cambio. La Amalia de esta noche no tiene nada que ver con la Amalia de los últimos días de enloquecimiento junto a Vincent. La actual se aproxima más a aquella que conocí una noche de 1958. ¿Es definitiva la transformación? Y si lo es..., ¿qué la provocó? ¿Es obra de largas reflexiones o se produjo involuntariamente?

—Vamos por partes —rogó ella—. Una cosa es definitiva. Lo que le juré hoy: se acabaron los ensueños y las aventuras, Théo. De aquí hasta el fin me siento capaz de sostener mis recuerdos sin necesidad de activarlos reviviendo sensaciones. ¿Me explico? He logrado destruir la idea del tiempo pasado, y todo no es más que un continuo presente.

—¿Y por qué, entonces, el deseo de partir? Los días pretéritos engarzados a los días futuros y al momento inmediato existirán aquí o allá. ¿Qué la obliga a huir?

—No puedo contestarle esa pregunta. Creo que se contestará sola... pronto. En cuanto al cambio que ha notado en mí..., quizás siempre me preparé para llegar a esta etapa, y supe que entraría en ella al perder a Vincent.

—¿Al perder a Vincent?

—Sí, porque ya no podría volver a mentir, ¿comprende?

—No sé si comprendo. Lo importante es que veo más probabilidades de recuperar el equilibrio mediante este nuevo modo de reaccionar, y... —Théo desvió la mirada, dejándola vagar unos segundos por los comedores.

—Sé lo que me va a proponer —murmuró ella.

—¿Qué? —El regresó bruscamente, con cierta tensión que denotaba que se había puesto en guardia.

—Que me case con usted. Permítame que le diga que en ningún instante he pensado en una declaración de amor. No, querido Théo, entiendo muy bien que me estima en calidad de camarada, de buena amiga, y sólo busca otra de sus innumerables fórmulas para protegerme, para estabilizarme. Además... somos dos seres solitarios, y ése es un pretexto para autorizarnos a vivir bajo un techo común y darnos mutua compañía. Pero sería un error. Ese tipo de matrimonios no hacen desgraciada a la gente, pero tampoco, ni un minuto, la hacen feliz...

—Siga —ordenó Théo.

—Ya ve, no constituiría un buen arreglo —opinó Amalia, y sonriendo agregó—: Lo fundamental es otra cosa, querido... Usted, igual que el Príncipe, debe cortar todas las amarras, ser libre para creer nuevamente en el amor. La escisión también es una enfermedad...

—¿En qué se basa para decirme eso? —interrogó él—. Usted no sabe nada de mi vida íntima...

—Hemos hablado largamente, y eso basta. Voy a irme de viaje, Théo, y antes de partir le dejaré testimonios que lo ayudarán a derrumbar falsos principios.

—Amalia..., ¿no hay un poco de teatro en esto?

—Siempre hay un poco de teatro. Eso no impide que las cosas sean verdaderas. —Ella se echó a reir. Después, en otro tono, dijo—: ¿No teme que el grupo de Vincent trate de vengarse de usted?

—Es el gran riesgo —confesó él—. Pero tenía que arriesgarme. La policía me aseguró que me vigilaría, y lo está haciendo. Pero esto no me garantiza de que el día menos pensado no me metan un par de balas.

—Yo intentaré otra solución.

—No, no empecemos a planear nuevas locuras.

—Bueno. Mañana seguiremos conversando. Estoy cansada, Théo; lléveme a casa, por favor.

El la acompañó hasta la puerta del edificio, y orilló el Luxemburgo buscando un taxi. Dos veces dio vuelta la cabeza precipitadamente, convencido de que alguien se arrastraba cautelosamente a sus espaldas. Pero no distinguió a nadie sospechoso. Una pareja muy joven avanzaba por la acera del frente; el muchacho enlazaba a la chica por el talle. Dos negros, tras él, charlaban animadamente en inglés. No obstante, la sensación de pasos que lo seguían, de ojos que, agazapados en las tinieblas de algún zaguán o detrás de un arbusto de los jardines, le escrutaban,

se mantenía. Pensó: "Realmente sería imbécil que pretendieran liquidarme tan pronto. Si sospechan de mí, partirán de la base que estoy resguardado por la policía y que es mejor esperar a que transcurran varios meses antes de cumplir su venganza. Por lo demás, si no aprovechaba esa oportunidad para que lo detuvieran, Amalia y yo habríamos caído en las garras de Vincent, sin ninguna posibilidad de escapatoria. Lo extraño es la certeza de que ella..., ella sabía que yo lo iba a delatar. Sí, y aguardaba aquella hora... ¿Acaso para entrar en una etapa diferente, tal como lo explicó? ¿O porque su intuición aguda le permite adelantarse a los hechos y verificar el encadenamiento, la sojuzgación a un destino inamovible? Me asusta su serenidad. ¡Y quiere probar lo falso de mis principios..., rechaza la escisión, todavía insiste en la importancia del amor! Puede que no sea más que una actitud típicamente femenina".

De golpe se sintió liberado, desprendido del peso de los temores y de los recuerdos. Meditó: "Vincent preso, nunca más la amenaza de tropezarme con él; Amalia calmada y razonable; y no hay ni el más leve indicio que delate la falta que hace el amor". El Príncipe y su lejana tragedia se adormecían entre las nubes que ocultaban las estrellas. Cruzó y se detuvo en la esquina de Soufflot con Saint-Michel. Caían los primeros goterones bruñendo el pavimento de la calle ancha, al fondo de la cual se levantaban las columnas del Panteón. El horizonte era rojo púrpura y soplaba un viento caliente. Repentinamente todo aparecía en

orden para Théo. Se dijo que la tormenta iba a estallar, y disfrutó anticipadamente del placer que experimentaría abriendo las puertas que daban hacia el parque, instalado en el salón de su casa, bebiendo algo refrescante y contemplando los rayos y los relámpagos que incendiarían el cielo muy bajo del verano.

Amalia dormía. El aire cálido agitaba las cortinas, los truenos retumbaban. A ratos se revolvía inquieta en su sueño. A las siete, la campanilla del reloj la obligó a despertar. Se asomó a la ventana: el día era gris, extremadamente caluroso, y llovía. Fue a la cocina, preparó jamón y huevos y comió con apetito.

Una vez vestida, ordenó la cama, ventiló la habitación y se instaló ante el escritorio; eran recién las ocho de la mañana. Corrió la aguja del reloj, y dio cuerda a la campanilla que debería llamar nuevamente al mediodía. Contaba con cuatro horas para escribir, y se imponía aquella disciplina como si tuviera prisa por entregar un trabajo en un plazo determinado. Arreciaba la lluvia, el calor... La calle se poblaba de ruidos que se arrastraban empujados por la humedad. Amalia no los escuchaba:

"Sí, desde el nacimiento del mundo, muchas mujeres han hecho lo mismo que yo: luchar contra los dioses, amurallar dentro del círculo de sus brazos enlazados al amante, al marido, al hijo, defendiéndolo en una batalla que abarca milenios y diversas culturas. Y han combatido enconadamente con un hechicero de tribu o con un San Ignacio de Loyola, arrostrando las iras divinas. Finalmente, al concepto de

Dios, sangriento y vengativo, de los hombres, han opuesto el concepto femenino de Dios, basado en el amor ilimitado. Durante dos meses tú y yo discutimos. Te sientas en un extremo de la sala, y hablas y te debates impulsado por los más contradictorios sentimientos. Sé que represento para ti la intranquilidad, la desobediencia, la renuncia a lo tradicional, a lo cómodo y a todas las leyes que te marginan, y sé que el ponerte contra esas leyes significará dudas, soledad, remordimientos. Sin embargo es necesario que elijas en presencia mía, sin apartarme ni recluirme en la distancia. Eliges. No, más exactamente te divides. Urgido por Dios, por la lealtad a tu hogar, por nuestro amor (que aún no has podido destruir), optas por entregarte a una especie de nostalgia por el paraíso perdido, a una dedicación hacia tu mujer y tus hijos (que disfrazas con la palabra deber), y con igual intensidad a ser mi amante. Y te habitúas a este sistema de vida; al cabo de unos meses lo manejas distraídamente.

"Soy yo quien no recuperará la primitiva confianza, quien estará alerta para clausurarte a tiempo una salida, para apretar más el nudo de futuras amarras, permanentemente temerosa de que algo o alguien te lleve de mi lado. (¿Comienza la locura de que habla Théo? ¿Es el principio de aquel desquiciamiento que obligó a Caroll a huir del Príncipe?). No obstante, y pese a mis temores, somos felices.

"Vienes a verme cada tarde de este invierno que termina. En el día lo único que hago es prepararme

para la hora en que escucharé tus pasos, para la alegría siempre renovada de saber que llegas y la diaria angustia de verte marchar cuando anochece. Arden los leños en la chimenea, resuena la lluvia en los caños de desagüe, por las esquinas brota la voz de un vendedor de castañas, y permanecemos abrazados, protegidos del frío, con la complicidad del fuego, del agua, y de los sonidos amigos; ocultos en el hueco del invierno. Las ocho: te vistes, te peinas, percibo que tus gestos se acomodan a otras actitudes que me son desconocidas; te preparas para ser el marido y el padre. Quizás mi amante muere en el instante en que abandonas mi casa, y por eso experimento este dolor, esta angustia. También yo, al quedarme dormida, me deslizo por los espirales de una muerte parecida a un embudo. No importa, renaceremos mañana.

"Hoy el jardín ha amanecido cubierto de brotes, de pequeñas cápsulas que se rasgan entibiadas por el sol. Los gusanos, que aplastaban los anillos de sus vientres contra la tierra, tienen alas azules y amarillas que revolotean. Ha llegado septiembre, y aunque los días son frescos todavía, hay tanta luminosidad, tanta demostración de vida latiendo en la atmósfera, que no me resigno a que estemos enclaustrados entre las paredes de mi dormitorio. Los niños del barrio (habían desaparecido en los meses invernales, y sin duda jugaban muy quietos, vigilados por las criadas, al abrigo de las cerradas habitaciones) corren y gritan otra vez en la calle, se atropellan con sus bicicletas y patines que resbalan a lo largo de las aceras as-

faltadas, dan puntapiés a las pelotas de caucho, trizan los vidrios de algún balcón que se niega a que la primavera penetre en el interior de una estancia. El anciano matrimonio de la casa del frente riega sus geranios; el viejecito (tan semejante a mi abuelo, con su barba alba y puntiaguda) luce una bufanda de seda atada al cuello, y la señora lleva un chal de encajes. Es una ofensa a la naturaleza contemplar, a través de una ventana, este mundo que florece. Necesito incorporarme a la euforia general, salir a caminar junto a ti. Sé que lo consideras un capricho, pero me das en el gusto, y durante mucho rato vamos por senderos y avenidas adornados de arboledas, por plazoletas y parques cargados de aromas y viento dulce que transporta semillas. Soy feliz caminando a tu lado, amoldando mis pasos a los tuyos, observando cuanto me rodea con la nueva dimensión en que me lo entregan tus ojos, tus palabras y la presión de tu mano en mi brazo.

"Luego te pido que me lleves a ese restaurante, adonde fuimos hace ya mucho tiempo, y al regresar a casa nos desvestimos sin premura. No es el deseo la única finalidad que, por esta vez, nos autoriza a estar unidos hasta el alba. Y no sería extraño que hoy yo haya empezado a pisotear el orden, el sistema, de los amantes; no sería extraño, porque te siento mi verdadero marido, mi hombre, totalmente mío, y siento que el amor no puede comprimirse en el casillero de un lecho, en la cavidad de unas paredes, ceñido a un horario rígido y a una campanada que nos recordará

que han dado las ocho o las nueve. El amor es ese lecho y los cuerpos desnudos, e igualmente son los libros que ambos leemos, y los papeles que escribo, y ciertos pensamientos que afloran en la penumbra; el amor es este entendimiento que se prolonga en nuestro abrazo y más allá de él. Me besas, semidormida; amanece, y hoy cumplo treinta años."

23

—Hoy cumplo treinta y tres años —dijo Amalia.

—¿Hoy? —preguntó Théo—. ¿Qué fecha es hoy?

—Cinco de septiembre.

—Le mandaré un ramo de flores. A usted le gustan las rosas. No le envío chocolates porque no quiero que engorde. —La risa de ella le llegó a través del hilo telefónico y retumbó en el auricular—. ¿Dónde almorzará? —indagó.

—En cualquiera parte. No se preocupe. Es mejor que nos encontremos a las seis, Théo.

—Perfecto. La esperaré en mi casa.

El cortó la comunicación, y Amalia se puso de inmediato a escribir:

"Estamos en el mes de enero del año 59. Tu mujer y tus niños han partido a la costa. Me quedo en Santiago, tal como Lucy y Jimena, y vienes a comer conmigo todas las noches. Pero insistes en marcharte a las tres de la madrugada; no comprendo por qué. Te interrogo y me dices que no es conveniente que la servidumbre de tu casa se entere de que no regresas a dormir. Y no te explicas las razones por las cuales tus palabras me deprimen. No sabes que he olvidado

que no eres mi marido, y que me hiere que comiences a hablar con la voz de ese hombre casado con otra mujer, padre de unos hijos que no son míos; que me lastima la sombra de tu hogar ajeno, de esos sirvientes a los que yo no gobierno. Te sentí perteneciéndome por entero, y de pronto descubro que simplemente ha variado el régimen de las horas; en vez de marcar las nueve para la despedida, los punteros del reloj marcan las tres de la madrugada, y aunque se encuentre a muchos kilómetros de distancia, la presencia de tu mujer se impone y se interpone entre nosotros, señalándome mi limitado sitio de amante. No, no te culpo de nada. Es mía la culpa por haberme engañado, por haber saltado las barreras de lo estrictamente real. Nuevos hechos y circunstancias se encargarán de colocarme en el escueto marco de la realidad, cada vez que mis impulsos me hagan olvidarla. El primero de estos hechos no tarda en suscitarse. Me anuncias que estás obligado a viajar, por asuntos profesionales, a Osorno. No me rebelo; al contrario, cuanto concierne a tu trabajo me interesa. Pensaré en ti cada hora, cada minuto de los días en que te hallarás ausente, y principio a aguardar esperanzada tu regreso. La noche en que vuelves (hemos pasado más de diez días separados) se me ocurre que te alegrará saber que te espero, pese a que ya amanece, y escuchar mi voz acortando el camino que aún nos aleja. Entonces, como sé que viajas por ferrocarril, consigo una comunicación telefónica que me pondrá en contacto contigo cuando pases por una de las es-

taciones en las que el tren se detiene. Jimena y Lucy, que se han quedado en mi casa acompañándome, están de acuerdo en que te gustará oírme. Por cierto no me detengo a reflexionar cómo te informarán que te aguarda una llamada telefónica en aquella estación, y ni siquiera sospecho que tu nombre gritado a través de los altavoces te producirá un sobresalto. Cuando dan la comunicación, percibo el tono irritado, furioso, de tus palabras que indagan si me ha ocurrido algo tan grave como para que me haya atrevido a perseguirte por las estaciones; al imponerte de que no me sucede nada especial, que ansiaba decirte "te quiero", y ser la primera persona que te saludara al llegar, tu indignación crece. Es sábado y me notificas que no vendrás a verme hasta el lunes; en seguida cuelgas, sin decir adiós, sin una frase de afecto. Y las horas que cojean conduciéndome hacia el lunes son horas aplastadas por el miedo. Por fin vienes, el lunes por la tarde, y es tal el enojo que manifiestas, que creo que vas a golpearme. Indignado, afirmas que lo único que pensaste, al oír que te llamaban por teléfono, fue en un accidente sufrido por uno de tus hijos, en una enfermedad de tu mujer, o en alguna catástrofe acaecida en tu hogar. No has pensado en la tonta Amalia, sin cabeza, repitiendo a solas tu nombre. Lloro, lloro a sollozos, y en vez de golpearme, me haces el amor, urgido por una mezcla de pasión y rabia, sin ternura; recién descubro que tú también eres capaz de hacer el amor sin ternura. No obstante, aquello que los matrimonios tardan semanas en per-

donarse, entre amantes se perdona rápidamente (quizás por la certeza de que no sobra el tiempo para concederse el perdón), y al despedirte sonríes. Soy tuya; soy sangre tuya que inesperadamente levanta remolinos que te estremecen sin tu consentimiento; soy tu tierra, doblegada a tu arado, con ingenuos volcanes que se deshacen en humo; soy tu juguete al que en ciertos días se le rompe la cuerda y se mueve desarticulado. Castígame si lo consideras justo, pero no me lances a un rincón a morir de una mala muerte."

Amalia miró el reloj, se pintó los labios y salió. Anduvo a pie, acortando camino hasta el Sena. Eran las tres de la tarde; el calor de los días anteriores disminuía, y soplaba una brisa que encrespaba las aguas grises del río. Atravesó la calzada, y contempló durante unos segundos los quioscos de los comerciantes que ofrecían libros viejos, mapas antiguos, grabados y oleografías mostrando lugares de un París empequeñecido y pintoresco; luego volvió a cruzar a la acera del frente, y avanzó hacia la humedad viscosa y fría de la calle de l'Harpe. El suelo resbaladizo daba la impresión de que una permanente llovizna caía por entre los edificios que se apuntalaban unos a otros impidiendo que se filtrara el sol; una llovizna saturada de aceite y carboncillo, que en vez de lavar manchaba las piedras negruzcas, e iba a unirse a los escupitajos, a los envoltorios arrugados y a los paquetes vacíos de cigarrillos, a las cáscaras de bananas. Amalia empujó la puerta de batiente de un bar; la obscuridad era intensa adentro; únicamente la lucecilla del

Wurlitzer vigilaba, parecida al ojo de un cíclope, en una esquina. Un negro dormitaba acodado en el mesón. Ella se deslizó por la escalera anexa a los lavabos, apoyándose en la pared cubierta de inscripciones obscenas, y fue a golpear con los nudillos en una mampara de vidrio empavonado. Alguien atisbó desde el interior, y pasado un rato tiraron del cordel amarrado al picaporte.

—Corre el cerrojo —advirtió Martinèz, sin moverse de su silla. Alí, acurrucado en una estera, fumaba un tabaco fétido.

Amalia obedeció. Sus pupilas se posaban subyugadas en la cicatriz que deformaba la boca del hombre moreno y grueso, quien llevaba un brazo vendado.

—Siéntate —ordenó él. Alí no daba señales de notar la presencia femenina en el cuarto—. Has demorado en visitarme.

—Tenía que arreglar varios asuntos; asuntos de dinero..., ¿entiendes? —replicó ella, adaptándose al tuteo. Encendió un cigarrillo rubio y ofreció otro a Martinèz—. Tú debes pensar que Vincent está detenido y que yo estoy libre... y eso no ha de gustarte —masculló—, pero era imprescindible que me soltaran; si me hubieran dejado allá no podría hacer nada por él.

—¿Y qué vas a hacer por él?

—Te entregaré todo el dinero de que dispongo en Francia. Te será fácil averiguar en el Banco a qué cantidad asciende esta suma. También te daré una orden, a nombre de quien indiques, para que cobres el valor

de algunas acciones que ya encargué que me liquiden en Chile. Con eso puedes pagar al abogado, a los guardias que vigilan la celda de Vincent..., no sé; pensar en una estratagema para ponerlo en libertad.

—¿Por qué lo haces? ¿Lo quieres?

—No te metas. Eso es problema mío —contestó ella, secamente—. Vincent confía plenamente en ti; dice que no le has fallado nunca. Sin embargo, tú no puedes actuar directamente, ni yo tampoco. En este momento la policía anda a la caza de rastros para ubicarte, y a mí..., a pesar de mi probada inocencia, intentarán tenderme una nueva trampa cualquier día. Por eso, lo importante es que cuentes con una persona de fiar, que no despierte sospechas. Yo pondré el dinero y tú se lo administrarás a esa persona a medida que cumpla tus instrucciones.

—Tengo el tipo —dijo Martinèz—. Y yo sé mejor que tú lo que hago. Guárdate tus lecciones, chiquita. ¿Esperarás en París a que Vincent salga?

—Probablemente me iré de viaje por un tiempo. Pero te mantendré informado de todos mis pasos. Con respecto a la plata que hay en el Banco, te la entregaré pronto si quieres. Tú sabrás dónde, a quién y cómo...

—De acuerdo. Mañana por la noche te mandaré una nota. ¿Algo más?

—Sí... Théo.

—Estoy al tanto de que continúas frecuentándolo.

—Sin frecuentarlo no me habría sido posible descubrir muchas cosas.

—¿Cosas interesantes? —Martinèz rió con una mueca turbia que acentuaba la cicatriz de su boca.

—No fue él quien nos traicionó. No es culpable de nada de lo ocurrido, te lo aseguro.

—¿Intentas defenderlo de esto?... —hizo aquel gesto rápido de corte en el cuello que solía realizar Vincent.

—Te equivocas. Si fuera un traidor, yo exigiría que lo liquidaras. ¿O dudas de mi lealtad a tu jefe? Ten cuidado, Martinèz, porque eso... él no te lo perdonaría. Acuérdate de que las declaraciones decisivas a mi favor fueron las del propio Vincent, y si actuó así, es porque cree en mí, porque le soy útil..., ¿o no? Oyeme: la policía nos llevaba la pista desde hacía dos semanas, y apenas nos identificó montó guardia en la terraza del edificio en que vivo. Esa noche observaban todos los movimientos de ustedes. La verdad es que ustedes se descuidaron..., reconócelo.

—¿Quién te contó esa historia absurda?

—Se la saqué a uno de los detectives. Pagué un precio subido por la información.

—¿Y el somnífero en el café?

—¡Ah! ¿Conoces lo del café? No es difícil que la policía haya utilizado a mi portera. ¿Cuántas personas se hallaban comprometidas para darle caza a Vincent, sin que tú ni yo nos percatáramos? No lo sabremos jamás. Pero te repito que Théo no nos ha traicionado.

—Tú respondes por él —dictaminó Martinèz, al cabo de un silencio—. Si me engañas...

—No te engaño. —Amalia se acercó a la puerta.

Alí se incorporó; su cuerpo desmañado cobraba repentina vida. Escrutó a Martinèz y, a la señal de una ceja de éste, se dispuso a salir tras la mujer.

Ella abandonó apresuradamente la calle de l'Harpe y regresó a la orilla del Sena. A la vista del río, con el aire y la luz sobre los hombros, retomó un modo de caminar tranquilo. Rodeó Notre-Dame, examinando las gárgolas con sus pelucas de musgo. A veinte metros de distancia la escoltaba Alí, delgado y escurridizo. Amalia pensó: "Así era el Vincent que conoció el Príncipe, y éste también terminará sus días en una prisión. ¡Son ingenuos al creer que van a lograr la libertad del jefe! Pero estoy contenta de darles ese dinero; estoy contenta porque ya no molestarán a Théo". Retornó a la calle Vaugirard. Vio la hora. "Las cinco y media, el tiempo justo para cambiarme ropa."

A las seis bajaba de un taxi y cruzaba el parque de Théo.

—¡Qué puntual! —La saludó besándola en las mejillas—. He organizado una fiesta de cumpleaños —dijo, haciéndola pasar a la sala adornada con flores. En seguida descorchó una botella de champaña rosado.

—¿Puedo pedirle un favor, Théo?

—Concedido por estar de aniversario.

—Toque el piano para mí.

Théo conectó la lámpara que iluminaba indirec-

tamente el teclado, y el innecesario atril en que deberían haberse apoyado las partituras, impidiendo que el brillo dañara los ojos. Se quitó el anillo con el escudo de armas, que usaba en el meñique derecho y que era la única joya que acostumbraba llevar, se frotó las manos y se instaló en el taburete. Ella apretó los párpados; deseaba grabarse esos gestos en los que no había reparado anteriormente; el gesto de despojarse del anillo, de extender los dedos y recogerlos. "Querido Théo, nos quedan tan pocos días", meditó, "tan pocas horas para darte lo que estoy obligada a darte..., para restablecer tu fe."

Los dedos de él pulsaron las teclas abriendo un tema que lo obsesionaba: la Sonata en La Mayor para piano y violín de César Franck. Era inusitado que un pianista intentara ejecutar aquello sin el acompañamiento del violín. Théo sabía de memoria la partitura de ambos instrumentos, y reemplazaba al ausente canturreando la parte que le correspondía. Su espalda se curvaba levemente, alejándolo de Amalia, y la dorada cabeza se mecía entre la luz artificial y la luz agónica del atardecer. Entonces, mientras el diálogo del teclado y las cuerdas, convertido en un dúo del piano y la voz que recordaban, crecía, Amalia sintió, allí, presente, vivo, al Príncipe; flotando en el espacio que la apartaba de Théo, desprendido de él, como un reflejo en el agua, como una imagen desdoblada. Podía reconocerlo; se parecía a Théo, o a una fotografía de éste tomada hacía ya muchos años. Era igualmente rubio, de facciones delicadas y expresión que trasun-

taba inteligencia, pero existía en él cierto candor que lo diferenciaba de Théo. Se encontraba allí, mirándola con una profunda tristeza, y ella supo que ése era el Príncipe antes de la escisión, en una etapa ajena aún al corte que dividía la razón de los instintos. Aquél era el Príncipe capaz de comprometerse íntegramente y sufrir; el Príncipe sin trincheras tras las cuales abroquelarse, todavía puro e indefenso. Y escuchó el sonido de su respiración, y lo vio deambular por la sala, flotando siempre, arrastrado por la música que se elevaba en un clamor, por el vaivén de los árboles que rozaban los cristales de la puerta, inclinándose ante imprevistas cóleras del viento, por la entrada de la noche y de formas temblorosas que cabalgaban en las sombras.

El Príncipe estaba en la habitación, y Théo, a su vez, lo percibía; dueño de esas notas musicales que sus manos hacían brotar, dueño de la relegada angustia que afloraba empañando sus lentes de hombre controlado y sabio, y de la lágrima que iba a humedecerle con sal los labios inútilmente apretados; dueño aún de las evocaciones imborrables, de los mágicos años perdidos, de la capacidad marchita y sin embargo poderosa de entregarse sentimentalmente. El Príncipe volvía de un largo destierro; volvía con su curiosidad de niño prodigio, su adolescencia en soledad cuajada de temores, su juventud agredida y su hallazgo del amor; volvía con la madurez del amor realizado y la llaga del abandono; volvía, indivisible, entero. El reino de Caroll no había sido exterminado.

El piano enmudeció súbitamente. Las manos de Théo se paralizaron, atadas al aire. La sensación físicamente dolorosa de los ojos de Amalia horadándole la nuca, esa comunicación misteriosa, el hechizo palpitando en el clima denso del brusco silencio, todo, lo aterraba. Bastaría un remezón, un hecho fortuito, la circunstancia que su voluntad no alcanzara a dominar, para que el orden trabajosamente impuesto, el muro penosamente edificado, volara en astillas, y se hundiera la gran construcción de la resguardada existencia. Hizo girar el taburete en sentido inverso, y se enfrentó con Amalia.

—Voy a emborracharme esta noche —exclamó riendo.

—Emborrachémonos. A los dos nos hace falta —musitó ella. Y sin contenerse se puso a llorar.

24

"VAS Y VIENES entre tu casa en la costa y mi jardín caldeado; viajas de las habitaciones cargadas de voces sonoras y risas de niños hacia el silencio que se expande tras mis cortinas quietas; pero no te detienes mucho ni allá ni aquí. Hoy en la noche llegas a verme de improviso. Estás muy moreno a causa del sol; traes el pelo revuelto y gestos alegres. Has perdido ese aire reposado y grave que acompaña a tus camisas blancas, a tus bien planchados trajes, a tus corbatas y al cabello correctamente peinado. Percibo un tono fresco en tus palabras. Eres tan joven esta noche; tan joven y sin problemas. Quisiera retenerte así, quedarme eternamente oyendo el ruido del mar en la palma de tu mano, con el sabor a sal de tu boca detenido en la mía. Sin embargo sé que pasará la noche.

"He querido guardarte con la juventud de aquel momento... ¿Por qué entonces no presiento que la fatiga que me amarra a la cama por las mañanas, y se extiende en un vago malestar durante el día, se debe al crecimiento de una vida que tú has plantado en mí para que pueda conservarte siempre joven?

"Cuando el médico me comunica que espero un

hijo, me quedo alelada, con una sensación que oscila entre la dicha y el miedo. Te lo digo, al fin, y ahora es sólo miedo lo que se me viene encima, como una mordaza que oprime hasta ese grito que inútilmente pugna por saltar fuera de mis dientes apretados. Luego sobrevienen el dolor, la rebelión en vano, la desolada certeza del absurdo que se impone y al que acabaré sometiéndome. Tú no permites que yo tenga un hijo tuyo.

"La obediencia a tu Iglesia te ha hecho acatar, humildemente, el nacimiento de cada uno de los hijos concebidos en tu matrimonio, e incluso te he visto escandalizarte por la opinión de un sacerdote (al que acusan de sostener ideas demasiado avanzadas y quebrar las viejas normas establecidas por la religión) que se ha referido al control de la natalidad y a otros temas que escuecen; no obstante, no trepidarás en suprimir esta débil raíz de un ser humano que respira a través de mí. Tus razones para proceder de esta manera son tal vez justificables, lógicas: es posible mantener ocultas nuestras relaciones, y es fácil rebatir cualquier comentario que amenace turbar la paz de tú mujer y de tu hogar, pero si nuestro hijo nace, corres el riesgo de que, algún día, lo sepan en tu casa. El se convertiría en un constante peligro para la estabilidad y el destino de tu familia, y eso no puedes aceptarlo. Tu respeto a Dios resulta, de pronto, menos importante que el respeto que te merece la tranquilidad de tu mujer y tus niños. Para que ellos sigan ha-

bitando en climas apacibles y despejados hay que petrificar a mi hijo en esta forma minúscula, ciega.

"Me someto al absurdo. Pertenezco a esa clase de mujeres para quienes el instinto maternal es menos imperioso que su esclavitud al amante, y el asunto se resuelve con rapidez, sin ocasionarte complicaciones.

"Y estoy de espaldas en mi cama, observando, a través del velo de una cortina, el desprendimiento de las primeras hojas que caen desnudando los árboles, oyendo los crujidos del otoño que ya empuja la verja de hierro y sopla doblegando moribundas corolas, despidiendo a los pájaros, jugueteando con los insectos que quedan panza arriba, acostados sobre sus caparazones. Podría llorar y no lo hago. No experimento más que frío y soledad; quisiera tener siete años, sentarme en las rodillas de mi abuelo y escuchar un cuento largo; bajar los párpados inflados de sueño.

"Pero bruscamente percibo ese sentimiento extraño que estalla como un volcán en mi conciencia. Aún no sé definirlo; es un amasijo de ira, impotencia, rencor... ¿Por qué? ¿Contra qué? De repente comprendo: contra tu familia, contra tu hogar. Simultáneamente entiendo que mi reacción es innoble y me avergüenzo, que ni tu mujer ni tus niños son culpables; sin embargo tengo celos de esa matriz en la que tus simientes florecen, de ese vientre al que concedes el derecho a hincharse, de ese lecho donde el amor es un acto generoso, trascendente; y me repugna mi vientre saqueado, mi condición de vasija hueca, utilizada para dar placer y condenada a soportar que la vida se

diluya por sus trizaduras, mi cama donde el amor se realiza con un sentido irresponsable y egoísta. Envidio a tus niños que contemplan el futuro protegidos por ti; son, sin quererlo, los verdugos de mi hijo, y se transformarán en mujeres honestas y hombres respetables, rodeados de esos luminosos horizontes que tú les construyes, en tanto que a nuestro hijo lo hemos escupido fuera del tiempo, indefenso, sin piernas para correr, sin ojos, sin soles que lo alumbren en su noche definitiva.

"Demoraré largo tiempo en reconocer que la culpable soy yo; porque soy quien se ha desmedido, quien ha provocado el desorden, quien aún no sabe que la amante está obligada a renunciar a muchas cosas. Y hoy me revuelvo envilecida, excluida de tu afecto. En adelante detestaré que me hables de tus niños, los preferidos, dignos del amor más grande. Te pido perdón por ello.

"Quizás, si me atreviera a confesarte el trastorno que sufro, tendrías paciencia para ayudarme a recapacitar, y yo acataría las restricciones y los límites que equilibran nuestra relación. Pero me callo, y tú captas únicamente el continuo descontento, la codicia por alcanzar lo que no me pertenece ni podrá pertenecerme nunca, e inconscientemente adoptas una actitud defensiva, acortando los momentos que pasas a mi lado, haciéndome más notoria la inferioridad de mi posición. Lentamente voy asemejándome a Lucy y a Jimena; me lamento igual que ellas, y entablo esa repulsiva competencia con tu familia, valorando todo

lo que tu mujer y tus hijos reciben de ti, y sufriendo por todo lo que a mí me escatimas. Vivo obsesionada por el poder de esos seres que prolongan mis noches solitarias, que edifican el monótono abandono de mis sábados y domingos. Sé que las quejas frecuentes te molestan, que estoy abriendo una brecha por la cual vas a escapar, y no reacciono, sino que insisto en probar la solidez de nuestra unión con reiteradas exigencias. ¿Por qué no hablamos con total franqueza? ¿Por qué no presientes que algo me ha herido y que no necesito más que ternura (la ternura que no tuve aquella mañana, en el cuarto blanco con olor a desinfectante, a donde no me acompañaste) y la seguridad de que me quieres para recobrar la normalidad? ¿Por qué no intuyes que si me explicas lo que sea, con paciencia y dulzura, seré capaz de entender? ¿Por qué no me enseñas a amar espiritualmente dentro de un orden, tal como me has enseñado a amar físicamente logrando plena armonía? No, transcurrirán meses antes de que yo consiga clarificar lo que me ocurre y tú te conmuevas, borrando el rencor y la tristeza. Así corre el otoño, y un nuevo invierno, y se inicia un verano.

"Después de la Navidad recibo una carta del secretario de mi padre, en la que me impone del precario estado de salud de éste y me ruega que acuda, con la mayor prisa, al Norte; mi madre no se encuentra en condiciones de atender al enfermo ni de tomar una resolución en caso necesario. Es imposible que intente eludir este compromiso, y para tener valor

de separarme de ti me repito una y mil veces que el alejamiento será corto; apenas unas breves semanas, el tiempo indispensable para que mi padre se reponga, o para trasladarlo a Santiago y someterlo a tratamiento en una clínica. Y en los días que anteceden al viaje olvidamos las discusiones, los reproches, la permanente irascibilidad; renace la pasión compensando la angustia de la despedida. Me prometes recordarme durante todas las horas en que estaré lejos, escribirme a diario. Subo al avión con la sensación viva de tus brazos que me estrechan.

"He aterrizado en la inmóvil ciudad, de aspecto y pulsaciones enclavados en la época de la Colonia. Veo calles estrechas, campanarios parroquiales, muros azul añil, balcones con balaustradas, glorietas en donde la banda del regimiento ofrece conciertos matinales. Un gran portón se abre, y regreso a la antigua casona (habitada por mi padre desde los años en que desempeñaba el cargo de intendente de la Provincia), que yo evocaba con la vaguedad de un ensueño. Ahí reposan aún el patio empedrado y las melancólicas palmeras; la estatua del pastor, en el centro de una pileta seca, toca el mismo caramillo mudo y sostiene el cántaro del que jamás ha manado agua. En el salón, los muebles de finas maderas y ricos tapices desaparecen bajo las fundas de tocuyo; se ha descascarado el artesonado del cielo raso, y las borlas doradas de los cortinajes son ahora de un color verdoso, opaco; los retratos de los antepasados que usaban levita y corbatín de nudo flojo se ahogan de pol-

vo y tedio; todavía se conserva el autopiano en un rincón. Expandiéndose por las habitaciones hay un olor a sahumerio, a velas de cera, a ausencia de sol.

"Voy a saludar a mi madre. Está en su cuarto, muy parecido al fondo del mar (entre paredes intensamente azulinas recargadas de fotografías mostrando grupos familiares, estampas, plateados cupidos tocando la corneta, que dan la impresión de peces fosforescentes y plantas acuáticas), sentada en su cama, afirmándose en almohadones, tiesa debajo del dosel, metida en un camisón de batista. Lleva los cabellos lacios amarrados con una cinta de terciopelo, el rostro es enjuto, descarnado; sus labios son tan delgados y pálidos que se confunden con el resto de la tez apergaminada, y esos ojos claros ribeteados de sombras la asemejan a una muñeca anciana. Al verme no se emociona; es impermeable a cuanto surge de afuera, y existe en un tiempo propio, en las profundidades de este océano perdido tras los postigos entornados de una ventana.

"Mi padre es completamente distinto a ella; se altera sin motivo, llora, su pecho se agita y resuena igual que un fuelle. El médico me dijo que está gravemente enfermo del corazón y que conviene hacerse el ánimo de que su fin sobrevendrá de un momento a otro. Pregunto si puedo internarlo en una clínica de Santiago, y me contestan que la conmoción que le provocaría el viaje podría acelerar su muerte. Me siento en una silla de balance, cerca de su cama. Una monja hospitalaria se desliza por la pieza; da la sensación de

que una imperceptible ráfaga de viento la cogiera por las puntas de su enorme toca almidonada, convirtiéndola en una desorientada paloma que revolotea, acarreando un vaso de agua y un cuentagotas, sin rumbo fijo. Acaricio una mano de mi padre (sus uñas han adquirido un tono violáceo); me aletarga el vaivén de la mecedora, escucho los ronquidos del enfermo cortando a intervalos el silencio, me agobia la exasperante lentitud de los relojes provincianos. ¡Las cuatro de la tarde! ¿Qué haces tú? ¿Piensas en mí? ¿Me quieres? Hoy no podré besarte, ni mañana, ni pasado mañana... Ya empieza a faltarme el aire, y no consigo evitar el deseo monstruoso de que mi padre muera pronto, sí, pronto, para ser libre y volver a tu lado."

Amalia dejó de escribir. Se aproximó a Théo, que reclinado en el sofá de la sala leía un libro.

—Estoy cansada —dijo.

—No es para menos. Lleva cuatro horas concentrada en sus papeles.

—¡Mi pobre Théo, perdón! Soy muy mal educada. ¿Se ha aburrido mucho?

—No. Estuve releyendo *A la Sombra de las Muchachas en Flor*. ¿Tiene algún plan para hoy?

—¿Caminar un poco tal vez? Necesito descargarme de fantasmas...

El la miró frunciendo el ceño:

—Démonos prisa antes de que los fantasmas empiecen a soplar sobre mis vértebras cervicales. Ultimamente les ha dado por perseguirnos, ¿no?

A las siete de la tarde estaba claro aún, pero los

calores del verano habían declinado. Caminaron unos minutos, y de pronto ella detuvo el primer taxi que divisó.

—Entendí que quería pasear un rato —afirmó Théo, sorprendido, subiendo al coche.

Amalia indicó que se dirigieran hacia Montmartre.

—¿Qué haremos allí? —averiguó él, advirtiendo los síntomas iniciales de la cólera que solía dominarlo frente a las decisiones caprichosas de ella.

—Daremos una vuelta en carrusel.

El taxi se estacionó en un sitio del bulevar donde se alzaba una tómbola y giraba un carrusel al compás de una musiquilla dolorosa. Otros acordes chillones se mezclaban a la melodía que marcaba el falso galope de los caballos de madera, y el estampido de los disparos lanzados contra el cuadrilátero del tiro al blanco se sumaba al ruido ensordecedor de las risas, los insultos y el llanto de los niños.

—¿Escogió a propósito este lugar horrible? —gritó Théo.

—Espéreme un minuto —rogó ella—. Nada más que una vuelta y nos marcharemos. —Pagó su entrada y trepó al carrusel. Luego permaneció de pie, asida a las crines de estopa de un caballo negro que lucía un número siete pintado en la montura.

Una mujer joven, gruesa, de tipo vulgar y vestimenta descuidada la siguió, y acomodó al niño que llevaba en brazos en el lomo del número siete. Inmediatamente entabló con Amalia una conversación que Théo no alcanzaba a escuchar. No obstante por la

sonrisa de la madre y la atención que ambas prestaban al niño, se suponía que éste era la causa de aquella charla.

"Algo le pasa a Amalia —pensó Théo—. Que yo sepa no le interesan para nada los niños... ¿Por qué se le ocurrió venir aquí?... No acabaré de comprender sus extravagancias..." Entonces advirtió un movimiento que concluyó con todas sus cavilaciones: Amalia abrió su bolso y extrajo de él un paquete que entregó a la mujer. La otra lo guardó en su gastado maletín de plástico. Después se despidieron amigablemente, y hubo una última caricia en los cabellos sucios del chiquillo, en tanto que el galope de las tiesas cabalgaduras disminuía y cesaba la música.

—¿Ve que me demoré poquísimo? ¡Oh Théo, no se enoje! Ya sé que fue una tontería de mi parte..., pero esos caballitos me recuerdan mi infancia y... —en vano trataba de restablecer la cordialidad.

Cogieron el automóvil de alquiler que los esperaba, y regresaron al departamento de Amalia.

—La dejo —afirmó él en la puerta del edificio.

—Es tonto que ese ridículo capricho mío lo haya perturbado tanto.

—¿Terminaremos alguna vez con sus mentiras? Había quedado de encontrarse con esa individua..., ¿verdad?

—No, no es verdad. Fue una conversación casual.

—¿Era dinero lo que contenía aquel paquetito? ¿Dinero para... Vincent?

—¡Oh, se refiere a eso! La pobre muchacha me

contó que no podía pagar el alquiler del cuarto que arrienda... Me apenó y le di algunos francos.

—¿Envueltos en papel de seda y atados con un elástico? Lo peor es que usted miente sin el menor talento. ¿Por qué no discurrió una treta más verosímil? La individua podría haberle ofrecido cualquier mercadería para que usted fingiera comprársela...

—No podemos hablar de esto así... en la calle —decretó ella, y empezó a caminar delante de Théo—. Venga, vamos a un café ya que no quiere subir a mi departamento.

Entraron en un local poco alumbrado y pidieron dos Dubonet.

—Lo que no entiendo es que me haya hecho acompañarla a esa cita —masculló él—. Acudiendo sola se habría evitado problemas.

—Quizás..., sin darme cuenta, deseaba que usted lo supiera; que descubriera el embuste y me interrogara... Sí, es probable. —Encendió un cigarrillo y soltó una bocanada de humo—. Ese dinero ya debe de estar en poder de la gente de Vincent —espetó—, y usted puede considerarse libre de ellos.

—¿Quiere decir que...? —El enrojeció—. ¿Le han cobrado por dejarme en paz?

—Hemos pactado. Gracias al dinero ellos han confiado en mí, y yo he podido responsabilizarme por su inocencia. En cuanto a Vincent..., usted sabe que ni la fortuna más cuantiosa serviría para sacarlo de la cárcel.

—Dígame qué cantidad les envió. Yo se la devolveré lo más pronto posible.

—¡Qué importan unos pocos francos!

—Es intolerable que usted pague rescates por mí...

—No veo por qué. Usted habría hecho lo mismo.

Théo prefirió no insistir. Era más sencillo esperar la mañana siguiente y averiguar, en el Banco en que Amalia depositaba sus ingresos, la suma de lo que había retirado en los últimos días. Su propia cuenta corriente en ese Banco, y la posición de su padre, uno de los clientes más antiguos, le facilitaban el acceso a ciertos datos que comúnmente se consideraban confidenciales.

—Más adelante arreglaremos este asunto —dijo, y volvió a contemplarla con afecto—. ¿Fue a ver el departamento de la Avenida Marigny? —preguntó, cambiando a propósito de tema.

—No, no alcancé a ir en la mañana.

—¡Amalia, hoy es diez! Usted le prometió a la señora Bertrand mudarse el quince.

—Si me voy de viaje no valdrá la pena que alquile un nuevo piso.

—Abrigaba la esperanza de que hubiese desistido de ese proyecto. Ni siquiera ha decidido a dónde piensa marcharse. ¿No le parece más atinado quedarse en París hasta fines del invierno y viajar en marzo o abril? Tal vez entonces yo podría acompañarla, y...

—Faltan muchos meses para eso. No puedo aguar-

dar tanto. —Una nube súbita le oscureció la mirada.

—¡Cuidado con los fantasmas! —exclamó Théo, bromeando. Pero su acento no tuvo eco. La sombra de los ojos de Amalia se proyectaba enfriando la atmósfera, colmándolo de inexplicable desasosiego.

25

A MEDIANOCHE, Théo se despidió de Amalia, y ella se sentó ante su mesa de trabajo:

"La muerte de mi padre es una muerte caprichosa. Se anuncia, prepara su visita, se diría que hoy cruzará por los patios y entrará en las habitaciones de la vieja casa buscando a su dueño; sin embargo hoy no llega. A veces la monja se detiene en la puerta escuchando un ruido, advirtiendo cautelosos pasos, y el médico se aparta del enfermo con aire de duda. El pulso de mi padre late apenas, con largas intermitencias, el ronquido de su pecho se acalla; una corriente helada remece entonces las celosías. Pero imprevisiblemente el ronquido crece en un estertor potente, las pulsaciones recuperan su encabritado ritmo, y el moribundo entreabre los ojos y pide agua lanzando un gemido subterráneo.

"Esta tarde hago una de mis diarias escapadas al Correo. Me entregan dos cartas tuyas. Son cartas llenas de amor, de todo lo que no solías decirme cuando estabas a mi lado. ¡Qué contradictorio eres! Estás gritando a través de un papel la ternura que me arrebatabas hace unos meses. Leo una y otra vez tus cartas,

hasta sabérmelas de memoria. Por la noche oiré estas palabras, reaparecerá tu voz triturando la soledad espesa. Te quiero. Sólo eso cuenta. Hoy era yo un remolino con las aspas al viento, impelida de un punto a otro; vuelvo a ser mujer ahora. Sí, ya sé cómo me llamo, dónde estoy, mis pies tocan la tierra: te quiero.

"Mi madre se ha levantado al anochecer, y anda por los corredores, barriendo el piso con el ruedo de su camisón de batista y la cola del "salto de cama" negro y deshilachado. Busca a María Pía, la llama, me pregunta si la he visto. Le contesto que mi hermana descansa y que no conviene molestarla. Obedece y se queda sentada en una esquina del salón, hablándome de la hija menor que va recién al colegio y aprende a leer, y vislumbro cuánto la amaba; vislumbro la razón de su encono con Dios y su imposibilidad de vivir admitiendo que María Pía ha muerto. Me ocurriría lo mismo si tú desaparecieras. Tampoco yo podría existir afrontando esa certeza, y también me refugiaría en un tiempo irreal y sumergido, con la mirada vuelta hacia adentro.

"Repentinamente mi madre hace funcionar el autopiano. Igual que en la infancia, me maravilla que las teclas se muevan sin que mano alguna las presione, enhebrando la melodía de un antiguo vals popular: *Bajo los Puentes del Viejo París.* Y la magra figura sostiene el ruedo de la bata, sonriéndole al mítico caballero que la invita a bailar. Después gira bajo la araña de cristal cubierta de polvo, entre la luz opaca y los retratos de los antepasados. Un espejo recoge

su imagen, y la grotesca silueta danza enmarcada por la moldura de oro, diciendo:

"—A los quince años tuve un profesor de música alemán que me enseñó a bailar el vals así... —Y continúa dando vueltas, muy erguida, con el brazo derecho estirado, anudando su mano a una mano imaginaria, y el brazo izquierdo rodeando unos hombros varoniles inexistentes.

"Tengo miedo; miedo de que se me pierda tu voz y me abracen los hombres invisibles que bailan con mi madre; miedo de que me encierren tras ese muro infranqueable que la aísla. ¡No me dejes aquí! ¡Dime..., dime una palabra mágica para destruir la brujería! ¡Reténme! ¡Conténme!

"Nuevamente estoy sola. Oigo el ruido seco de unas zapatillas que huyen, chocando en las baldosas del pasillo; oigo los compases de otra canción desafinada, rota, que el autopiano hace rodar por el salón vacío.

"En el dormitorio de mi padre han encendido una débil lamparilla. La monja dormita en la mecedora, desprovista de sus torpes aleteos de paloma, con la toca ladeada, serena, casi hermosa. La campana de un reloj da las once. Cuento las gotas del remedio que el enfermo necesita tomar cada cierto rato. Sujeto su cabeza que pesa sin voluntad, y vierto el líquido que penetra dificultosamente a través de sus labios amoratados. Quisiera marcharme a mi habitación, echar llave a la puerta, reconquistar ahí, junto a tu recuerdo, la esperanza y el valor. Sin embargo no

me atrevo a abandonar a mi padre. Cojo un libro y trato de leer, no interesa qué, alumbrada por la escasa luz de la lamparilla. Y de pronto siento tu boca en mi boca, y el aroma del agua de Colonia que usas, aquel olor fresco y cálido a la vez, siempre unido a tu piel y a tu pelo. Es indomable esta rebelión del sexo, el deseo de ti que me avasalla en cualquier momento, en cualquier lugar, sin respeto por nada, y es inútil luchar contra este deseo que, ante la imposibilidad de realizarse, taladra, hiere, más que los sentimientos no correspondidos. Hago un esfuerzo por no pensar, por no evocar tu cuerpo ni tu cara, por olvidar lo que permanece indeleblemente asido a mi tacto, y me fatigo en esta batalla conmigo misma, fijando la vista (que porfía por regresar a ti) en las páginas herméticas de un libro; lloro, me afiebro. Mi padre suelta sus ahogados quejidos, la monja mece el crucifijo con su respiración en calma. Veo acercarse el amanecer por las ranuras de la ventana, empujando un día más en que me morderá tu lejanía.

"Y siguen, siguen corriendo los días sin que varíe el color de las mañanas; la temperatura disminuye unos grados, no obstante no alcanza a enfriar notoriamente esta atmósfera de climas impasibles. El 22 de mayo un terremoto destroza el sur del país. Las noticias que nos da la prensa local son al principio confusas, y la radio no añade mucho más; nos informan que las comunicaciones se hallan cortadas en la zona de la catástrofe. Luego nos enteramos de la gravedad de lo ocurrido, de las ciudades íntegramente

despedazadas, del río que se desborda llevándose casas que flotan aguas afuera, árboles que enseñan la intimidad de sus raíces desgajadas de la tierra, cadáveres que salen a la superficie hinchados y deformes, y navegan por sobre techumbres y embarcaciones a la deriva. La muerte va por el Sur, vestida con turbios oleajes enfurecidos, con vendavales, con lava y piedras al rojo, arrancando a los niños de las cunas, devorando hombres y animales, hundiendo campanarios. Por eso tarda en avanzar hacia el Norte, y mi padre la aguarda en medio de un invierno que no huele a lluvias, en el fondo de una casa que mantiene cerradas sus puertas.

"Ha transcurrido un mes. Soñaba contigo, y me incorporo en mi cama; distingo el alba de un nuevo día; el alba y su luz violeta en este cuarto extraño. Debo verte hoy o ya no tendré energías para salir de aquí. Me aprisionarán los hechizados ambientes, el reloj sin esfera de mi madre, me quedaré por una eternidad revoloteando con la monja, con un vaso y un cuentagotas en la mano. Dormitaré en una mecedora de mimbre, escucharé valses antiguos, me volveré escuálida y cerúlea, traspasaré el espejo del salón (igual que Alicia), pero yo iré por un laberinto acuoso, desdibujado (el laberinto que existe al otro lado del azogue), poblado de monstruos desdentados y blandos, sin dar nunca más con el camino que conduce a ti; me engullirá el olvido y me despeñaré por su garganta hueca.

"Precipitadamente me visto y preparo mi male-

ta. A las ocho me entrevisto con el médico y con el secretario de mi padre, y les explico que me ausentaré por una semana; ellos me avisarán telegráficamente si el enfermo empeora. Empiezo a respirar con libertad cuando el avión se eleva, al sobrevolar capas de nubes."

Amalia comprobó que la noche había pasado al reconocer la luminosidad del día expandiéndose ante la ventana. Se asomó y vio que las conserjes recogían las botellas de leche dejadas en las puertas de los edificios. No estaba cansada, sin embargo comprendía que si no dormía un rato, esa tarde no podría escribir. Y lo único importante era escribir, concluir el relato, llegar al final. Se acostó, y cerrando los ojos sonrió al verificar que los recuerdos persistían.

Entre tanto, Théo terminaba de tomar su desayuno. Una vez más se lavó los dientes y fue a elegir una corbata que armonizara con el nuevo traje de tweed que vestía. Revisó varias sin encontrar ninguna que le agradase, lo cual consideró mala señal. Aunque no lo confesara, tenía el convencimiento de que los sucesos del día guardaban relación con aquellas nimiedades que lo hacían salir de buen o mal humor a la calle, y si algo imprevisto venía a ensombrecer una apacible mañana, era fijo que una infinidad de tropiezos surgirían más adelante. Por otra parte, los efectos de la pésima noche que había pasado, atacado por el insomnio y sin apartar de su pensamiento el recelo que le producían las actitudes de Amalia, se sumaban a aquel detalle de la corbata. En ese estado

de ánimo se dirigió al Banco, dispuesto a realizar toda clase de averiguaciones.

Pero no necesitó indagar demasiado, ya que los informes que le dieron no eran confidenciales: Amalia acababa de cerrar su cuenta corriente, luego de retirar todo el dinero depositado en ella. Théo quedó desconcertado. ¿Qué significaba aquello? ¿Se marcharía de Francia? ¿Regresaría a América? ¿Estaba en la ruina, después de dar cuanto poseía a esos maleantes? ¿Y por qué insistía en tejer misterios con respecto a sus decisiones? Caminó rumiando las contradictorias posibilidades. A mediodía no soportó más y la llamó de un teléfono público. Gritó:

—Supe en el Banco que ha cerrado su cuenta, que giró todos sus francos y dólares... ¿Quiere decirme qué ocurre?

Con tono adormilado, ella contestó:

—Ya le dije que iba a viajar. ¿Para qué mantener una cuenta inmovilizada en un banco francés? Bueno, querido, lo veré más tarde. —En seguida colgó el auricular.

Para cualquiera, la explicación podía resultar aceptable. No obstante, para Théo las cosas no eran tan sencillas. Entró en un bar, y pese a que no le gustaba beber en la mañana, pidió un whisky doble. Lejos de decrecer, los temores y la desorientación aumentaban. Se daba cuenta de que la súbita normalidad de Amalia, sus propósitos de enmienda, la tranquilidad de que hacía ostentación, eran falsos; pero no existía el resquicio para dar con la verdad, ni un

punto de apoyo para defenderla del peligro que percibía inminente, próximo. Tampoco descartaba la probabilidad de equivocarse, y ello lo irritaba. Le parecía una debilidad prestar atención a presentimientos que tal vez no eran más que obra de su imaginación, y permitir que éstos alteraran su juicio. ¿Y quién era Amalia para turbarlo así? Una sudamericana neurótica, predispuesta a la locura, una mitómana descontrolada. ¿Podía ella influir en su equilibrio? El no creía en ese mito del amor, ni en patrañas de aquella especie. Los sentimientos más fuertes eran fácilmente supeditables a la inteligencia, convertibles en esclavos de lo estrictamente razonable. "El hombre es solo —se dijo—. Sartre está en lo cierto...; somos más o menos libres según nuestra capacidad para alcanzar y resistir la soledad."

Pero le vino a la memoria la noche del cumpleaños de Amalia, la inconsciente conexión entablada entre ambos cuando tocaba esa sonata de César Franck, y el símbolo común del Príncipe joven renacía negando el poder frío de la razón. Pagó el consumo y se lanzó por la pendiente de la calle. Un escozor, indeterminada revoltura de tristeza, dudas, terror de ser agredido, lo roía interiormente. Se sorprendió buscando a alguien que sonriera, la mano de un conocido que estrechara la suya, un ademán para decir buenos días y hablar del tiempo. Pero la multitud que se atropellaba era anónima, estaba formada por resistentes soledades. Unicamente lo acompañaba su sombra en los muros, compartiendo la fuga calle abajo.

26

AMALIA VOLVIÓ a escribir al atardecer; volvió a liberarse de la envoltura, del espacio y de los objetos que contenían los últimos días de ese verano extranjero. Sobre la calle Vaugirard, sobre el departamento y sus muebles alquilados, se abría una vez más una compuerta soltando aquel torrente de aguas que lo anegaban todo:

"Te miro de nuevo y redescubro la risa. Estás frente a mí, como el primer día; se han olvidado los rencores, la música del autopiano se ha acallado, ya no me dan miedo los ojos de mi madre. Confío en ti... ¡Qué importante es confiar! Confío igual que hace tres años, cuando te hallé. ¿De qué te defendías? ¿Por qué temía yo? No hay nada que atente contra esta seguridad que nos da el podernos mirar y encontrar el deslumbramiento intacto; apretar los párpados y reconocer, bajo las palabras, la nota en que nuestras voces dejan de formar un dúo y se acoplan componiendo una sola voz; tocar con la punta de mis dedos la yema de los tuyos y no distinguir mi mano de tu mano, mis uñas de tus uñas. Hoy no me lastima ese hijo expulsado de la cavidad de mi vientre, hoy no

necesito prolongar la ternura, puedo renunciar a la maternidad y a todos los derechos con que las mujeres anudan sus telarañas consecuentes y lógicas. No aspiro a futuras generaciones para que sobrevivamos mediante una gota de sangre. Yo soy nuestro propio hijo; nací en el minuto en que me viste. ¡No te rías! Sólo camino si voy aferrada a ti. Soy un volantín que vuela por encima de las techumbres y del humo de las chimeneas. Que te ame tu mujer y te amen tus niños, que te ame tu madre, y tus hermanos, y tus amigos, que te den sombra los muros de tu casa; no me importa, pues nadie te amará como yo y nada te pertenecerá tan ilimitadamente.

"Esta tarde me has hecho un regalo. Me has regalado una ciudad: Valparaíso con sus vericuetos y sus muelles, y el agua espesa, hendida por la quilla de los barcos, salpicada de luces inquietas. Me has traído aquí, y podré tenerte durante una noche. No habrá despedida, te encontraré a mi lado al despertar. Hace frío; caminemos rápido. El viento de fines de julio me rasmilla la cara, nos empuja por las calles que conducen al puerto. Más tarde subimos por las gradas de la Iglesia Matriz (a ambos lados se abren callejuelas con prostíbulos; las mujeres se asoman a las ventanas, llaman a los transeúntes invitándolos, abrazan a los marineros en el interior de los zaguanes mal iluminados), y contemplamos el Valparaíso nocturno columpiándose en los cerros, resbalando hasta el mar, estremeciéndose a través de millares de luciérnagas temblorosas que trepan y descienden a besar los más-

tiles de las embarcaciones. Entramos en un bar. Hemos perdido la mesura y los modales de la gente respetable, nos abrazamos en público, bailamos estrechándonos impúdicamente. No somos ni más ni menos refinados que el gordo suboficial de la Armada y su acompañante de larga cabellera, o que el hombrecillo de negros bigotes e índices manchados de nicotina, que enlaza el talle de su compañera. Percibo algo puro, intacto, en esta gente primitiva y simple; tal vez por eso necesitamos asemejarnos a ella.

"Te has puesto un pijama y te lavas los dientes en el cuarto de baño. Experimento una alegría desconocida aprehendiéndote en esta dimensión doméstica. Es raro que sea aquí, en una habitación de hotel, en una cama que antes ha albergado a otras parejas, donde nos sintamos tan en paz, tan cómodamente felices. Te escucho dormir y respiro tranquila, sin trabas, en la compartida atmósfera. Descalza me levanto y voy hasta la ventana: amanece. Probablemente la luz es la misma, la inevitable, la que se roba la magia y nos reintegra a una realidad cruda, a un ámbito preciso, brutal; luz de día. No obstante, la claridad de esta ventana sólo trae a mi conciencia una certeza: sé que para mí no podrá existir otra dicha más intensa que esta que hoy me ha sido concedida. Lo perfecto sería morir inmediatamente. He alcanzado la meta, siento mi destino cerrado y redondo como un anillo, y carezco ya de ambiciones, rechazo el futuro porque no aspiro a nada más. El límite de la felicidad es la ventana.

"Has despertado y me llamas. Corro a tu lado. La mañana galopa arrastrando ruidos, pero no interesa lo que sucede afuera, al otro lado del límite; nosotros navegamos en este tibio bajel de las sábanas, en la mar alta de este amanecer, sin más norte que el deseo alejándonos de las costas.

"Almorzamos en un restaurante próximo al puerto. Es un día soleado, refulgente. Los pescadores celebran la festividad de San Pedro y San Pablo, y adornan sus barcazas con farolitos de papel; irán en procesión transportando la imagen de Pedro sobre las aguas, y cuando oscurezca danzarán los farolitos encima de las olas (nosotros no los veremos). Las redes tendidas cuadriculan trozos de mar y cielo, rompen el horizonte en el que despuntan aves marinas. Un pelícano ha venido a posarse muy cerca; lo han domesticado y observa a los parroquianos sin demostrar sorpresa."

Théo anduvo todo el día debatiéndose entre la huida y la búsqueda, sin determinar aquel malestar que unía estas contradictorias sensaciones. Su impaciencia no le permitía quedarse mucho rato en un mismo sitio, y al llegar la tarde descubrió que había roto sus metódicas costumbres, que se había alimentado de emparedados y cerveza en locales dudosamente limpios, que ni siquiera la habitual taza de café en el Flore pudo ser respetada, y que se hallaba, nuevamente, observando los guantes de pecarí y la corbata azul de ese escaparate del faubourg Saint-Honoré, después de haber entrado y salido tres veces de las salas

egipcias, hasta que sonó la hora de cerrar el Louvre. Pensó que hacía varios años que no visitaba el museo, y que no se detenía ante un sarcófago vacío con ganas de llorar. Ahora estaba deprimido, a un paso del agotamiento, y seguía contemplando los guantes en la iluminada vitrina, sin hallar valor para regresar a su casa o decidir algo concreto. "Parecen dos manos... vivas —reflexionó—. Para qué los dejarán así, con los dedos doblados, en movimiento? Es indecente..." Recordó un film que le había causado fuerte impresión en la adolescencia. Se trataba de una cinta terrorífica protagonizada por Peter Lorre, en la cual un pianista sufría la amputación de sus manos y le injertaban las de un criminal. "El pobre tipo empezaba a sentir el impulso de estrangular... —se dijo—. ¡Qué idiotez!" Se apartó del escaparate y tuvo la imagen de la corbata convertida en un lazo, en un cordón que el par de guantes sujetaba por las puntas y enrollaba en torno a una garganta. Experimentó una opresión en la tráquea, tosió, tragó saliva, corrió. Frente a la puerta principal de la Opera se sintió más calmado: "Me estoy comportando como un imbécil, irracionalmente. No hay motivo para estos accesos..., estos terrores infantiles. Debe de ser un trastorno hepático... No, no he bebido en exceso, no he hecho nada..., nada irregular". Husmeó el aire y olió un perfume de mujer: "*Moment Suprême*... No, *Amour-Amour*", reconoció, evocando de inmediato a Gabrielle. "Gabrielle y sus cajitas. Cajitas con el sello de Jean Patou. Cajitas con sacarina para evitar el alza del azúcar en la

sangre. Redondas cajas de sombreros. Cajas alargadas con vestidos Lanvin-Castillo. Cajitas con echarpes y pañuelos. Gabrielle... Tiene tanto sentido del humor que ha alejado a todos sus candidatos a marido. Ahora se ha transformado en una solterona..., casi una inglesa. ¡Qué estupidez acordarme de Gabrielle! Me compraré un coche..., sí, es mejor."

No habría tormenta, ningún síntoma en la atmósfera la pronosticaba. Oscurecía serenamente. Théo comprendió que era inútil decirse que las alteraciones del clima, o su hígado, eran los culpables de aquel ánimo sombrío, del andar desazonado. Tal vez lo único sensato era volver a casa, encerrarse en la soledad de su salón y abrir el piano o releer un buen libro, refugiándose en el círculo de la paz trabajosamente elaborada, sin más consejera que una bebida ligeramente alcohólica para despejarse y recobrar la cordura. Pero temía. Un duende intruso se instalaba a espaldas de su conciencia, revolvía los decantados conocimientos, las digeridas emociones, y las respuestas eran otra vez interrogantes, las afirmaciones tenaces y repetidas se trocaban en incipientes dudas. Se dijo que si las cosas seguían de este modo necesitaría consultar a un psiquiatra, volver donde el doctor Charrier, quizás, y rogarle que lo obligara a comprarse un automóvil, un Floride color acero, y a administrar los bienes de su padre. ¿O tampoco esas formalidades bastarían?

"¿Es inevitable que cualquier día aparezca una americana o un marciano, alguien chillando incoherencias, para que el orden se desmorone? —caviló—.

Absurdo. Según esto yo no podría leer la prensa. A cada rato se cometen crímenes pasionales, una mujer se suicida, un muchacho asalta un Banco, y algún cretino escribe una novelita de amor. Y no hay transformaciones. Desde la hora de Pearl Harbour hasta la hora de Indochina y Argel, la gente ha estado muriendo como moscas... Familias enteras están saltando el muro de Berlín, un distraído puede apretar el botón que soltará esos cohetes que harán volar la mitad del globo..., entre tanto, noche a noche vamos a sentarnos en una butaca y nos deleitamos con una Fedra o un Hipólito, y las transformaciones no se producen. Después de los refugios subterráneos lo primero que haremos serán excavaciones para desenterrar mitos eróticos, y todavía quedarán lágrimas de piedad para los sufrimientos de un paranoico como Werther, o para llorar las desdichas sentimentales de la pequeña Julieta, pero la soledad perdurará... La soledad, sí; el individuo, aquel que bebe su pernod, su ginebra o su whisky, conduce un vehículo, goza del acto sexual, procrea, se casa, o encuentra una compañía apacible, y permanece inconmoviblemente solo. Este es el hombre normal; el hombre normal cristiano o comunista, negro o blanco o amarillo, liberado de la locura. ¡El amor! ¡La entrega total! ¡Creerse héroe y salir a la calle vestido de Tristán, emborracharse con el filtro mágico en el bar de la esquina, sufrir, perderse dentro del mito, lloroso, babeante!... ¡Bah! Es para la risa, despreciable. Más vale atarse con cadenas."

"Atarse con cadenas", repitió para sí. Sentía un gusto amargo en la boca. Evidentemente se trataba de un malestar de origen hepático. Consultaría un especialista; el doctor Charrier no le servía. ¿Y para qué quería un automóvil, si Gabrielle estaba dispuesta a facilitarle uno en cuanto se lo solicitaba? Marchaba apresurado por una calle desconocida; la Opera y los barrios iluminados ya no se divisaban. Vio acercarse un taxi y lo llamó. No sabía a dónde dirigirse y se arrellanó en el asiento, mientras el chofer, impaciente, aguardaba a que le indicara el sitio al cual debía conducirlo. Théo dio la dirección de Amalia y estuvo a punto de gritar de desesperación.

Ella demoró en abrirle la puerta:

—Pase...

—Si está escribiendo no me gustaría distraerla.

—Puede esperarme y escuchar música; terminaré pronto.

—No. Vine a decirle adiós.

—¿Se va de viaje?

—A Saint-Jean-de-Luz, por unos días. París me da náuseas.

—Mi pobre Théo..., ¿qué le ocurre?

—Nada. No sé... La playa me hará bien.

—Entre unos minutos. Tomaremos el trago de la despedida.

Lo empujó a la salita, encima de una butaca y sus cojines rellenos de plumas.

—¡No quiero un trago! —se defendió él, cubrién-

dose la cara con las manos para no encontrarse con la expresión de Amalia, con aquellos ojos hechizados y húmedos—. ¡Bruja espantosa! —masculló.,

—¿Quién?

—Usted. —Se atrevió a mirarla—: ¡No, no utilice sonrisitas de arcángel! Conmigo no valen.

—¿Se siente enfermo? Lo acompañaré a su casa...

—¡No! Si viene a casa principiará a concitar a los fantasmas... —le sobrevino un acceso incontrolable de risa—; habrá histeria y alucinaciones colectivas. Será pavoroso. —Se levantó y cogió un volumen del estante: *A la Sombra de las Muchachas en Flor*—. Me quedaré aquí y acabaré de releer esto. Présteme una manta. Si me canso me acostaré a dormir en el sofá. Tendré hermosos sueños arrullado por su máquina de escribir y sus recuerdos de amor.

En efecto, se sacó los zapatos, y se tendió allí, reconociéndose enfermo. La crisis pasaría al día siguiente. Regresaría entonces a su hogar, y al afeitarse y mudarse de ropa restablecería su ser racional momentáneamente desintegrado. En la habitación contigua, Amalia llenaba páginas, se despeñaba hacia el final de la historia, sin más ruido que el de la máquina portátil, mecánico, escueto.

"Gracias por Valparaíso. Gracias por la noche en que he respirado sin miedo. Gracias por aquel pelícano triste. Gracias por el color del mar, y el vino, y las redes. Otra vez tu mano se ha agitado en el aire, des-

pidiéndome desde la terraza del aeropuerto; otra vez estoy con un grito y una aguja, y el terror; huérfana de sonidos, sin tu boca, sin luz en estas encerradas tardes."

27

"Mi padre ha muerto esta mañana, recuperando la cara de su juventud. El rostro abotagado y violáceo de sus últimos días se ha trocado en una máscara pálida que permite entrever el relieve de los huesos. Su perfil recuerda el de las estatuas yacentes. Mi madre no se ha enterado de nada. Ronda cerca del lugar donde han instalado la capilla ardiente, y roba flores de las coronas mortuorias. Más tarde la sorprendo trenzando una guirnalda para coronar a uno de los querubines de bronce que hay en su dormitorio.

"Ya está todo terminado. Han transcurrido cuatro meses desde Valparaíso y he resistido. Ahora es preciso darse prisa, finiquitar los acuerdos relacionados con el bienestar de mi madre; y marcharme antes de que una nueva trampa me cace, antes de que el absurdo cree otras razones para coser mi destino a esta lejanía y seguir apartándonos.

"Soy libre..., libre y, sin embargo, la intranquilidad no me abandona. ¿Acaso todavía me aguardan otras despedidas? Algo te ha transformado; lo noto de inmediato. Y no demoro en comprender que nuevamente has levantado a Dios como un muro entre nos-

otros. Te vales de la religión para combatirme apenas vuelvo la espalda; la utilizas igual que a una vieja sabia capaz de darte consejos y desvalorizar cuanto nos une. ¿Piensas, acaso, que disminuyendo la importancia de los motivos que te indujeron a desobedecer a tu Iglesia, aminoras tu falta?, ¿que destruyendo lo que nos liga y reduciéndolo a la calidad miserable de aquello que te provoca arrepentimiento, podrás alargar los dedos y coger el perdón? ¿Crees que puedes comerciar con este arrepentimiento, ofreciéndolo como una manoseada moneda con la que pretendes comprar favores? ¡No entiendo estas relaciones comerciales entre la tierra y el cielo! No entiendo que escupas sobre los que respetabas, que extermines lo que has amado, y que pagues con el dolor ajeno el precio de tu salvación.

"Iniciamos ahora el período de los encuentros en bares y locales públicos. Corres el riesgo de los comentarios que puedan tejerse en torno a nosotros, y cualquier problema que éstos susciten te parece más tranquilizador que el peligro de hallarnos a solas encarando los acallados deseos. Me das lástima. Estás un poco ridículo, urgido por la serpiente y la manzana, domesticando a tus demonios con trocitos de queso, cocteles y almendras saladas. Pero tampoco te atreves a abandonarme. Buscas y rebuscas una salida y te aprisionas a ti mismo. Finalmente das con una solución: caes enfermo. Te recluyes en tu hogar, con médicos y familiares a tu cabecera, protegiéndote, administrándote remedios, prodigándote cuidados,

apartándote de mi presencia. Se habla de la gravedad de tu enfermedad, y Lucy y Jimena acuden a visitarme; traen expresiones compungidas, y en el tono de sus voces se adivina la compasión. Lucy dice:

"—Admiro tu entereza, Amalia. No sé qué haría en un caso como el tuyo. Pensar que no hay ningún pretexto para que vayas a su casa..., que no puedes llamarlo por teléfono... ¡Yo me volvería loca!

"Y Jimena añade:

"—Si sucede lo peor, no te permitirán verlo... ¡Qué horrible! —Estruja su pañuelito arrugado. Y de pronto ambas me observan sorprendidas al cerciorarse de que no me altero. Entonces, al unísono, les nace una duda—: ¿Es posible que ya no lo quieras?

"Te quiero. Te quiero con una indomeñable necesidad de verdad y de grandeza, decidida a justificar, queriéndote, el total de mi existencia. Por eso me niego a consentir que tú empequeñezcas mis sentimientos, que los conviertas en un traje sucio y gastado del cual no te dolerá desprenderte un día, que los corrompas vistiéndolos con el ropaje desprovisto de misterio de los matrimonios que continúan unidos por rutina, o de los amantes vulgares que amasan el tedio, con la complicidad de una *garçonnière* y un horario discreto; el amor rebajado a la categoría del harapo me parece un sacrilegio."

Théo se desperezó y su mano derecha chocó contra la pared. Sintió un calambre en una pierna, un dolor de torcedura en el cuello, y recordó que no se encontraba en su dormitorio, sino tendido en un so-

fá. Entreabrió los ojos y lo primero que vio fueron las alas tornasoles de las mariposas del Brasil, que Amalia odiaba, incrustadas en la mesa chata. "Realmente asquerosas", pensó. El sol de la calle agujereaba las cortinas. Esa luminosidad y el vacío en el estómago le decían que la mañana estaba bastante avanzada. Buscó sus zapatos y caminó con una sensación de vértigo por la sala. Ningún ruido venía de la habitación vecina. Entonces experimentó algo como un zarpazo removiéndole y estrujándole las vísceras, y miró con pavor hacia la puerta del cuarto de Amalia.

"¡Caramba! ¿Vamos a empezar de nuevo?", se dijo. Y se dirigió a la puerta tratando de percibir un sonido que lo apaciguara: pasos, el golpetear de las teclas de la máquina de escribir, la caída del agua llenando la bañera, el chasquido o la vibración de algún objeto, el hálito de una respiración, cualquier zumbido, una prueba mínima de vida al otro lado de la muralla divisoria. Nada. Podía echarse a correr por el pasillo, lanzarse escaleras abajo. Permaneció con una oreja pegada a la madera y el corazón saltándole desordenadamente.

Alguien tocó el timbre de un departamento en el mismo piso. Alguien trajo una carta o entregó un paquete. Alguien dio las gracias. Y aquellas voces acentuaron la sordera entre las paredes de Amalia. Entonces él aferró el tirador de la puerta, empujó, y se detuvo sin aliento en el umbral. Amalia yacía inmóvil; acostada de lado, con las rodillas dobladas, recogida en una posición íntima, fetal. Théo quiso acercarse y

las piernas no le obedecieron, alargó un brazo, no la oía respirar, gritó:

—¡Amalia! ¡Amalia!

—¿Qué pasa? —Se enderezó semidormida.

—Nada..., no... Perdón. —Fue a encerrarse en el cuarto de baño, y observó su camisa arrugada, la barba crecida, aquel aspecto caótico, detestable. Pocos minutos después, Amalia se hallaba en la cocina.

—¿Café solo o con leche? —preguntó.

—Solo. —Théo esquivó la mirada y bebió apresuradamente el café. "No estoy para desayunos familiares, intercambiando sonrisitas", reflexionó.

—¿Se siente mejor?

—Perfectamente. Me marcho ahora. Le telefonearé esta noche.

Salió, y en la calle tomó plena conciencia de la vergüenza que lo embargaba, una vergüenza que había olvidado años atrás y que jamás creyó que volvería a experimentar. Eso era suficiente para que reaccionara y decretara concluir con las pesadillas y las fantasías malsanas. Alzó la cabeza voluntariamente y pisó con firmeza el pavimento. Partiría esa tarde a Saint-Jean-de-Luz. El aire puro, la terraza de la tía Chantal, las sillas plegables bajo el toldo de lona amarillo, la visión de las olas y la espuma burbujeando al borde de la playa, los senderos cubiertos de blancas piedrecillas, el aroma a resinas secas mezclándose al perfume de los jazmines, que asaltaban su olfato al penetrar en el interior de la antigua villa, todo aquello constituiría un remedio seguro para calmar su sistema ner-

vioso, para sanar las alteraciones psíquicas o los trastornos hepáticos. Recobraba la cordura, era nuevamente un hombre razonable.

Amalia lo contempló desde la ventana: "Pobre Théo, tan solo..., tan solo con sus lecciones de filosofía y psicología, y Heidegger, y un montón de tratados, en los que no cree, siempre en pugna con su naturaleza barroca". Recogió el tomo de *A la Sombra de las Muchachas en Flor*. "Tanto más cerca de Proust que de Sartre." Tomó asiento frente a la máquina de escribir:

"He descubierto un pequeño refugio: bebo. Encuentro la excusa de mi baja presión arterial para decirme que un poco de alcohol por la mañana me proporcionará las energías indispensables para vestirme; que el vino, durante el almuerzo, me ayudará a dormir una agradable siesta; por la tarde bebo en compañía de mis amigos, y me siento locuaz, casi alegre; por las noches lo hago con el objeto de no desvelarme. He hallado así una fórmula para librarme de temores, para alejar el ansia exasperante de tu presencia, para otorgarme seguridad a mí misma. Suelo despertar con dolores de cabeza; no obstante éstos cesan con el primer martini seco del mediodía. Y alrededor de las seis de la tarde, cuando un cosquilleo en el estómago me anuncia que el miedo va a clavarme sus aguijones, que la inquietud se va a iniciar, me apresuro a batir una coctelera, y recobro el dominio de los gestos tranquilos y las manos en reposo. Mónica y Pablo han adoptado una actitud desusada:

tienen caras hoscas, intercambian miradas de preocupación; se han puesto grotescamente paternales. Sin embargo no se puede decir que me hayan visto borracha. ¡Qué antipáticos se vuelven mis amigos! Aquí está Mónica (que solía ser tan gentil), vigilándome, husmeando. Y Pablo (antes incapaz de criticar a nadie), con ojos severos y labios fruncidos, dándome consejos:

"—Es imbécil lo que haces, Amalia; te hallas a un paso de la dipsomanía.

"No me queda más que beber a escondidas de ellos, escapando furtivamente a la cocina a buscar más hielo, o a arrojar el resto de los cigarrillos en el cubo de basuras. Esta hipocresía me humilla; no obstante oculto la botella de whisky y el vaso que llevo a mi dormitorio. Sé que Mónica fiscaliza y cuenta las botellas vacías que aparecen en el estante del repostero, y me apresuro a regalárselas al hombrecito que compra trastos viejos. Paulatinamente, sintiéndome mentirosa y culpable, adquiero conciencia de mi alcoholismo.

"Durante una semana he escuchado sonar la campanilla del teléfono y no he respondido. No deseo responder. Ruego que me dejen en paz, que se olviden de mí. Jimena y Lucy asaltan entonces mi casa, desaladas, golpeando con furia las ventanas, rompiéndose las medias al trepar por la verja del jardín que mantengo con llave; amenazan con llamar a la policía si me niego a recibirlas, con forzar las puertas, y las observo instaladas en el sofá de la sala, plegándose

a los gestos de reproche y al recuento de botellas. ¿Es que una mujer de treinta y dos años no puede ni siquiera embriagarse libremente? ¿En qué mundo vivimos? Sí, admito que mis dedos tiemblan, que descuido mi persona, que amanezco con los párpados hinchados, que soy fea y aparento más edad, y que sin duda han estrenado muchos films magníficos que no me he dignado ir a ver, muchas obras de teatro interesantes, y que se publican libros que no leo. Tampoco he regado el césped, que está amarillo, como una cabellera opaca y muerta, y las flores, que se han secado. Lo siento. Quiero permanecer sin voz, sin reflexiones, ausente de la angustia que crece en los atardeceres, con mi vaso bien apretado, contemplando el derrumbe del jardín maltratado por el sol, desintegrándome en el calor achicharrante del verano que ya vuelve.

"Has decidido mejorarte antes de la Navidad, y llegas de improviso. Los médicos terminaron por considerar que tus males no eran tan temibles, diagnóstico que confirma tu aspecto: te ves apenas más delgado, más pálido, vistiendo tu deportivo traje de lino claro. ¿He vencido una vez más? Presiento que no. Podemos acariciarnos, renovar promesas, hacer el amor hasta extenuarnos, gritar de placer, esgrimir la reconquistada dicha, y en lo hondo subsistirá el peso de la esperanza quebrada, la intuición de la despedida definitiva, el palpitar de la inestabilidad agarrándome por la nuca, obligándome a gemir de terror, a sujetarme más ávidamente a mi vaso."

28

THÉO PERMANECIÓ de espaldas en la hamaca, con las aletas de la nariz dilatadas. Se había dado sólo un corto baño de mar, y regresó a la casa. Las carpas y quitasoles que invadían la playa entre junio y agosto iban desapareciendo, y la gente cambiaba sus sandalias y sus shorts por mocasines y pantalones de franela. El verano terminaba.

Respiró el aire liviano de Saint-Jean-de-Luz. Sus ojos reconocían los añosos eucaliptos reclinándose al borde de la quebrada, en el parque de la villa; los rincones donde jugaban al escondite con Gabrielle, los cercos cuajados de florecillas azules. Recordó: "Ya nadie recoge pervincas en los caminos". Entonces se incorporó de la hamaca y se agachó a cortar una. "Atado aún a las dulces actitudes románticas —se dijo—, poético, muy poético", y sonrió. Louise agitaba las manos y lo llamaba para el almuerzo:

—Perdón, señor. Roger partió hoy en el tren de las ocho a París; la señora lo reclamaba allá. Yo tendré que servirle las comidas, y Alicette me ayudará a atenderlo. Si nos hubiese avisado con más anticipación su llegada...

—Mi buena Louise, no te preocupes. Puedo prescindir de un mayordomo; estoy habituado a hacerlo. Por otra parte, me gusta más tu cara que la de Roger. —Sintió el impulso de pellizcar las mejillas de la obesa cocinera. Se controló; ya no tenía doce años.

Ocupó la silla que normalmente correspondía a la tía Chantal, en la cabecera de la mesa, y reparó en lo extraño que se veía aquel comedor vacío; sin sus padres, sin Gabrielle como era en otros tiempos, con su larga cabellera colorina atada con una cinta y la nariz pecosa, sin los mellizos, hijos de la tía Thérèse, vistiendo trajecitos de marineros. Ahora Gabrielle acababa de cumplir cuarenta, era una mujer elegante, y los primos ejercían de abogados en Provenza. Nunca se acordaba de los mellizos, y el hacerlo lo entristeció. Para evitar la depresión necesitó abandonar el comedor apresuradamente.

Sin embargo la depresión insistía en volver, semejante a un vapor pegajoso que se le adhería al cuerpo, que bullía por las habitaciones. Abrió el piano vertical instalado en la sala de música. Estaba desafinado; la tía Chantal ya no cantaba viejas canciones de Auvernia, Gabrielle no tocaba la guitarra, y él no podía acompañarlas, pulsando el teclado, como en las antiguas veladas. "¡Qué daría por tener otra vez siete, diez, doce años! —meditó—. No..., no sabía que duele crecer... y que después ... duele haber crecido." Salió y marchó por el sendero cubierto de maicillo, con el sol sobre su chambergo de paja despeinada, con el sol rondándole los lentes. Pisoteó un insecto, mor-

disqueó el tallo amargo de un geranio. "¡Ah, los irrecuperables gestos de la infancia!", suspiró. Experimentaba ganas de correr, de caminar equilibrándose por el estrecho parapeto del podio que cercaba el jardín. El pequeño Théo solía hacerlo, treinta años antes, en un momento similar, en una tarde de septiembre. Gabrielle brincaba a su lado. Luego iba a ese lugar que únicamente los niños conocían, detrás del bosquecillo; él conducía a la chiquilla de la mano, consciente de que ésta se tropezaba y se rasmillaba las rodillas, que a veces le sangraban, consciente del dolor y de la obediencia femenina. Los mellizos de la tía Thérèse jadeaban intentando mantener el paso de sus primos. Pero Théo era el jefe, y era inflexible, siempre el primero, imponiendo su voluntad, a la cabeza en todo, principal, principalísimo. Se introducían en la oquedad abierta en el grueso tronco de un árbol gigantesco, y Gabrielle, sumisa, lo seguía temblando. Los mellizos aguardaban afuera, acobardados, envidiosos, sin atreverse a avanzar por el temible laberinto en que se hundía Théo, el conquistador. La evocación de la hazaña le rebasó la memoria, se hizo física. Percibió esa especie de lloriqueo que soltaban las fibras interiores de la madera hendida, el olor de las raíces azumagadas, y la convicción de ser el héroe. Teseo desafiante, se unió a la sensación turbadora de penetrar, violar aquella cavidad oscura, genital. Gabrielle se le apegaba buscando amparo, perdía la cinta del cabello y los pelos de zanahoria se le enredaban en los fila-

mentos de la corteza, en tanto que él la arrastraba experimentando un gozo prohibido.

Persiguió con la mirada el sitio donde otrora se hallaba el bosque. En reemplazo de los árboles, talados hacía tiempo, se alzaban edificios de concreto: hoteles, peluquerías, restaurantes. Théo limpió sus anteojos y se sentó en uno de los escaños de piedra. Poco antes de que estallara la guerra, Gabrielle lo había llevado al lugar secreto; todavía existía el grueso tronco del árbol enseñando su grieta, y él tenía dieciséis años y su prima, diecisiete.

—¿Te acuerdas? —preguntó Gabrielle, y se empinó rozándole los labios. En seguida añadió—: Entremos..., ¿quieres? —En ese período era una jovencita deportiva, de cuerpo bien formado, con una risa franca, y los pechos duros debajo de la blusa.

—¡Estás loca! —Théo enrojeció. Era ella quien demostraba el ímpetu agresivo, la que pretendía guiarlo a través de la caverna y marchar adelante, arrebatándole su puesto—. Estás loca —repitió, y huyó a repasar sus lecciones de piano.

Pensó que debía haber poseído a la imbécil de Gabrielle en esa oportunidad; haber recuperado su categoría de héroe, haciéndola chillar y defenderse en vano. Pero las actitudes brutales le repugnaban a los dieciséis años. Era tímido, casto, amante de las cosas armoniosas, demasiado orgulloso para andar revolcándose con una muchacha, a campo traviesa, igual que un gañán. "No poseí a Gabrielle —reflexionó—. No la abandoné en Naxos, ni maté al Minotauro. No

obstante... aquí estoy, sentado contemplando la paz de la tarde..., sentado por la eternidad. Plutón me ha condenado."

A las siete, Louise le anunció que la cena estaba servida. Comió sin apetito, nada más que para no desairar a la cocinera ni a su *soufflé* de queso. Se comportaba como el gentil Théo de la adolescencia, musitando frases amables y sonriendo a la servidumbre. Terminada la comida comprendió que la noche que se avecinaba resultaría insoportable. Claro es que podía salir a vagar por el balneario, tropezarse con algunos conocidos. "¡No, qué aburrimiento!" De pronto se le ocurrió pedir una comunicación telefónica a París, y hablar con Amalia. Se arrepintió al instante. Sin embargo tenía motivos para querer llamarla, ya que el hecho de no haberse despedido le molestaba. "Debe desocupar el departamento el día quince... —consideró—, y no es raro que lo del viaje sea un proyecto serio. En ese caso..., si se va..., espero que me deje un mensaje con la portera. ¿Qué fecha es hoy? Trece. Bueno, le telefonearé mañana. ¡Oh, qué disparate encontrarme en Saint-Jean-de-Luz y seguir pensando en Amalia!"

Se encerró en la sala de música y hojeó varias partituras. Eligió unos preludios de Chopin que le parecían decadentes, y tocó con furia, con asco, olvidándose del piano desafinado.

Amalia, entre tanto, no se daba cuenta de la desaparición de Théo. Ya no miraba el reloj ni se preocupaba de darle cuerda para que la campanilla repicara a determinadas horas. Los atardeceres se le confundían con las madrugadas. En los escasos instantes en que sentía hambre comía un emparedado, y si el cansancio la vencía, apoyaba la cabeza encima del alto de papeles. Caminaba solamente por el limitado espacio que separaba el lecho de la ventana, y volvía a la mesa de trabajo:

"Afirmas que mi estado de irascibilidad, de zozobra, de histeria permanente, es anormal, y ayer me aconsejaste que consultara un médico. Desgraciadamente no creo que un médico pueda sanarme. No es un especialista en enfermedades nerviosas o mentales quien podrá darme el único remedio que yo preciso: seguridad en ti.

"Cometo las peores inconsecuencias; me emborracho, te digo palabras hirientes, quiero morir, abreviar el plazo que falta para que me abandones (porque vas a abandonarme de nuevo, lo sé), pero me cuelgo de tu cuello, me enrosco a tu cuerpo, como un trapo apolillado que te envuelve y te traba.

"Hoy he entrado en una iglesia (ignoro qué he ido a buscar allí), ¿qué se busca en las iglesias? La misa no se iniciaba todavía y varias mujeres rezaban. Las voces y los olores de mi infancia me circundaron (incienso, velones de cera, amortiguadas letanías), y me arrodillé en un confesonario. Oí esa

frase cuchicheada por alguien cuyo rostro se me ocultaba:

"—Ave María Purísima...

"Contesté mecánicamente:

"—Sin pecado concebida...

"Luego, las invariables preguntas a las que presté poca atención. Lo dije todo, de golpe, brutalmente; fue una tontería, lo reconozco. Me han dado una disertación acerca de la concupiscencia, me han dicho algo muy confuso sobre las aguas de los ríos que se apartan de sus lechos, me exigieron que me alejara de ti. No cumplí la penitencia, nada de eso. Me acerqué al Cristo del altar lateral, y le hablé con absoluta sinceridad; en el fondo, creo que no le hablaba a él sino a mi abuelo, explicándole que mi amor a ti era también amor a Dios, y a mí misma, y a los demás, y que si me cortaban esta dinámica del amor estaría perdida, en el limbo de la total indiferencia; le aseguré que ya me era igual amarte en calidad de hermana, de hija. de madre o de amante, y no le mentí, porque lo esencial es la certeza de lo indestructible. Después me dirigí a un bar y encontré a dos muchachos, dos adolescentes bellos y agresivos a los que me traje a casa; ambos me acompañaron hasta el amanecer.

"Te molesta que acepte estas compañías de desconocidos, que trasnoche, que ande vagando por las calles, que te mire con ojos despavoridos, que insulte a la gente. Perdóname, tengo miedo. No puedo quedarme sola en mi casa por miedo a pensar, a dar vueltas alrededor de los presentimientos horribles, a adivinar

el pretexto que hallarás para dejarme, y necesito conversar con cualquiera, escuchar ruidos para ensordecerme. Tengo miedo de esas expresiones duras que alteran tus rasgos, del tono con que me criticas, de sentirme continuamente juzgada por ti (juzgada y criticada en forma negativa, sin oportunidad de enmienda mi crecimiento) y ver cómo logras evadirte si me esfuerzo por recuperar la lucidez y clarificar la situación. Si insulto también es por miedo, por defenderme de la apatía o de la burla con que me emparedan en mi soledad. Es cierto que el chofer de taxi que me trató en forma insolente, el ciclista que casi me atropelló al cruzar la calzada, la vendedora de la tienda que no escondía su impaciencia, o el hombrecillo que me lanzó un requiebro grosero, no sabían que yo era un ser malherido, sangrante.

"El sol me triza por fuera y el miedo por dentro, y tengo un hígado y un corazón que resisten; no moriré de cirrosis ni de infarto cardíaco. Tal vez, si me sentara en el quicio de una puerta, descalza, y estirara una mano imitando a los mendigos... y esperara... y esperara. No, no moriría de hambre. Me detendría la policía, me someterían a un electro-schock, y me devolverían a mi hogar... ¿Mi hogar? Bueno, este suelo alfombrado, esta cama limpia, los alimentos, el agua caliente, los jabones perfumanos. Se obstinan en no dejarme morir. ¡Sí, se obstinan! Ellos, los amigos solícitos; Rosita, la muchacha que viene a asear la casa y a preparar el almuerzo, y me obliga a comer (ayer me hizo tragar una taza de caldo, dándomelo

cucharada tras cucharada, a la fuerza, igual que a una niña); las iglesias que me presentan sus imágenes sagradas y sus milagros; tú..., tú, que no te resuelves a acortar la tortura, que prolongas la agonía. Cuando "Isolda", la vieja perdiguera de mis abuelos, agonizaba envenenada con vidrios molidos, tampoco nos atrevimos a dispararle un balazo y evitar su padecimiento; fuimos cobardes..., cobardes, como tú.

"El reloj de la cocina da las diez, la hora en que es más difícil soportar el miedo, en que las paredes son más blancas, más filudos los bordes de las mesas, más agresivos los ruidos (ruidos de camiones que recogen la basura, de sirvientas que ríen con los repartidores de las verdulerías, de máquinas eléctricas que aspiran el polvo y enceran), más intolerable la mudez de las plantas; la hora en que una bestia invisible salta encima de mi espalda, ensartando sus garras en mi nuca, susurrándome palabras ininteligibles al oído.

"Corro al teléfono y te llamo. ¡Qué estúpida soy! Olvidaba que hoy es sábado y que te marchas a la playa al mediodía. Me prometes pasar a despedirte de mí, y se supone que debo agradecer esta gentileza. ¿Cómo hacerte entender que ya no son celos ni envidia lo que me impele a retenerte unos minutos a mi lado? Lo único que te imploro es que antes de irte me liberes del miedo. Por eso vuelvo a colgarme de ti, a envolverte y a trabarte, para que hagas o digas... algo, eso..., eso que puede salvarme. No haces ni dices nada. Te alejas enojado, rencoroso.

"Durante tu pacífico fin de semana meditas, y

ahora usas el tono más sereno y doctoral para espetarme un discurso que refleja el siguiente pensamiento: Amalia padece de un desequilibrio emocional gravísimo; urge que cambie de ambiente, que se aparte de personas, atmósferas y hábitos que la desquician; que se aparte, principalmente, de lo que motiva sus obsesiones. Amalia no se hallará en condiciones de razonar mientras no se calme y vuelva a su centro. Amalia debe partir una vez más...

"Te observo. Observo tu cabeza inclinada, tu ceño duro, el cigarrillo que sostienes entre los dedos, las arrugas en tu frente, tus ojos repentinamente oscurecidos. Estás harto de escenas desagradables, te repugna y aflige el caos en que habito, pero te falta valor para calar más hondo en esta vida disparatada, para reconocer que mis obsesiones provienen de la inseguridad, y que solamente tú eres el llamado a ordenar mi existencia o a acabar con ella. Pregunto:

"—¿Adónde quieres que me vaya?

"Y barajas lugares de recreo en distintos confines del mundo. Lejos, muy lejos, con miles y miles de kilómetros de cielo y mar que nos distancien. Me sugieres, con el acento de los tenderos que nos tientan con una mercancía en realización, la próxima temporada de estrenos teatrales en Broadway; unas vacaciones en Lisboa, callecitas pintorescas y el casino de Estoril; Andalucía, la soleada Málaga, Granada y las cuevas del Sacro Monte; París y sus innumerables atractivos; ¿por qué no el Mediterráneo, y de ahí un salto a Grecia? Hay barquitos que hacen tournées por el

Mar Egeo. Entro en el juego, casi logro entusiasmarme. Afortunadamente has tenido el buen tino de no ofrecerme corridas de toros a bajo precio.

"Me estoy riendo de ti y de mí. Sé lo que me aguarda: una jaula para arrancarme tiras de carne en algún rincón de París. Decretamos que viajaré a fines de febrero para evitar los fríos del invierno. Tus ojos vuelven a aclararse. ¿Ves? Resultó más fácil de lo que imaginaste; Amalia es dócil, te mandará tarjetas postales, y se alegra con la idea de adquirir perfumes y vestirse en las grandes casas de moda. Ya no siente miedo, se parece a su hermana María Pía, saluda a la muerte, le da la bienvenida.

"Si los hechos se detuvieran aquí..., ¡ah qué descanso! No batallar más, saberse condenada, un caso definitivamente acabado. Pero tú no admites este modo de encarar las cosas; tú exiges la absolución total, que ningún remordimiento te aprobleme en el futuro, gozar de una liviana conciencia intachable. Rechazas el grosero papel del verdugo, reclamando para ti la piedad que le corresponde a la víctima, y hasta el último día tratarás de reafirmar el amor, de sufrir repitiendo viejas promesas.

"Promesas en la habitación revestida de maderas del hotel (un pequeño hotel en la costa), donde hemos llegado esta mañana. El cuarto aireado y claro, con sus cortinas de cretona multicolor, y el mar ante nosotros son un escenario apropiado para creer en ellas. Promesas en la playa desierta; promesas al escalar las dunas y hundir los pies desnudos en la arena; prome-

sas a espaldas del camarero torpe y sordo, con la media luz de la lámpara que se balancea en el comedor atrayendo nubes de mosquitos; promesas en lo alto del mirador que domina el pueblo, oyendo campanas que tocan el Angelus, promesas a cualquier hora, cuando despiertas por la noche y tus manos se apoyan en mis caderas. Necesitas alimentar esperanzas, estirar la agonía."

29

—¿No se siente bien el señor Théo? —Alicette observaba las puntas de sus zapatos y sobaba el vuelo de su delantal almidonado. Luego, levantó la vista de a poco—. Louise está preocupada porque el señor no probó los huevos ni las tostadas —explicó.

—Generalmente no tengo apetito cuando recién me levanto. Dile a Louise que se tranquilice. —El cielo se veía nublado detrás del ventanal—: ¿Hace frío afuera?

—No, aunque sopla mucho viento. Es probable que más tarde llueva.

Théo reprimió una exclamación y se encogió de hombros. Era harto deprimente la perspectiva de un día lluvioso, y él encerrado en la casa, con las dos criadas trotando a su siga igual que perritos dispuestos a agradar al amo. ¿Qué estaba haciendo en Saint-Jean-de-Luz? Ahora no lo tenía muy claro. Aquella peregrinación por sitios y habitaciones que le hacían evocar los años que precedieron a la guerra empezaba a abrumarlo. En la noche se había desvelado aturdido por el ruido del mar y los recuerdos que fluían.

—Los señores De Fresnay llegaron ayer —dijo Alicette, como proponiendo algo.

El no contestó. Le desagradaba que la muchacha adivinara su hastío. Si proseguían la charla tal vez acabaría sugiriéndole que jugara una partida de ajedrez con Paul, o que convidara a Vera a tomar un cóctel.

—Necesito telefonear a París —musitó, y salió del comedor.

No logró hablar con Amalia. Las líneas se hallaban cruzadas, o ella mantenía el teléfono desconectado, y no tuvo paciencia para esperar a que establecieran la comunicación. Caminó hacia la villa de los De Fresnay, con el viento revolviéndole los cabellos delgados, penetrándole a través de la camisa de lana, cubriéndole de arenilla los lentes.

Vera se encontraba en el jardín exterior examinando sus almácigos. Llevaba un par de pantalones manchados y un pullóver viejo de Paul. Lo saludó con su voz ronca, casi viril:

—¡Mi pequeño Théo! ¿Qué milagro es éste? Creo que no nos hemos visto durante meses y meses. ¿Desde cuándo estás aquí?

—Llegué anteayer. ¿Paul y los niños, bien?

—Formidables. Los chicos quedaron en París, y Paul trabaja en el tercer acto de su nueva obra. Le agradará verte..., entra. —Hizo ademán de abrir la puerta de la verja.

—No, no lo molestes; debe hallarse en plena inspiración.

—Más bien descifra un puzzle. El asesino ha de caer en manos de la policía tres minutos justos antes de la cortina final.

Vera sonreía. No tomaba muy en serio la profesión de su marido, pese al éxito que éste obtenía con sus comedias de suspenso. Théo enrojeció súbitamente.

—¿Qué te pasa? —preguntó ella.

—Nada. Pensaba que siempre aparece la policía tres minutos antes de la cortina final. En la realidad ocurre otro tanto..., ¿no es así? —Dio un paso, a punto de despedirse, y Vera traspuso la verja:

—Te acompaño, si no te importa.

Caminaron con el viento empujándolos, y él observaba a la mujer que marchaba a su lado con las manos hundidas en los bolsillos del gastado pantalón; observaba aquel rostro de piel curtida, aquellos ojos grises y el pelo entrecano. También ella era su compañera de juegos en la infancia, otra joven con la cual pudo haberse casado. "Pero vino la guerra —reflexionó—. La guerra... Y Vera permaneció con su madre en París, y su padre y su hermano se unieron a la Resistencia. Cuando la volví a ver estaba convertida en una muchacha moderna..., en lo que entedíamos por muchacha moderna hace quince años: eficiente secretaria de una firma comercial, ufana con sus conocimientos del inglés, su taquigrafía, sus gestos desenfadados y la llave de su propia *garçonnière*; ella y sus amigas eran chicas bravas, habían sufrido hambres y miserias, y pocas cosas las amilanaban; podían

darse el gusto de maldecir como un soldado y gozar de su libertad sexual en forma deportiva. Sin embargo Vera conoció a Paul, un autor mediocre en esos días..., se enamoró y... ¡mírenla hoy...! con todas estas arrugas y esta carita desaliñada, tan segura de sí; la anfitriona perfecta, la madre perfecta, la esposa perfecta."

—¿Te parezco vieja?

—Eres un año menor que yo.

—Represento diez más. ¡Bah, no me altera! Estoy conforme, mi querido Théo. No voy a perder horas de mi vida en un salón de belleza ni donde el modista.

—¿Eres feliz con Paul?

—Sí. ¿Lo dudas? Puede que no me entusiasme lo que escribe..., eso es distinto. Lo que cuenta es que me entusiasma él, y mi hogar, y mis hijos —abarcó el aire abriendo bruscamente los brazos—, y todo lo demás, ¿entiendes?

—Entiendo. —Se detuvo. El deseo apremiante de comunicarse con Amalìa lo compulsionaba—. Perdóname, tengo que hacer un llamado a París. Es un asunto urgente...

—Te aguardaremos a las siete —gritó Vera, y lo vio correr, pisoteando las docas que orillaban el sendero.

El teléfono había resonado largo rato. Amalia escribía. Manteniendo cerrada la puerta que anexaba el dormitorio a la sala, el ruido de la campanilla llegaba atenuado, revuelto con otros ruidos que provenían del vecindario y de la calle. No ignoraba, sin em-

bargo, que alguien pretendía hablarle, y que ese alguien era Théo; eso la obligaba a pulsar con más brío las teclas de la máquina portátil:

"Creo en tus promesas. ¿Sería posible no creer en ellas, aunque sepa que no vas a cumplirlas? Estos días luminosos me traen esa falsa mejoría que antecede a la muerte; aseguran que la mayoría de los agonizantes la experimentan, apegándose al último regusto de la vida que van a perder. Pero yo estoy consciente de lo efímero de esta alegría. Me cubro los ojos con las sábanas y oigo caer la ducha en la bañera de latón; cientos de gotas lamen tu piel, mi deseo y el sol se entrelazan encima de la colcha. ¿Cuánto van a durar estas mañanas?

"He guardado un puñado de arena; es lo único tangible que me quedará de este verano: arena en el hueco de las manos, arena que resbalará entre mis dedos. La última noche pienso en ese puñado de arena, y me sacuden los sollozos. Tú intentas apagarlos haciendo el amor mientras el mar y el cielo se tornan negros detrás de los vidrios. Me duermo después, agotada, y tengo esa pesadilla que se repetirá más adelante, cada cierto tiempo, regularmente: Estoy sola en medio de la bruma, envuelta por algo semejante a una placenta gigantesca que traba mis movimientos, y experimento una sensación de dolor tan monstruoso, tan inexpresable, que no puedo respirar; sé que voy a morir de angustia, ahogada por esa babosa enorme que me aprisiona. Entonces te llamo, convencida de que solamente tú tienes poder para librarme de este

horror, de que solamente tú conoces el secreto para sacarme de allí. Este convencimiento es sólido, no obstante ignoro qué debes hacer para ayudarme; creo que se trata de una especie de conjuro que no viene en mi auxilio.

"Regresamos a Santiago para dejar todo en orden antes del viaje. Mi abogado recibe un poder notarial para manejar mis asuntos económicos según las órdenes que le enviaré desde Europa.

"La víspera de mi partida, tú y yo estamos frente a frente, separados nada más que por una mesa de restaurante, escuchando una música (esa melodía sentimental y almibarada, con versos tristes, que canta una voz de contralto levemente afónica en los momentos en que los amantes se dicen adiós en la pantalla de un cinematógrafo) y tú no puedes reprimir ahora la gran promesa, la más fundamental de cuantas has hecho (la que posiblemente te llevará a odiarme en el futuro). Sí, mientras la canción dulzona rueda, prometes que a mi regreso tu mujer sabrá que yo existo y lo que significo para ti, que podremos amarnos con entera libertad. Nunca te he pedido una cosa semejante, y te ruego que reflexiones; sin embargo tus propias frases te emborrachan, y caes en un delirio durante el cual pregonas la necesidad de no mentir, de darme todo lo que te has visto obligado a negar. Y la promesa se infla hasta la locura: tendré hijos tuyos, y una casa cerca del mar, y un jardín que plantaremos juntos, y mil amarras afianzando la unidad

que componemos. Voy a partir mañana; es lo único cierto.

"Voy a partir hoy, dentro de breves horas. Ambos lloramos en un lecho desordenado. El gemido de placer y el gemido de terror se confunden entre mis dientes. Luego, los pasos a tu lado, nuestros pasos acompasados en la acera, las piernas que flaquean, tu mano aferrando mi brazo, las lágrimas que arrasan tus ojos. Gritas:

"—¡Confía en mí! ¡Ten valor! ¡Confía! ¡Ten valor! ¡Te juro que no fallaré! ¡Ten valor! ¡Confía! ¡Te juro! ¡Te juro!

"La muchedumbre nos aparta. Los motores borran tus gritos. No te veo. No te escucho. No te veré ni te escucharé más, salvo a través de los desgarrados ensueños que me conducirán hacia otros hombres, en un esfuerzo desesperado por retener tus vibraciones, tu calor, por vencer el olvido. Entro en el tiempo del desamor y de la desobediencia."

Théo colgó el auricular: "No responde. Se ha marchado. Es raro..., tenía plazo hasta mañana".

Paseó la vista por la sala sombría. Un pájaro, caído desde uno de los nidos ocultos entre el ramaje, aleteaba contra el ventanal. La idea fugaz de salir y recogerlo le cruzó por la mente, pero se contuvo. Le resultó grotesco imaginarse abrigando aquel cuerpecillo palpitante en la palma de la mano, o trepando a un árbol para restituirlo al nido. Desconfiaba de sus impulsos tiernos. Un olor agridulce pesaba en el aire. Hurgó a través de sus lentes buscando la maceta de

flores o la planta de invernadero de donde emanaba aquella fragancia pegajosa, y no vio nada. Los jarrones de porcelana se hallaban abandonados en sus sitios de costumbre, ninguna hoja verdeaba en los rincones; ni Louise ni Alicette eran aficionadas a los arreglos florales, no obstante el perfume persistía, e intentó definirlo:

"Rosas... No, magnolias quizás..." Aspiró profundamente. "Magnolias descomponiéndose en aguas estancadas", precisó, y percibiendo el aroma con mayor intensidad, empalagoso, nauseabundo, sucesivas imágenes lo asaltaron: la rata en estado de putrefacción encontrada en el zaguán de un edificio de la calle del Petit-Musc; un enjambre de moscas en torno a los cestos de frutas en los mercados de Saint-Jacques, la tía Thérèse en su féretro. "Flores de coronas mortuorias", se dijo, deteniéndose en la visión de aquella sala ensombrecida, en las cruces y las coronas formadas por pétalos blancos y morados, rodeando el ataúd donde la madre de los mellizos dormía vistiendo un hábito de carmelita.

Tiró del cordón que pendía junto a una de las paredes e hizo sonar la campanilla. Louise apareció al poco rato:

—¿Llamaba, señor Théo? Estoy muy sorda..., ¿sabe? Y Alicette fue de compras, y...

—Dime, Louise..., ¿olor a qué hay en esta habitación?

—¿Olor dice usted? —La mujer arriscó la nariz.

—Sí. ¿No notas nada raro?

—No, señor. Yo misma ventilé el cuarto y sacudí las alfombras esta mañana. Todo quedó muy limpio. La señora Chantal es exigente con respecto a la limpieza, usted la conoce, y aunque ella esté en París...

Pensó con espanto que la vieja iba a recitarle el manual del ama de casa modelo.

—No te acalores —masculló—, son ideas mías. Hay olores y sonidos que existen dentro de uno y que afloran para... ¡Oh, no me hagas caso!

Escaló de dos en dos los peldaños que lo separaban de su dormitorio y abrió estrepitosamente las ventanas. El viento marino barrería el olor a muerte, los remolinos de arena cubrirían la lóbrega visión de la tía Thérèse con su hábito de carmelita. Tendido en el lecho observó la mañana nubosa, el mar gris acero. Sin embargo el perfume cenagoso de las flores moradas y blancas perduraba, agresivo, insoportable. Meditó: "Cuando Caroll iba a marcharse, también hubo olores impregnando las ropas del Príncipe, los alimentos y el vino... Olores metálicos, ácidos... Olores intranquilizantes, avisadores de la huida. No existe ningún remedio para disiparlos. En vano uno empapa el pañuelo en lavanda, va a respirar aire puro al campo, busca refugio tragando el vaho picante de las axilas de los pasajeros del metro y de los espectadores de las localidades altas, fuma tabaco inglés y turco, enciende varillitas de sándalo. ¡Completamente inservible! Es francamente cómico: premoniciones de tipo olfativo. ¿Qué respeto puede merecer un hombre perseguido por fantasmas que no aparecen arras-

trando cadenas, sino colándose por sus fosas nasales?"

Se incorporó y fue a mirarse en la cornucopia que adornaba la pared, frente a la cama. Entre las dos velas rojas su rostro se deformaba, ensanchándose y alargándose, rompiendo la regularidad de sus rasgos con estrafalarias muecas. Sonrió con resignación, convencido de la ineficacia de sus últimos empeños en ser razonable. La muerte corría pegada a sus talones, haciendo caso omiso de sus burlas, el miedo lo desarticulaba, la soledad se despojaba de la máscara protectora y mostraba la olvidada ferocidad que él conociera antaño.

—Entonces..., ¿nada está superado? —exclamó.

El reloj, encima de una mesa de nogal, dio la hora, el mediodía, soltando los compases de un minueto, y las figuras de Sèvres, con sus albas pelucas, se inclinaron en una reverencia dieciochesca. Una gaviota descendió, afuera, lanzándose en picada sobre el vientre de las olas.

30

"NUEVAMENTE ESTOY en el pasado. Prácticamente todo pertenece ya a un tiempo pretérito; el desamor es una jaula que impide ver lo que hay más allá de sus barrotes. Metida aquí sólo contemplo lo que quedó dentro de mis ojos, y escucho aquello que resuena si me tapo los oídos; veo y oigo cosas que sucedieron alguna vez, no sé bien cuándo. Creo que llegué a París hace muchos meses. Recuerdo que me alojé en un pequeño hotel próximo a la Ecole Militaire, y pasé dos semanas encerrada allí, en una habitación de tres metros por tres, escribiendo cartas. Ignoro por qué se me ocurrió telefonear a Théo, una mañana, y por qué él vino de inmediato a buscarme, y me obligó a maquillarme los ojos, a comprarme un vestido de Cardin, y a salir en busca de un departamento, todo antes del mediodía. Théo me parecía muy seguro de sí mismo en esa oportunidad, y extremadamente dominante, pero le estuve agradecida. Poco después alquilé este departamento, no me explico con qué fin, pues me daba igual habitar en un cuarto de hotel (probablemente por no discutir con Théo), y seguí escribiendo cartas y esperando respuestas; respuestas que de tarde en tarde llegaban, tampoco entiendo por qué.

"A veces me sentaba en un banco del Luxemburgo, observaba a los niños con sus gorros de lana y sus bufandas, las fuentes cubiertas de escarcha, una pelota de goma rodando por el césped. La temperatura era todavía muy baja, y pasadas algunas horas debía emprender el regreso. Pero lo hacía sin prisa; nadie me aguardaba, nada me urgía salvo el frío, el hambre, o el sueño, y aun estos fenómenos naturales se manifestaban en forma poco imperiosa. Solamente al presentir la cercanía del edificio en que vivo, sentía un vuelco en el pecho: Joséphine, la conserje, podía haber recibido una carta para mí. Entonces aligeraba el paso e iba a llamar ansiosamente a la puerta, semejante a un escaparate, tras la cual Joséphine remendaba ropas viejas. Una tarde, la mujer me tendió uno de esos sobres que reconocía, y me miró sonriendo (me miraba siempre sonriendo con una secreta esperanza, al anunciarme que tenía correspondencia de Chile), y yo me quedé inmóvil. Sabía. Sí, sabía.

"Más tarde, escondida en mi dormitorio, leí:

Querida Amalia: Pienso que en materia de amor el peor crimen y la mayor crueldad es el engaño. Tanto el engañar como el engañarse, el no querer ver claro dentro de uno mismo o en el otro. Por eso, aun cuando haya que sufrir en forma atroz, es mejor que las cosas se aclaren de una vez por todas. Creo no haberte engañado nunca ni haber estado equivocado respecto de mis sentimientos cuando te decía que estaba

enamorado de ti. Tampoco quiero engañarte ahora.

Me imagino que el ser humano en materia de amor, de amor de enamoramiento, es como un imán que, por tener las moléculas de sus polos orientadas en una dirección determinada, atrae y es atraído por otro imán cuyas moléculas están orientadas en el sentido opuesto. Pero, de pronto, o lentamente, las moléculas cambian de orientación y ya no es atraído o no atrae al otro imán.

¿Qué es lo que ha pasado? Creo que es tonto tratar de explicar cosas que en el fondo suceden porque sí, porque Alá lo quiso, como diría un árabe, o que se necesitarían varios tomos para tratar de explicarlas y llegar, al final, a la conclusión de que no se ha explicado nada.

El haber llegado al convencimiento de que ese amor no le dará a uno la felicidad, ni la plenitud, ni la paz, podría ser una explicación. El verse agobiado por el amor de una persona que tiene sin duda mayor capacidad de amar, con un amor posesivo, exigente, tenaz, progresivo hasta el extremo que no da escapatoria ni descanso, podría ser otra explicación. El querer sentirse libre para amar o no amar, o por último, el estar tan aplastado por otras preocupaciones, problemas, deberes y obligaciones que no dejan tiempo ni espacio dentro de uno mismo para estar enamorado, ni pensar si lo está o no. Todos éstos podrían ser esbozos de explicaciones. También podría serlo una constitución psíquica que le impide a un ser perma-

necer por mucho tiempo en el deslumbramiento del amor.

Querría que fueras feliz, Amalia, pero al mismo tiempo estoy convencido de que no podrás serlo amándome a mí, y yo no podré alcanzar, no digo ya felicidad, ni siquiera cierta tranquilidad con tu amor. Es cierto que ha habido días de armonía, pero han sido escasos; los más han sido de exigencias, dolor y compulsiones, por eso creo que es inútil continuar. Tengo mucho cariño por ti y quisiera desde el fondo del alma haberte podido evitar este sufrimiento.

"No lloré. No, ya he dicho que sabía. Me peiné con esmero y cambié de ropa, y me senté a esperar, mientras bebía un whisky y oía a Vivaldi. Por la noche traduje la carta a Théo, quien la consideró *perfectamente imbécil.*

"—¿Qué edad tiene ese hombre? —preguntó. Y estalló en una risa furiosa.

"No me importó que riera, ni si era imbécil o inteligente lo que contenían aquellas carillas, ni siquiera la incomprensión o el encono me importaban; no hay palabras que transformen en un segundo lo que es vida, crecimiento..., muerte. Mi problema era otro: el olvido. El olvido capaz de atraparme a partir de ese instante en que el silencio se haría espeso, y otras voces, otros paisajes, otro acostumbramiento, anularían el influjo de una voz distante, doblegando mi dolor a la rutina. La disyuntiva era simple: obedecer a esa ley que acabaría por anestesiar el sufrimien-

to, o desobedecer, empecinarme en proseguir ligada al recuerdo, fortaleciendo las ataduras. Comprendía que mediante la obediencia lograría vivir o simular que vivía, puesto que yo no era un ser excepcional, y aunque sufriera por espacio de dos, cinco, diez años, si me sometía a la ley del olvido me sumergería, más tarde, en cierta serenidad, en una paz relativa que me ayudaría a tolerar la existencia. Pero también entendía que alcanzar la paz, creerme viva, significaría pactar cobardemente, resignarme a traicionar y a envejecer. No, no estaba dispuesta a olvidar, combatiría hasta el fin por no hacerlo, a pesar de que no columbraba aún a qué distancia exacta del fin me encontraba.

"En aquel período solía almorzar en un restaurante de la calle Racine; allí conocí a François. Solamente recuerdo su forma de reír, descubriendo los dientes blancos y parejos, arrugando la frente, y que era moreno y alto, como Denis, como Jean-Albert, como Claude, como Maurice, como... sí, como Vincent; con algo en la apostura y en los gestos que, al entrecerrar los párpados, me permitía visualizar otra figura de hombre y burlarme del olvido. Este juego era innoble a juicio de Théo; sin embargo, en esos días con tardes que escapaban oscilando entre el invierno y la primavera, desmigajadas bajo un sol indeciso, en las largas noches crujientes en las que me desconocía a mí misma, sin saber a quién pertenecían este cuerpo y esta sangre que vagaban a la deriva, ese juego innoble era lo único que me sostenía, lo único que

me libraba de convertirme en piel vacía, cerebro inútil y hueco corazón."

Cerca de las siete, Théo cogió un chaquetón de cuero y se dirigió a visitar a los De Fresnay. Por el camino lanzó maldiciones contra el viento que no había disminuido ni un ápice en el día, contra la lobreguez de las villas con sus puertas clausuradas, contra el chillido de los pájaros marinos que anunciaban lluvia. Paul y Vera, sentados frente a la chimenea, ingerían un brebaje color ámbar.

—Viejo querido..., ¿qué tal? —Paul palmoteó la espalda de Théo, y le tendió un vaso. El comprobó que la bebida tenía un horrible sabor a terciopelo.

La conversación tardó en enhebrarse. Vera picoteaba un tema y otro: la educación de los niños, el grave problema de Argel, el general Salan, los pobres Menyel, que habían huido y estaban otra vez en París. Théo pensó que cuando las mujeres del tipo de Vera intentaban ser sociables, se ponían repulsivas. "¿Por qué Paul no la hace callar?", se preguntó. Le parecía tanto más agradable Vera silenciosa, con su desabrimiento y la mirada gris fija en las llamas. Pero aquel marido no era de los que hacían callar a su mujer; al contrario, amaba oírla. La admiraba de un modo estentóreo, y cuando Vera narraba el argumento de una de las comedias de las que era autor, demostraba tanta atención y complacencia como si recién, y sólo a través de ella, descubriera su ingenio para crear enredos policiales.

Durante la cena el ánimo de Théo no mejoró. La

presencia de la pareja De Fresnay le causaba malestar; con cualquiera de los dos a solas se habría sentido confortable, pero el entendimiento subterráneo que adivinaba en sus amigos, esa confiada familiaridad, una hermandad de gestos y palabras afiatados durante la larga convivencia, hacían más notoria su condición de individuo solitario.

—Si Micheline nos hubiese acompañado, podríamos haber jugado al bridge —dijo Paul—. ¿Recuerdas a mi hermana Micheline, Théo?

El hizo una señal de afirmación y trató de sonreír, aunque la frase acababa de sonarle igual que un insulto.

Pasaron a tomar el café a la sala, y volvieron a ubicarse cerca del fuego. El vendaval crecía detrás de los postigos de madera, y Théo pensaba que tendría que salir otra vez a la intemperie, retornar a la oscura villa, mientras que Vera y Paul se arrebujarían en el lecho matrimonial protegiéndose mutuamente de la noche y sus sombras. De pronto creyó percibir unas pisadas muy tenues junto a la puerta. "Me niego a escuchar cosas inexistentes", reflexionó. No obstante, dio vuelta la cabeza. Alguien arañaba al otro lado del umbral, y un maullido se dejó oír.

—¡"Geneviève" está imposible! —exclamó Vera, al mismo tiempo que una gata negra, de pelaje reluciente, se colaba en la habitación llegando hasta ellos.

—Hoy atacó al chico de la mayordoma; por fortuna alcanzaron a intervenir, pues si no le habría destrozado la cara. Es un verdadero peligro que ande

suelta —añadió Paul—. Y antes era tan mansa, tan regalona.

Théo acarició el lomo del animal, y éste alzó sus ojos verde limón encendidos cual relámpagos. Luego se deslizó, con las pupilas dilatadas, buscando algo en los rincones y gimiendo.

—Tiene una mirada de mujer loca —afirmó él.

—Se ha puesto rara desde que le arrebataron las crías —suspiró Vera—. Desgraciadamente yo me hallaba en París y no pude evitarlo. Además le encuentro cierta razón a la mayordoma... La pobre no goza de buena salud y no es justo obligarla a cuidar al perro, a la gata, y más encima a una colección de gatitos.

—¿Qué hicieron con las crías?

—Creo que las ahogaron. ¡Oh Théo, no pongas esa expresión de espanto! Tenían dos o tres horas de vida, y ya te he dicho que no pude evitar...

El se levantó:

—Regresaré a París esta noche.

—¿Por qué? Nos imaginábamos que te quedarías una temporada larga...

—No. Es imposible. —Besó a Vera en las mejillas, y estrechó la mano de Paul, que lo observaba desorientado—. Adiós, queridos. Nos veremos más adelante.

Cruzó a zancadas el jardín impidiendo que sus amigos lo siguieran. Al cerrar la verja oyó los gemidos lastimeros de la gata prolongarse en el silencio nocturno." "Geneviève" ha dejado las marcas de sus garras en la piel de un niño —meditó—; la marca de la rebe-

lión, de la impotencia." Caminó de prisa por el sendero de tierra apisonada lleno de altibajos. "No, no es un animal dañino. "Geneviève" está enferma. Su ataque es la venganza de los instintos, el amor amputado, torcido, desembocando en los canales de la rabia y el odio. Pero "Geneviève" no es más que una gata negra... La soledad es para ella sólo la ausencia de los hocicos que debían mamar su leche, y no concluirá exterminándola como a nosotros..., nosotros los seres humanos, miserables, despojados, que no atacaremos a nadie, que no clavaremos las uñas en la carne de los niños. Nosotros que podemos mantener conversaciones, caminar, que somos fuertes, astutos, razonables..."

Penetró en la casa y fue directamente a su dormitorio. Abrió la valija y sacó algunas ropas de los cajones. Bruscamente cambió de idea; el olor a muerte permanecía allí, infectando las prendas de vestir. Bajó corriendo hasta el garaje y puso en movimiento el automóvil de Gabrielle. "Faltará bencina —se dijo—. No importa, llenaré el estanque a la salida del pueblo."

Marchó velozmente por la carretera desierta. Liebres y conejos surgían por entre los cercos de maleza que bordeaban el camino; sus ojillos fosforescentes fulguraban un instante y se apagaban tras los matorrales. "Necesito estar en París antes de las ocho —pensó—. Telefonearé a Amalia de inmediato y le diré... sí, le diré que el método de la escisión es únicamente una fórmula para no comprometerse..., una fórmula

dictada por el temor, por el orgullo. El Príncipe se dice que así podrá subsistir... Bueno, todos los príncipes deben decírselo en alguna oportunidad, y, claro..., subsisten, defendidos, castrados, eunucos del sentimiento. Subsisten..., ¿para qué? ¿Para comprobar a los cuarenta, a los cincuenta, o ya en la senectud, que la soledad no era una aliada sino la enemiga que los ha abatido por completo? Prefiero el enajenamiento de Amalia. Prefiero ese amor conservado gracias a un ensueño, a una fantasía, que la total carencia de amor; prefiero aquel sufrimiento continuo que la incapacidad de sufrir. Es más valiente atreverse a vivir esa locura que acomodarse a una existencia vivida a medias, restringida siempre a la mitad."

Le pareció que una especie de bruma empañaba el parabrisas, pero luego comprendió que eran sus lentes los que se cubrían de neblina. Aminoró la velocidad y buscó un pañuelo, en seguida detuvo el coche. Se limpió los párpados y limpió cuidadosamente los anteojos, aspiró una bocanada de aire fresco, contempló el cielo y una luna débil filtrándose por los resquicios de las nubes que rodaban. Consideró bastante grotesca su situación y se mofó del hombre ridículo que era, lloroso como un chiquillo abandonado en medio de la campiña. Por suerte no había perdido el sentido del humor y opinó, igual que Gabrielle, que aquello era una ayuda aun en los peores momentos. "Lo principal es tomar las cosas con calma —reflexionó—, porque todo va a cambiar en el futuro. Las circunstancias serán distintas... y la actitud, y el enfoque

de..." Inesperados ladridos de perros venían desde un lugar en la lejanía; en la oscuridad cantaban los grillos.

"No sé cuántos meses, o cuántos años, pudo haberse prolongado el juego innoble; cuántos hombres podrían haber salido de los bares, de los museos, de los cinematógrafos, y obedeciendo a un gesto cualquiera pasar a llamarse con un nombre propio, que nada añadía para mí, prestándole un cuerpo, una boca, un sexo, a la intangible figura de otro hombre. Que se me señalara, entretanto, como prostituta, ninfómana, pervertida, o con nuevos calificativos denigrantes, que se probaran mil métodos para rescatarme y situarme dentro del orden, tampoco habría servido. Fue Vincent quien puso fin al juego y precisó la hora en que todo iba a concluir.

"Lo recuerdo aquella primera tarde en la calle de l'Harpe, de pie junto a la vara del mostrador, rodeado de humo, penumbra y aullidos de trompetas. Afirmó una mano en mi hombro y al momento se estableció una conexión profunda, como si ambos careciéramos de ropas, de gestos mil veces repetidos, e incluso de carne velando la intimidad de los esqueletos blancos y de los pensamientos desnudos. No nos era posible ocultarnos nada al cabo de ese encuentro, ni agredirnos, ni defendernos, ni ensayar el más leve subterfugio.

"Frente al Príncipe es probable que Vincent se sintiera inferior y perverso, y por eso necesitaba aplastarlo. Algo similar me ocurría a mí con los Claude,

François, o Denis, tan altivos, tan orgullosos, tan limpios y jóvenes; sabía que ni una partícula de mi realidad los rozaba, que si hubieran descubierto que ni por un segundo yo les pertenecía y que eran víctimas de un engaño, se hubiesen alejado asqueados, despreciándome, y antes de que esto sucediera los abandonaba, dejándolos con su pequeña superioridad de machos resquebrajada. Todo ocurrió de manera distinta con Vincent; él se adueñó de mi obsesión, compartió el ensueño, y nuestra comunicación fue una comunicación directa de miseria a miseria, de dolor a dolor, de miedo a miedo. Después de Vincent comprendí que cuanto llegara a obtener de otros hombres sería siempre robado, insignificante, una farsa torpe en la que jamás podría reincidir. El juego innoble debía terminar con la desaparición de Vincent. Y terminó.

"Entonces supe con certeza cuál sería el final de este relato, tuve la revelación consciente de lo que sólo había sido un presentimiento. Recuerdo que una vez traté de definir a Théo las razones que me impulsaban a escribir toda la historia, y le hablé de dar una explicación, de mostrar una verdad a través de la que se me pudiese juzgar con justicia. El me preguntó: ¿Quién la juzga?, y yo le dije que algún día quizás me juzgarían, pero aún no tenía claridad con respecto a qué sería juzgada. Hoy sé que nadie, salvo Théo, conocerá íntegramente lo que he escrito; en consecuencia es para Théo, para el Príncipe, que he querido mostrar la verdad, dar los elementos que faciliten un juicio exacto, explicarme.

"Pienso que Théo comprende ahora, o entenderá a medida que lea estas páginas, que el intento de vivir escindido no sería una solución para quien centra todas sus posibilidades de crecimiento en la grandeza de un ideal, o en la magnitud de un sentimiento. Creo que la escisión debilita a esta clase de personas (nosotros), sometiéndolas a un esfuerzo que a la larga no resisten. ¿Porque no son normales? No estoy muy segura. Si la normalidad es lo aceptado unánimemente por la mayoría, el individuo escindido sería el más normal. ¿No existimos acaso en un mundo cuadriculado, entre seres que se fraccionan hasta lo infinito (hombres-armarios repletos de cajonerías, mujeres-estantes con múltiples compartimientos)? ¿Era preciso que yo me les asemejara dividiéndome en numerosos casilleros interiores que se cerraran y se abrieran, y anulara mi auténtica naturaleza? Jamás podría haberme prestado a ello. No obstante, el rechazo de la escisión no me libra de la constante amenaza del olvido, contra el cual ya no dispongo de armas para luchar.

"Al perder la capacidad de resucitar el pasado, sé que iré insensibilizándome gradualmente; esto no lo quiero. El caso del Príncipe es distinto: el amó de un modo intenso y pleno, pero guardó fuerzas de reserva, fuerzas que sirven tanto para destruir a Caroll como para reconquistar a Caroll, o bien para volver a amar con idéntica o mayor intensidad; la recuperación de esas fuerzas dependerá del minuto en que deje de vivir escindido. Yo no, yo gasté la última de mis energías, completé el total de mi destino, y si con-

siento en olvidar viviré días prestados. Sí, aunque una costra proteja mis heridas, y me nazcan tejidos nuevos, y mude de piel como los árboles, y me empeñe en alimentar un sentimiento que imite los sentimientos congelados, estaré muerta.

"Estoy muerta. El desamor da en mí un fruto insípido, sin raíces ni color, mi cuerpo es el estuche de un objeto que se robaron; algo latía allí que ya no late. Voy a salir a la calle por última vez, pero no veré el amanecer; giraré dentro de un anillo hueco asemejándome a una lombriz que se enrolla en el aire.

"Trato de pensar en Dios, en el perdón, en la condenación eterna, trato de experimentar temor, y no lo consigo. El desamor borró también las facciones de Dios, apartó su rostro bajo los altares, lo enredó en las palabras muertas de las prédicas, lo ahogó en las pilas de agua bendita; hace demasiados meses que mi sentido de Dios anda en fuga. Pero quizás él alcanza a verme aún y me contempla en la aridez de esta noche. Si me ve sabrá que necesito dormir verdaderamente, no evocar más la sensación de aquellos brazos que me protegían, no perseguir el rumor distanciado de la ternura, no despertar repitiendo un nombre para conjurar el olvido.

"He llegado a la etapa del cansancio, y es inútil que insista en caminar con el saco cargado de dolor a la espalda. Inútil que siga preguntándome (sacudida por extranjeros vientos que me impulsan hacia costas que no son las mías) dónde visualizar mi muelle y mi ancla, la tierra de mi reposo. Tengo que per-

derme en un sueño de plomo, dejarme devorar por ese sueño; ser una estatua de sal, carcomida por el sol y lavada por las lluvias, definitivamente paralizada y ciega."

Amalia enrolló los papeles, los ató, buscó un chal y un bolso, y salió con el rollo debajo del brazo. En la calle divisó un automóvil de alquiler y lo detuvo. Era la una de la madrugada, y el chofer supuso que la pasajera de aspecto insignificante sería empleada en una firma comercial, cumpliendo horas extraordinarias de trabajo. Eso lo indujo a mirarla con desusada simpatía.

—¿Muy fatigada? —averiguó.

—Sí, bastante.

—Lástima que el metro no funcione... Se gastará parte del sueldo pagando taxis...

Ella no contestó, y prosiguieron el viaje en silencio.

Frente a la casa de Théo descendió e hizo que el taxi la aguardara unos momentos. El parque surgió agobiado de quietud. Con dificultad, Amalia introdujo el fajo de papeles en la ranura del buzón ubicado en el portón de hierro. Observó, luego, los muros sombreados por los árboles, las rosas silvestres deshojándose a la luz de la luna.

—Adiós, Théo —murmuró.

Al regresar al automóvil notó que el chofer la examinaba con desconfianza.

31

LLEVÓ EL SOFÁ desde la sala al interior de la cocina, ubicándolo entre el lavaplatos y la nevera. En seguida trajo algunas sábanas que desgarró en largas tiras. Cerró la pequeña ventana que comunicaba con el patio de luz, corrió el pasador de la puerta y, sirviéndose de un taburete para alcanzar los lugares más altos, fue rellenando cada resquicio con los trapos. Realizó aquella tarea con precisión, en el mínimo de tiempo, como si la hubiese ensayado mucho. Cuando la puerta y la ventana estuvieron herméticamente clausuradas, abrió las llaves del gas. Después cogió el frasco de somníferos, tomó dos píldoras, apagó la luz y se tendió sobre el sofá, descalza, envuelta en una manta de lana.

Las campanas que había escuchado tantas veces, cuyo sonido formaba parte del departamento, de las paredes, del paisaje y las techumbres al abrir el balcón, anunciaron las tres. Pensó que le habría gustado conocer esas invisibles campanas, que si *eso* ocurría con la rapidez esperada no volvería a oírlas. Las tres sería la última hora de la que tendría conciencia. De pronto sintió náuseas y apretó los dientes. El hedor

del gas se expandía por los rincones del cuarto estrecho, y, unido a los primeros efectos del somnífero, le provocaba una sensación angustiosa de borrachera, de embotamiento. Sin embargo, pasados unos minutos, notó que aquel olor desaparecía, y recobró la lucidez. Distinguió cierta claridad a través de los vidrios, vagos contornos y volúmenes que podía identificar, como una silla, el estante, la mesa. Estaba en la cocina de ese piso alquilado en la calle Vaugirard, y aún era Amalia. El hecho de reconocerse a sí misma, allí, en esa hora, le trajo de golpe toda la soledad, todo el abandono, todo el sufrimiento, concentrados, y la imponderable mezcla del deseo y la ternura traspasándola. Gritó:

—¡Te quiero! ¡Te quiero todavía! —Se mordió la palma de una mano hasta percibir el sabor metálico de la sangre que le llenaba la boca. Pero el dolor físico no la abstraía, se sumaba a ese otro dolor profundo haciéndolo más intolerable.

"¿No habrá descanso nunca? —se preguntó con pavor—. Allá... seguiré queriéndote, llamándote... ¿Será así el infierno?"

El corazón empezó a latirle con violencia, como un puño que intentara romperle el pecho, mientras que las piernas se le enfriaban, se le adormecían. El ritmo de su respiración se tornó acelerado. Una especie de ola crecía, retumbaba dentro de su cabeza; el frío subía por sus extremidades, y algo la tironeaba por los pies llevándosela hacia un orificio abierto en el muro, hacia una grieta de la oscuridad. Poco a

poco el dolor se atenuaba y comenzó a llorar apagadamente, con un llanto infantil, rendido.

—Tu mano... —gimió—. Necesito que me des la mano. Me da miedo ir tan ligero, tan ligero... Me da miedo el agujero de la pared... —Pensó: "Estoy soñando. Tengo diez años..., es mi dormitorio, la casa de mi abuelita... ¿Por qué no me despiertan? ¡Papá! ¡Papá!"

Una llama débil volvió a iluminarla y la realidad se le hizo semiconsciente. Entonces rezó con palabras atropelladas:

—Señor, protégeme, haz que duerma, que no me dé miedo. Y protege a mis abuelos, a mi hermana, a Théo, a mis padres... Y sobre todo protégelo a él. Para que no sufra..., para que halle, que halle...

Una especie de mole de piedra cayó encima de sus hombros, achatándola, sumergiéndola.

—Dame la mano... —repitió—, tu mano... —y no pudo añadir nada más.

Entretanto, al llegar a Angoulême, Théo sintió que se pinchaba uno de los neumáticos traseros. Se apeó y dio un puntapié a la goma desinflada. "¿Qué hago?" Vio la hora: "¡Diablos, más de las cuatro...!"

El cielo estaba claro, sembrado de trinos. Pronto el sol comenzaría a quemar sobre la hierba húmeda, y diversos vehículos transitarían por la carretera. Reflexionó: "No vale la pena que me dé el trabajo de cambiar la rueda. Es mejor que duerma un rato, y más tarde haga llevar el coche a una estación de gasolina".

Empujó el automóvil situándolo al borde del camino, le echó llave y se fue andando lentamente hacia la ciudad. Se sentía muy cansado, pero la fatiga que lo aquejaba no era desagradable, sino parecida a ese relajamiento que sobreviene el cabo de una marcha forzada. No recordaba haber experimentado una sensación similar en los últimos doce años, y al comprobar que durante una década había vivido en perpetua tensión, se alegró de reencontrar, inesperadamente, aquella laxitud de lejanos tiempos.

Alquiló una habitación en el primer hotel que halló; encargó que lo despertaran a las nueve, y subió a su cuarto. Al acostarse contempló el alba delineando las estrechas escaleras de piedra y los dorados campanarios. Se durmió en cuanto afirmó la cabeza en la almohada.

El automóvil estuvo listo a las once de la mañana, no obstante prefirió almorzar y proseguir el viaje después. Pese a que deseaba entrevistarse con Amalia, ya no tenía apuro por llegar a París, y al intentar explicarse esta nueva contradicción de su carácter, determinó que sorpresivamente todo se había clarificado entre ellos, que en el futuro podrían prescindir de abrumadoras discusiones. Un sentimiento de plena aceptación lo unía a Amalia, estuviera o no de acuerdo con sus actos, como si la existencia de ella fuera una sucesión de acontecimientos y circunstancias sujetos, a partir de aquel instante, a una dimensión que escapaba de los lindes puramente humanos.

Arribó a París al atardecer, y lo primero que vio

al trasponer la verja del jardín fue el rollo de papeles asomándose por la boca del buzón. Se quedó unos segundos detenido ahí, en un estado de súbito aturdimiento. En seguida hizo girar la tapa del buzón y extrajo los papeles; las manos le temblaron y percibió una especie de golpe seco en la nuca. Ya en el interior de la casa pudo concienciar ese presentimiento, y se dejó caer en una butaca, anonadado, extendiendo las páginas. Leyó la frase final: "Tengo que perderme en un sueño de plomo, dejarme devorar por ese sueño; ser una estatua de sal, carcomida por el sol y lavada por las lluvias, definitivamente paralizada y ciega". Aunque su dominio del castellano no era perfecto, había entendido.

—¿Es efectivo, Amalia? —exclamó—. ¿Era esto lo que se me anunciaba, lo que me presionaba para que volviera? Sucedió mientras viajaba entre Saint-Jean-de-Luz y Angoulême... Sí, antes de Angoulême mermó mi angustia, sentí que nada era urgente. Y dormí tranquilo... como si supiera que para conversar contigo no hacían falta días o noches, porque tú disponías de un tiempo más vasto... Pero... si no me hubiera demorado, si hubiese regresado ayer..., ¿crees que lo habría impedido? ¿O te hallabas encadenada a un destino que no admitía cambios? Ahora..., ahora no sé. ¡Es imbécil que me ponga a hablar solo, a decir estas cosas! Debo correr, telefonear...

Se incorporó, vacilante, levantó el auricular y volvió a apoyarlo en la horquilla. Encendió un cigarrillo y fumó sin aspirar el humo, dando chupadas cortas y

nerviosas que denotaban su poca costumbre de fumar. Aquello tuvo la virtud de serenarlo.

Abrió de par en par el ventanal, y escuchó a los niños del internado vecino, cantando una ronda con voces aflautadas. Pensó que debería acudir inmediatamente a la calle Vaugirard, enfrentarse con los interrogatorios de la policía, con los histéricos de la dueña del departamento y los llantos de la portera, no rehuir ni la menor molestia.

—La última vez que viniste a verme fue para tu cumpleaños —balbuceó, acercándose al piano, y sonriendo averiguó—: ¿No te extraña que te trate de tú, Amalia? —Pálidas alas de insectos punzaron el espacio, y aquel ruido minúsculo se asemejó a una respuesta—. No, no te extraña. Hoy somos realmente amigos; hoy podemos decirnos la verdad sin temor a escandalizarnos, ¿no es así?

Sentándose ante el piano comenzó a tocar el *Carnaval*. El horizonte tenía un tinte añil que se derramaba sobre el parque, transformando el color de las hojas y del césped alumbrado por luciérnagas; un tinte que caía dentro del salón nimbando cada mueble, cada objeto, con un resplandor que les confería un aspecto aéreo. Y Théo interpretaba a Schumann, sumido en ese ámbito de luminosidades transparentes, esforzándose por expulsar de sí una emoción confusa, cierta tristeza amalgamada a una energía renovadora. No pretendía razonar con respecto a sus sentimientos, lanzaba hacia afuera el sollozo largamente contenido,

y se entregaba, simultáneamente, a una sensación de vitalidad, de vértigo ardiente.

La campanilla del teléfono lo interrumpió. Abandonando el piano, contestó con voz calmada:

—Sí, soy yo, Gabrielle... No seas idiota, no me ha ocurrido ningún accidente... Decidí venirme anoche... Bueno, porque sí... Me aburrían los De Fresnay... —Emitió una risa—: Además el fantasma de la tía Thérèse rondaba por la villa... Naturalmente, con su mortaja marrón... ¡Oh, dile a tía Chantal que Louise es una cretina! Ha hecho muy mal en llamar y alarmarla de ese modo... ¡Perfectamente! No, mi salud es magnífica... ¿Qué te figurabas? Me siento tan bien que estoy haciendo planes para viajar... No sé aún... Creo que pasaré el otoño en Italia... O en América... Me gustaría conocer California... ¿A ti no?... Sí, lo resolveré pronto... No, querida... No... No ocuparé el tuyo... ¡No, no soy un solterón maniático...! Pienso comprar un coche de todas maneras, así es que en caso de ir a Italia... Por supuesto, puedes poner el M. G. en venta... Lo consideraré... Sí, descuida... Mañana... Mañana... Puntual, querida... Un beso a tía Chantal, y que no se preocupe... Buenas tardes, Gabrielle.

Reunió los papeles de Amalia y los llevó al dormitorio, dejándolos encima de la mesa, junto a la cama, listos para empezar a descifrarlos apenas se acostara. Luego se duchó y se vistió con un traje oscuro. No quiso usar el automóvil estacionado en la acera; quería ir a pie, coger el metro, mezclarse a la gente, pre-

pararse para el encuentro con Amalia convertida en estatua de sal.

Sin embargo, a medida que caminaba, comprendía que jamás ella había estado más viva, más próxima que en esos momentos. Amalia iba a su lado y, tras ellos, la tarde era un animal de vientre palpitante, tibio.

Théo se quitó los lentes, y frunciendo los ojos miró hacia adelante.

—Amalia —dijo—, el Príncipe, tu amigo el Príncipe, ha vuelto.

Papudo, febrero 1961.
Barcelona, abril-diciembre 1961.
París, diciembre 1961.
Santiago de Chile, abril 1962-diciembre 1963.

SECC. CHILENA

LA MUJER DE SAL

Por María Elena Gertner

LA MUJER DE SAL muestra una nueva e interesantísima etapa en la novelística de María Elena Gertner. A esa "habilidad técnica" de que hablaba Alone, a "la forma despejada y certera" que describía Raúl Silva Castro, refiriéndose ambos a **Islas en la Ciudad** (1958), la primera novela de la autora; al "don de síntesis usado con plena conciencia", en que hacía hincapié José Donoso al comentar **Después del Desierto** (1960), y al "planteamiento audaz de conflictos internos" anotado por Ricardo Latcham, unido a una "particular contracción vital, unos vuelos de poesía trágica", señalados por Alfredo Lefebvre —en respectivas críticas a **Páramo Salvaje** (1963)—, se agregan, ahora, un enfoque mucho más hondo del acaecer y un argumento enriquecido por la observación reposada y lúcida.

Alguien podría definir a LA MUJER DE SAL como el relato de un proceso neurótico femenino, mas esto sería empobrecer su rico y hondo contenido, ya que en esta novela aparece la historia completa de la vida afectiva de una mujer, narrada sin tapujos, sin atenuantes, en forma desgarrada, pero llena de amor. La doble visión que la autora nos da de los protagonistas, contraponiendo pasado y presente, nos permite adentrarnos en todos los ámbitos del mundo de Amalia y descubrir personajes llenos de misterio, como aquel a quien llaman El Príncipe. Igualmente, la atmósfera desquiciadora de los días que siguieron al término de la última guerra, en Europa, y el ambiente de una burguesía chilena venida a menos, nos muestran las circunstancias que condicionaron parte del destino de estos seres. Todo ello está tratado con el conocimiento de los detalles, el suspenso y el interés que obligan a leer apasionadamente esta novela, con la cual su autora se coloca entre los escritores de categoría internacional.

FABRICACION CHILENA / PRINTED IN CHILE